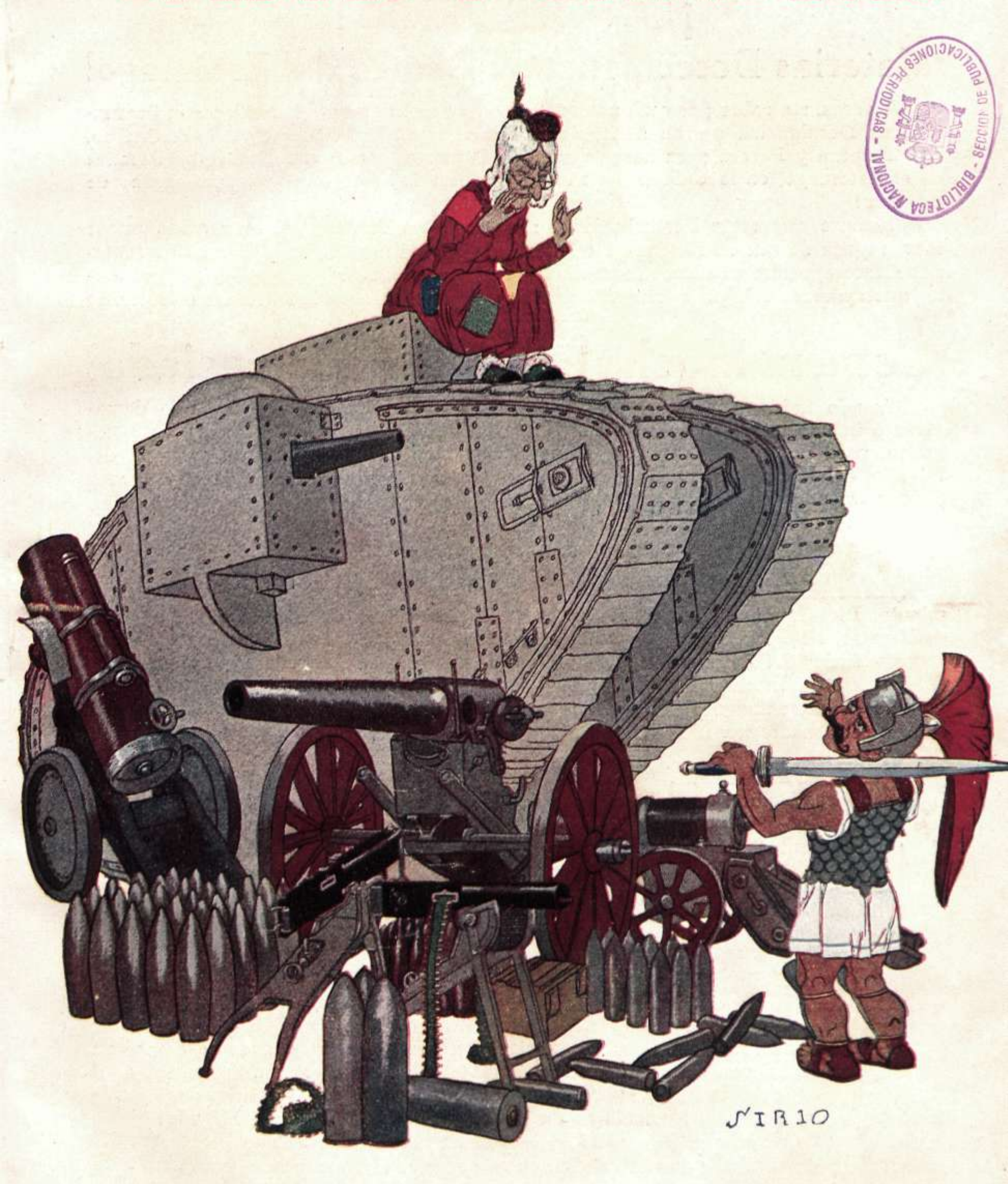
CARAS Y CARETAS



LIQUIDACION FORZOSA

Europa. — ¿Y ahora que hago con todo este hierro viejo?

Marte. — No se preocupe. En América, con un poco de ruido, tendremos buenos candidatos.

¡Estómago Sucio!

¡Un Peligro!

¡Materias Descompuestas Dentro del Estómago!

A veces, sin saber por qué, nos sentimos de repente muy incómodos e indispuestos, con Decaimiento y gran Abatimiento General, con Mal Estar en todo el Cuerpo, con Torpeza y Pereza para hacer cualquier Esfuerzo, y aún con Dolores y Pesadez en el Estómago, en la Cabeza y en el Vientre, en fin, sin gana ni ánimo alguno de trabajar!

Siempre que estas Perturbaciones aparezcan así de repente, la persona puede estar segura de que su Estómago e Intestinos están muy Sucios y Llenos de Materias Descompuestas y en este mismo día debe comenzar a usar **Ventre-Livre** para evitar que aparezca cualquier Complicación Peligrosa y Enfermedad Interna o Externa!

¡Comer Mucho! ¡Beber Demasiado!

Cuando hubiere cometido alguna imprudencia o extravagancia, comido demasiado o bebido mucho Vino, mucha Cerveza, Licores o cualquier otra Bebida Alcohólica, para no contraer alguna Indigestión u otro Desarreglo del Estómago, del Hígado, del Bazo e Intestinos, conviene mucho tomar por la noche, cuando vaya a dormir, Dos o Tres Cucharaditas (de las de té) de **Ventre-Livre** en Medio Vaso de Agua!

Haga siempre así y evitará muchas Enfermedades!

VENTRE-LIVRE es el mejor Remedio para el Tratamiento del Estreñimiento, Indigestión, la Mucha Sed y la Gana Excesiva de Beber Agua, Sequedad de Vientre, Estómago Sucio, Vómitos, Eructos, Empacho, Dolores, Cólicos, Pesadez, Calor y Ardor del Etómago, Sabor Amargo en la Boca, la Falta de Apetito, Dolores del Vientre, la Inflamación de las Hemorroides, los Dolores, Cólicos y Pesadez del Hígado, el Estreñimiento causado por las Enfermedades del Utero, el Estreñimiento Durante el Embarazo y luego Después del Parto, el Estreñimiento Durante los Viajes!

Ventre-Livre es también el Mejor Remedio para los Niños en las Indigestiones, Dolores de Vientre y otros Desarreglos Peligrosos del Estómago e Intestinos!

¡Obra pronto! **¡Es muy Sabroso al Paladar!**

* * *

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

* * *

¡Mucha Atención!:

Ventre-Livre no es purgante!

Los Médicos saben que los Purgantes son **violentos irritantes** y empeoran las Enfermedades, causando un gran daño a los Intestinos, Estómago e Hígado!

Ventre-Livre es un **Vigorizador-Tónico**, el **Mejor Fortificador-Terapéutico** de las Camadas Musculares de los Intestinos, Estómago e Hígado!

Es por esta razón que **Ventre-Livre** hace siempre Mucho Bien a los Enfermos!

Use **Ventre-Livre** durante el tiempo que explica el Librito que acompaña cada frasco de este remedio, que los resultados serán positivos y certeros!

¡No Olvide Nunca: Ventre-Livre no es purgante!

* * *

Depósito General: **Dr. J. GESTEIRA**, 129, Maiden Lane, New York, U. S. A.

* * *

Depositarios:
En la Argentina: A. Lourtau y Cía. Paraná, 182. Buenos Aires.
En el Uruguay: Juan Carrasco. Araucho, 12. Montevideo.
En Chile: Droguería Daube y Cía. Santiago y Valparaíso.

El misterioso caso Voisin

Contado por sir Basil Thomson, ex comisario de la Policía Metropolitana de Londres, y escrito por

WILLIAM MAC HARG

En el asunto del francés y de las dos mujeres complicadas en su vida — una de ellas la que apareció decapitada — la justicia hizo todo lo que se puede hacer legalmente y con inteligencia. Y, sin embargo, ¿fué realmente criminal el hombre castigado? Vamos a ver qué opina usted de este proceso.

Así comenzó diciéndonos el popular ex jefe de uno de los sectores de investigación más importantes del mundo.

— Si a alguien corresponde el título máximo de detective — agregó, — sin duda es al jefe de la C. I. D. de la Scotland Yard.

— ¿Quién era el francés ése? — inquirimos.

— El personaje a que me refiero apareció viviendo en Charlotte Street. Su domicilio hallábase cercano a la estación del subte. El barrio, compuesto de modestas casas de pensión y de tiendas mixtas, era una especie de colonia francesa. Nuestro hombre tenía mediana estatura, no había cumplido cuarenta años y su complexión era excelente. Se llamaba Luis Voisin. Se le conocía por carnicero, cuyo oficio ejercía. A veces trataba en caballos, comprando y vendiendo, y tenía un carricoche tirado por un hermoso trotón para repartir carnes a domicilio.

Voisin regulaba sus horas de trabajo y hacía una vida en extremo laboriosa y ordenada. Nadie podía motejarlo ni como vecino ni como caballero.

Permanecía soltero, pero, como suele acontecer a las personas de alguna experiencia mundana, había tenido aventuras amorosas, y de la última conservaba en su casa un ejemplar. Quiero decir que vivía con una mujer, francesa, aceptada por todas sus amistades como madame Voisin.

Por supuesto, estos detalles no fueron conocidos por la Scotland Yard. Voisin era uno de los varios millones de individuos que no interesaban a la Scotland Yard por la simple razón de que esta famosa institución solamente entra en funciones cuando los hechos se suceden, es decir, cuando hay «materia» delictuosa por delante.

Desde el momento en que el caso Voisin se hizo público por los relatos de los diarios, reclamando la intervención directa de la policía, la Scotland Yard se hallaba en su terreno.

La agencia que «levanta la caza» se denomina la C. I. D. Esta sección del Departamento Metropolitano de Policía, de Londres, es el más completo organismo investigador que existe en Europa. En quizá menos de una hora el jefe de la C. I. D., sin moverse de su escritorio de los millares que componen la vasta red oficinesca de la llamada Nueva Scotland Yard, puede preguntar y responder cualquier detalle que se necesite acerca del más escondido taller de planchado, tienda de antigüedades o bar de las orillas del Támesis. Al recoveco habitado de mayor humildad, lo mismo que a la tienda suntuosa y a la residencia de un *gentleman*, pueden llegar, rectos y luminosos, los rayos de la gigantesca linterna manejada por este director. Mil timbres son poco para dar idea de los contactos inmediatos y diarios con los que mantiene relación profesional. En todo el Reino Unido, gracias a sus ligas con los departamentos municipales de policía, su ojo vigilante es garantía de éxito.

Y así como la Scotland Yard no se interesa mientras una previa investigación no se lo indica, así la C. I. D. no interviene para nada con las personas que han sido arrestadas o que tienen con prontuario de sospechosas.

En la Scotland Yard hay cinco jefes-condestables, un superintendente y cinco jefes-inspectores sobre los cuales manda otra cabeza: el jefe de la C. I. D. En todos estos departamentos se reciben constantemente las informaciones de los crímenes y latrocinios, catástrofes y estafas que ocurren hora por hora en la enorme metrópoli.

Ello significa una labor formidable que se compenetra en admirable engranaje.

— Muy bien — respondimos, satisfechos al darnos cuenta de tan curiosos detalles. — Ahora cuéntenos el caso Voisin.

Sir Basil movió la cabeza afirmativamente, consintiendo.

— En un día de la primera semana de noviembre de 1917, un policía de la Scotland Yard, bajo las órdenes de un inspector de la C. I. D., se presentó en el número 50 de Munster Square.

Casi toda aquella vecindad se dedicaba a explotar pensiones. El edificio en cuestión era pequeño, habiendo sido residencia particular y ahora casa de inquilinato. Según los informes de la policía, un matrimonio de nombre Rouse eran los alquiladores.

El inspector, acompañado del agente, tocó el timbre. La puerta se abrió, apareciendo una mujer de mediana edad. En seguida surgió a su lado un hombrecito de viril aspecto.

— ¿Usted es el señor Rouse? — inquirió el inspector.

— Sí.

— ¿Esta es su esposa?

— Sí.

— ¿Tienen ustedes una inquilina llamada madame Emilienne Gerard?

— Sí — replicó el hombrecito sin vacilar.

— ¿Qué puede decirnos acerca de ella?

— Su marido está sirviendo en el ejército francés. Su nombre es Paúl Gerard. Ocupan aquí dos piezas. En Navidad partió y luego estuvo de regreso por una semana. En mayo, su señora salió para Francia con el objeto de visitar unos parientes que residen en Nancy. A fin de julio regresó, conviviendo con nosotros desde entonces. Hasta que...

— ¿Ella dejó sus cosas aquí mientras estuvo fuera?

— Sí; su cuñado venía regularmente a pagar la renta durante su ausencia.

— ¿La última vez que la vió a ella?

— En la noche de la invasión aérea — respondió el hombrecito. — Cuando las alarmas sonaron, avisando a todo Londres, salió con nosotros de la casa y desde entonces no volvió.

El Londres de aquellos días a que se refiere este interrogatorio no era muy alegre que digamos; por entonces, en plena guerra europea, se sucedían con frecuencia las nocturnas incursiones de las flotillas aéreas de Alemania. Los zeppelines, cuya aparición era observada y gritada oficialmente desde múlti-

ples puntos de la gran metrópoli con objeto de prevenir a los habitantes del peligro, dejaban caer bombas que causaban estragos de orden material y algunas veces hasta heridos, y sembraban el espanto y la muerte.

Sabido es el apresuramiento con que la gente se guarecía en los sótanos y en las estaciones del subterráneo ante la amenaza de los «pájaros mecánicos» del enemigo.

La confusión y el pánico a que daban lugar aquellas escenas determinaban frecuentes desapariciones de personas, muchas de las cuales se iban de la ciudad para establecerse donde se consideraban a salvo.

El día treinta y uno de octubre, a media noche, los zeppelines se dignaron visitar las alturas de Londres.

— Madame Gerard estaba aquí — continuó explicando la señora Rouse. — Llevaba dos semanas en casa después de su último viaje. Yo la busqué en su habitación cuando las sirenas atronaban las calles, pero no había venido todavía. No tardó en llegar su cuñado y nos dijo que hiciéramos el favor de guardarle una bolsa de patatas para ella, que no tardaría en llegar.

— ¡Ah! — dijo el inspector. — ¿Una bolsa de patatas?

Y algo, alguna idea cruzó por su imaginación relacionada con el horrible crimen.

— En la tarde del dos de noviembre — agregó la informante — ella se fué.

— ¿Usted sabe que el hombre era su cuñado? — preguntó el inspector.

— Eso nos aseguró él. — Y la mujer miró a su marido significativamente. Se deducía de tal mirada que el matrimonio abrigaba ciertas dudas.

— ¿Sabe usted su nombre?

— Sí. Se llama Voisin.

Este nombre nada le dijo al inspector. Era la primera vez que lo oía.

— ¿Conoce usted su dirección?

— Vive en el 101 de Charlotte Street.

El inspector repitió en voz baja la dirección a un tercer personaje que se hallaba a pocos pasos, discretamente.

El hombre partió; el matrimonio contemplaba al inspector con la seria atención del que se encuentra ante la autoridad, y éste inquirió de nuevo:

— ¿No han leído ustedes en los diarios el descubrimiento del cadáver de una mujer escondido entre los materiales de Regent Square?

— Nosotros no leemos diarios, señor — contestó el hombrecito con alguna nerviosidad.

— ¿Entonces ustedes ignoran que ese cadáver es probablemente el de su inquilina desaparecida?

La mujer ahogó una exclamación de sorpresa y ambos se tornaron pálidos.

— ¡Madame Gerard asesinada! — murmuró ella.

— Vamos a ver las habitaciones — ordenó el inspector.

— Pero nosotros no tenemos las llaves — dijeron marido y mujer.

— Muy bien. Vamos. Eso no importa.

El descubrimiento de que hablara el inspector había sido hecho en la madrugada del dos de noviembre. Un obrero, camino de su trabajo, tropezara con el fatídico hallazgo, y después de examinarlo con la natural sorpresa y de haberse formado un corro de curiosos, la policía hubo de tomar cartas en el asunto, comprobando sobre el terreno la ausencia total de huellas humanas.

El cadáver, acarreado a la Morgue, quedó en las manos de un famoso facultativo, especialista en criminalogía médica. La autopsia del doctor Spilsbury reveló que se trataba del cuerpo de una mujer de treinta años aproximadamente. La cabeza y las manos faltaban. La opinión del sabio respecto a las mutilaciones establecía que debió ser hecha por un brazo experto en «cortar carne».

Identificar un cadáver decapitado es un arduo problema cuyas dificultades conocen muy bien los departamentos policiales. Los brazos y las piernas encontráronse atados con fuertes tiras de tela de sábana. Un examen minucioso dió por resultado descubrir unas pequeñas marcas del taller de lavado, detalle suficiente para que la Scotland Yard averiguara la identificación de la asesinada; pero la prensa metía ruido, apremiando a la policía, y entonces las marcas fueron dadas a los diarios, que las reprodujeron con claridad fotográfica. Al día siguiente de esta reproducción vino a verme el dueño de una lavandería, el que reconoció las marcas y me dió la dirección de la mujer a quien correspondían las prendas: madame Emilienne Gerard, 50 Munster Square.

En este punto del misterioso suceso fué cuando el inspector y un par de detectives se entrevistaron con el matrimonio Rouse.

— Esta es la puerta — anunció el hombrecito.

El inspector la golpeó, asegurándose de que se hallaba perfectamente la cerradura, y entonces uno de los agentes avanzó, abriéndola con una especie de gancho que manipuló hábilmente. Ambas piezas, que se comunicaban interiormente, aparecieron en perfecto orden; la cama intacta y el piso muy limpio.

El inspector se dirigió a la mujer:

— ¿Usted dice que Madame Gerard fué sorprendida en estas habitaciones la noche de la invasión aérea? — preguntóle.

— Sí, señor. Ella se encontraba aquí; nosotros llamamos a la puerta y ella nos contestó que en seguida se juntaba con nosotros para protegerse en el sótano más cercano o bien en la estación del subterráneo.

— Las alarmas comenzaron a las once de la noche del treinta y uno de octubre — explicó el inspector. — Usted dice que madame Gerard no regresó a casa desde aquella noche y que ustedes no tienen llaves de sus piezas. Muy bien; aquí no parece, a juzgar por el orden en que está todo, que se trate de una fuga. Nada demuestra precipitación.

— ¡Oh! — exclamó la mujer. — El señor Voisin estuvo aquí. El tiene llaves para entrar en estas habitaciones. En la tarde del dos de noviembre me dijo que ella había salido para un pueblo... Permaneció varias horas dentro.

— ¡Ah! ¿Conque el señor Voisin, el cuñado, poseía llaves para entrar a su satisfacción? — dijo el inspector.

— Sí.

— Pero usted no está segura de que haya sido él quien arregló tan bien las dos piezas.

— No, no estamos seguros. Nosotros sólo sabemos que estuvo aquí.

— Mire a ver, señora, si falta alguna cosa.

La mujer y su hombrecito, juntamente con el inspector y los detectives, realizaron una rápida rebusca, cruzando en todas direcciones el piso.

— La alfombra... falta la alfombra que estaba a los pies del lecho — dijo la mujer.

— Aquí está, en este rincón — habló uno de los detectives, — un maletín marcado con las iniciales L. V.

— ¿Cuál es el nombre de Voisin? — inquirió el inspector.

— Luis — contestó ella.

— Estas parecen sus iniciales — se limitó a decir el funcionario.

Y dirigiéndose a la cama, fué levantando sus ropas, advirtiendo que la tela de la única sábana que encontró era igual a las tiras conque fuera atada madame Gerard.

Luego, revolviendo entre varios documentos guardados en un cajón de la mesita, halló pruebas de que la asesinada tenía un depósito de cuatrocientas libras y pico en un Banco de Ahorro y que había prestado doscientas cincuenta a Voisin, cantidad no devuelta según aquellos apuntes.

Uno de los policías descubrió una palangana con agua muy sucia, utilizada, sin duda, para lavar los suelos; y un examen microscópico demostró que contenía sangre humana en abundancia.

Entretanto que se verificaban estas diligencias — prosiguió relatándonos sir Basil — un oficial de policía, llamado por teléfono desde aquella casa, dirigíase a la estación de Tottenham Court Road para comprobar el domicilio de Voisin. Llamó a la puerta del 101 de Charlotte Street y le respondió una voz de mujer.

— ¿Alquila usted habitaciones?

— Sí, señor.

— ¿Tiene usted alguna desocupada?

— Lo siento mucho, caballero. Ahora no tengo ninguna.

— Yo soy un soldado británico que ha servido en tierra francesa algunos años y busca alojamiento conveniente; y como me gusta el pueblo francés, por eso me han dado esta dirección. ¿De veras no hay nada vacante? Me placería — insinuó el caballero.

— Lo siento muchísimo; todo está alquilado.

— ¿En el piso bajo quizá? ¿Quién lo ocupa?

— El señor y la señora de Voisin.

— ¿No querrán arrendarme parte?

— Creo que no, señor. M. Voisin es hombre de negocios y no ha de necesitar dividir su departamento. Sin embargo, usted puede preguntar directamente.

— Muchas gracias; pero, por lo que usted me dice, será inútil.

Sir Basil interrumpió su narración para preguntarnos:

— ¿Qué piensa usted del asunto?

— Me parece bastante simple.

— En otras palabras: que aparece tan claro como para ir muy despacio en las diligencias. La policía gusta de ir aprisa en sus investigaciones; pero en los caminos fáciles y llanos suelen ocurrir accidentes.

—Bien; yo aseguraría que,

Si Voisin hubiera tenido alguna parte en el asesinato de madame Gerard, ¿cómo explicar su perfecta serenidad ante los detectives?

de un modo incuestionable, Voisin era el asesino. Como carnicero, tenía la experiencia de los hábiles cortes señalados por el doctor. Luego lo que le dijo a la señora Rouse respecto a la ausencia de madame Gerard, y luego el hecho con caracteres de premeditación, ocurrido precisamente la noche de la invasión aérea, y las llaves y el préstamo recibido y...

— Sí, sí; parecía claro que alguien había escogido la noche de la invasión aérea para cometer el asesinato. Favorecido por la obscuridad y la confusión en aquellas horas, el criminal pudo matar a su compatriota en las habitaciones de ella y después conducir su cadáver hasta Regent Street y allí esconderlo entre los materiales. En seguida habrá regresado a las piezas, lavando el piso y destruyendo toda evidencia. La alfombra fué removida de su sitio para lavar el suelo, desapareciendo, sin duda, por los indicios imborrables que presentaba. Y luego se marchó, cerrando tras de sí la puerta con la llave que poseía.



Luego suelen ocurrir alguno de esos incidentes, al parecer insignificantes, que ponen a prueba al verdadero detective.

— Sí; madame Gerard tenía la otra, que apareció entre sus ropas.

— ¿Era la asesinada persona que se manejaba como señora a su libre albedrío, sir Basil?

— Hay razones para creer que sí, al menos durante la ausencia de su marido, soldado activo en Francia.

— Entonces se va comprendiendo mejor el afán del asesino. Quiso desembarazarse de un estorbo futuro que podría complicarle la vida, tanto más cuanto que le debía dinero.

— Doscientas cincuenta libras no era gran cosa para un hombre que, como Voisin, disfrutaba de recursos y de ganancias. No; los actos de aquel hombre tanto probaban su inocencia como su culpabilidad, especialmente cuando no se tiene inconveniente en dar detalles veraces, como la dirección de su domicilio a la señora Rouse; y en cuanto a que le dijo a ésta que madame Gerard había partido para el campo, pudo ser también veraz por haber recibido de ella un aviso enviado por tercera persona.

En la conversación que el inspector jefe Wensley sostuvo con Voisin en francés — siguió explicando sir Basil — ocurrió lo siguiente:

El alto funcionario policial llamó con los nudillos a la puerta de Voisin.

— ¡*Entrez!* — sonó la voz del francés.

El visitante empujó la puerta y penetró en la casa seguido de un oficial.

— ¿Usted es el señor Luis Voisin? — inquirió en lengua francesa.

— Sí, señor.

— ¿Esta mujer es su esposa?

— No; así es conceptuada en la vecindad, pero su nombre es Berthe Roche.

El inspector examinó con atenta curiosidad a la pareja. Si Voisin hubiera tenido alguna parte en el asesinato, era imposible percibir el menor síntoma en su apacible y tranquilo aspecto de inocencia. La mujer era hermosa, de vivísima mirada. Treinta y ocho años confesó al inspector.

— ¿Era usted amigo de madame Gerard? — preguntó el policía al hombre.

— Sí.

— ¿Sabe usted que ha sido asesinada?

— Lo supimos por los diarios.

— ¿Cuándo vió usted a madame Gerard la última vez?

— Entre tres y cuatro de la tarde del treinta y uno de octubre.

— ¿La tarde anterior a la invasión aérea?

— Precisamente.

— ¿Qué le dijo ella?

— Me anunció que se iba para Southampton a entrevistarse con un amigo procedente de Francia, y que no regresaría hasta pasadas dos semanas.

— Dígame con exactitud qué hizo usted la noche de los zeppelines.

— Es bien poco lo que tengo que decirle. Minutos después de las diez madame Roche y yo nos acostamos.

— ¿Usted no corrió a guarecerse de las bombas en alguna cueva o estación?

— No; nosotros nos pasamos en casa toda la noche.

En la otra pieza, a puerta cerrada, la señora Roche fué sometida por el oficial a un análogo interrogatirio. Igual procedimiento se siguió con otros vecinos de la casa, examinándolos por separado.

— Señor Voisin — habló el inspector: — su declaración no concuerda con la de otras personas vecinas. La patrona de la casa dice que aquella noche todos los inquilinos, al escuchar las alarmas, se apresuraron a bajar al *hall*. Madame Roche estaba entre ellos, pero no usted. Entonces la declarante envió a su hija a su departamento de usted para avisarle del peligro, temiendo que usted no hubiera oído las sirenas. La muchacha llamó fuerte a la puerta, pero nadie le contestó, diciéndoselo así a su madre, y ésta, en seguida, fué en persona y repitió los golpes a la puerta, contestándole una voz femenina: «Esta bien». Su patrona, sin insistir más, corrió a resguardarse en un sótano, y cuando, a la mañana siguiente regresó, pudo advertir luz artificial en uno de vuestros aposentos.

— Su declaración es correcta — contestó Voisin. — Nosotros no salimos. Madame Roche bajó hasta el *hall*, pero volvió a los pocos minutos. Ella acostumbra a dormir con luz.

— Muy bien; permítame continuar con la declaración de su patrona. El día siguiente al del crimen, a eso de las ocho y media de la mañana, su patrona dice que vió a madame Roche acarreando agua para su departamento. A dicha hora no solía levantarse su inquilina, lo que le llamó la atención. «Muy madrugadora» — le dijo. — «Es que Luis se levantó muy temprano porque tuvo que sa-

lir para sacrificar una vaca y quiero lavarle su camisa, que está manchada de sangre — contestó madame Roche.

Voisin y su amiga se miraron y se encogieron de hombros.

— Exactamente — dijo él.

— ¿Nos permite usted visitar las habitaciones? — preguntó el inspector que, sin especial permiso, no podía hacer tal requisa.

— Paso, si gusta — se limitó a contestar el francés.

Penetraron y desde luego encontraron la alfombra desaparecida de las habitaciones de la asesinada. En la cocina, aparentemente recién fregada, apareció un cuchillo de carnicero muy afilado y limpio. El suelo, a pesar de su limpieza, tenía algunas diminutas manchas que resultaron ser de sangre humana.

— Usted era amigo de madame Gerard — le dijo el inspector examinándole con curiosidad.

— ¿Va usted comprendiendo las particularidades de la situación? — dijo, interrumpiendo su relato, sir Basil.

— Sí — contestamos; — un solo asesinato y dos distintos sitios en que parece se cometió.

— Exactamente así. Madame Gerard parece haber sido muerta en su propio departamento y además en la cocina de Voisin.

— Por supuesto, en apariencia; porque cabe esta conjetura: que Voisin, después de asesinar a su compatriota en el departamento de ésta, envolvió su cuerpo en la alfombra y lo acarreó hasta su casa.

— ¿Y cómo explicarse tal capricho cuando pudo abandonar el cadáver en cualquier rincón de una calle donde tenía probabilidades de que el hallazgo se atribuyera a las bombas de los zeppelines? — arguyó sir Basil.

— En efecto, parece incomprensible. Acaso las manchas de sangre en el piso de la cocina de Voisin es una mera coincidencia. Un carnicero como era él suele con frecuencia sufrir algunos cortes en las manos.

— Se han registrado coincidencias de esta índole, pero en este caso no la hubo.

— ¿Eran normales las facultades de Voisin?

— Sí.

— Entonces, la verdad, no comprendo.

— Ni nosotros los de la policía tampoco, y en aquel entonces nos hallábamos en la más delicada posición de perplejidad. Siempre existen dudas antes de hacer un arresto de importancia. Si se retarda esta diligencia para adquirir más datos, se corre el peligro de que el criminal se escape. Sabido es que en Inglaterra no se puede arrestar a nadie por meras sospechas. En veinte y cuatro horas hay que presentar bastantes pruebas para que el juez considere culpable al arrestado. Y nosotros, en este caso, no teníamos bastantes pruebas para satisfacer legalmente al magistrado.

— ¿Llegaron a arrestarlo? — inquirimos curiosos.

— Sí — respondió sir Basil: — después de algunos titubeos y consultas, nosotros nos decidimos por la prisión de Voisin. De no arrestarlo, no era posible hacer nuevas pesquisas en su departamento y era nuestro propósito registrar en toda regla. Y por eso nos decidimos por el arresto y por un inmediato y minucioso registro que nos suministrara las pruebas suficientes.

— ¿Las encontraron?

— Al principio, el registro nada nos reveló. El inspector jefe Wensley con su gente, luego de aprisionar a Voisin, dirigió uno de esos registros a los que nada se escapa. Se encontró una llave que no correspondía a puerta alguna, y preguntada la patrona de la casa dijo que era la del sótano. Ella le permitía al señor Voisin utilizarlo para guardar los utensilios del oficio y sus cosas viejas y en desuso.

En efecto, allí había de todo lo dicho por la casera y también ¡las manos y la cabeza de madame Gerard! Dos oficiales extrajeron estos restos del fondo de un barril lleno de sal.

— ¡Santo cielo! — exclamamos. — Por fin obtenían ustedes la culpabilidad de Voisin.

— Sí — dijo sir Basil: — al menos la apariencia de su culpabilidad. Cabeza y manos fueron examinadas por el doctor Spilsbury, el cual dictaminó que, antes de su muerte, madame Gerard fué golpeada en el cráneo con tosco instrumento manejado por persona de no gran poder físico. La opinión del sabio era que el asesinato habíase cometido en la cocina de Voisin. Ahora bien; yo quiero llamar su atención acerca de madame Roche, la amiga del carnicero y su compañera. En la estación de policía ella y él fueron careados con el matrimonio Rouse, los alquiladores del departamentito de la muerta. Al ver la señora Rouse a madame Roche, exclamó con excitación, señalando algo con el dedo: «Usted lleva puesto el broche dorado de ella». La aludida miró con fijeza a su acusadora y no aparentó conmoverse. Entre tanto, el cargo de *asesinato premeditado* lanzóse contra Voisin y su amiga. Al leerseles las diligencias del caso en idioma inglés, madame Roche rogó que se las tradujeran; y cuando las dos palabras «asesinato premeditado» resonaron en sus oídos, su faz tornóse blanca, sus labios eran azules y en sus ojos advirtióse extraña ansiedad. Se dirigió del lado de Voisin y le gritó: «¡Usted me ha engañado, miserable! ¡Me ha engañado!» Y contestó Voisin encogiéndose de hombros con estoicismo: «¡Ha sido una desdicha, una desdicha!» Y luego, dirigiéndose al inspector Wensley, explicó con firme voz:

«Madame Roche nada tiene que ver en el asesinato. Absolutamente. El crimen fué cometido en las habitaciones de madame Gerard». Y cuando el inspector le preguntó qué quería decir con eso, Voisin no respondió. Y entonces se siguió este diálogo:

— ¿Tiene usted alguna declaración que hacer? — preguntóle Wensley.

— Sí — respondió el aludido después de unos instantes de reflexión. — No fué una vez, fueron varias las que yo fuí a las habitaciones de madame Gerard después de la invasión aérea del treinta y

uno de octubre. La primera a las nueve de la mañana del día siguiente. La puerta estaba cerrada y me valí de mi llave. El suelo estaba bañado en sangre. En la mesa de la cocina había un paquete envuelto en un viejo saco femenino. Lo palpé y lo desenrollé, encontrándome la cabeza y las manos de madame Gerard. Durante cinco minutos el horror me paralizó todos los miembros. Yo entonces recordé mi última conversación con la muerta, la tarde anterior, cuando me dijo que salía para Southampton, y ante aquellos restos suyos pensé que alguien me había preparado una tremenda trampa. Yo solamente, en Londres, poseía una llave de aquellas habitaciones, y era indudable que el asesinato fuera cometido para que todas las sospechas recayeran sobre mí... Lavé el suelo, limpiando las rojas manchas, volví a hacer el macabro envoltorio y, cubriéndolo con la alfombra, salí con la carga. El maletín que con mis iniciales se encontró en una de las piezas se lo prestara yo porque me lo pidiera para su viaje, y encontrándolo demasiado pequeño no lo utilizó, dejándolo en la habitación para que yo lo recogiera. Con respecto a los demás restos hallados en Regent Square, nada sé.

— ¿De qué enemigo o persona sospecha usted que pudiera interesarse en hacerle responsable de la muerte de madame Gerard? — inquirió el inspector.

El francés no contestó.

— ¿Resultó convicto? — preguntamos con gran curiosidad.

— Sí — respondió sir Basil: — el caso, como usted podrá imaginar, despertó la atención del público. Mr. Jenkins, el abogado defensor de madame Roche, logró descargar de toda culpa a su representada, demostrando que no resultaba evidencia alguna contra ella en el crimen. También se probó — mejor dicho, no se probó — que hubiera rivalidades entre ambas mujeres por disputarse el amor de Voisin, el cual, habiendo sin duda cambiado sus afecciones de madame Gerard a madame Roche, evitó siempre que la primera conociese a la segunda. Pocos días después Voisin resultaba convicto. El Jurado deliberó por espacio de quince minutos. Acto seguido de leérsele el veredicto de culpabilidad fué preguntado si tenía algo que argüir.

— Sí — dijo con serena firmeza: — que soy inocente del crimen que se me imputa.

— ¿Nada más dijo? — preguntamos a nuestro relator

— Nada más — dijonos éste. — Es frecuente que, cuando un sentenciado ve perdida su salvación, considera hasta un desahogo confesar sus delitos. Voisin no dijo una palabra. Los últimos momentos suelen ser decisivos para los reos de muerte. Todo el aparato impresionante no alteró la estoica serenidad de Voisin. Ni a los requerimientos de la justicia ni a las solicitaciones del sacerdote tuvo algo que contestar acerca del asesinato. Y murió sin decir palabra.

— Bueno; porque era un culpable reconcentrado.

— No lo creo yo así — nos contestó sir Basil. — El caso está salpicado de discrepancias, de argumentos inconsistentes y de preguntas no contestadas. Voisin tenía derecho a presentar testigos que muy bien pudieran demostrar su inocencia, lo que no hizo a pesar de que advertía el peligro de su situación. Madame Roche, por su parte, no trató de conciliar algunas declaraciones contradictorias que constaban en el proceso con perjuicio de su amigo, pareciendo temer nuevas revelaciones que esclarecieran el crimen. Y luego ¿cómo hemos de discernir las dos escenas del asesinato, una en el número 50 de Munster Square y otra en el 101 de Charlotte Street? No es fácil aceptar la explicación de Voisin. Y ¿qué quiso decir madame Roche cuando gritó el «usted me ha engañado, miserable» dirigiéndose excitadísima contra Voisin?

— Acaso se refirió a su declaración cuando ella dijo que su marido había madrugado para sacrificar una vaca — nos atrevimos a opinar.

— Madame Roche sabía a qué atenerse acerca de este particular.

— Pudo haberse referido al broche dorado de la muerta que ella llevaba puesto como un trofeo.

— ¿Como un trofeo? ¿Qué quiere decir usted?

— En la India se lleva como signo de trofeo el cuero cabelludo del enemigo muerto.

— No comprendemos lo que usted quiere decir... Voisin desmembró el cuerpo de su víctima.

— Sí, vamos a estar de acuerdo por ahora. Pero nosotros hemos considerado detenidamente las circunstancias bajo las cuales aconteció el crimen según la teoría de la Scotland Yard, de la que se desprende que el criminal escogió la noche de la invasión aérea. Pero mi final teoría sostiene que esa misma noche fué escogida por la víctima.

— ¿Por la víctima? — preguntamos en el colmo de la sorpresa. — ¿Ella escogió aquella noche para ser asesinada?

— No conscientemente, desde luego — contestó sir Basil — pero sí con sus acciones. Reconstruyamos los hechos en pocas palabras. Madame Gerard se halla en sus habitaciones; suenan las alarmas y sale corriendo para refugiarse en la próxima estación del subterráneo, cerca de Charlotte Street. Hubo necesariamente de pasar cerca del domicilio de Voisin, pensando en él. Durante la ausencia de su marido en Francia, ella le había dado sus más cariñosas afecciones. ¿Estará él a salvo? — se le ocurrió preguntarse. — ¿Habrá comprendido el peligro? En cualquier caso, ella deseaba entonces, más que nunca, tenerlo cerca, correr el mismo riesgo juntos. Y, apresurándose, entró en la casa de él cuando ya los vecinos la abandonaran asustados; encuentra abiertas las habitaciones de Voisin y allí tropieza con otra mujer a quien no conoce. Se miran y...

Un buen detective — dijo sir Basil, interrumpiéndose — no es un hombre que conoce todas las cosas, como se escribe en las historias policiales que llenan diarios y revistas. El buen detective es un hombre que sabe cómo obtener y aprovechar los conocimientos de los expertos. No olvidemos que el doctor Spilsbury, el sabio que practicara la autopsia, dió su opinión de que madame Gerard había sido asesinada en la cocina de Voisin y que la cabeza aparecía golpeada con un instrumento obtuso y por un brazo de no gran fuerza.

— ¿Usted quiere indicar que madame Roche mató a la otra?

Sir Basil, mirándonos en silencio, esperó nuevas preguntas.

— ¡Por todos los santos! — clamamos: — Usted insinúa bien claro que madame Roche fué la asesina y que Voisin, conociendo la causa (celos por su persona), le prometió guardar silencio. Esto explica por qué él dijo haber encontrado el cadáver en las habitaciones de la asesinada. La exclamación de madame Roche: «usted me ha engañado, miserable», explica asimismo el temor que la sobrecogió cuando, al traducírsele las declaraciones, creyó que Voisin la había comprometido después de prometerle silencio. Entonces el francés, abroquelándose en su silencio, cumplió su palabra y fué derecho a la muerte con un espíritu de generosidad.

Y resumió su relato sir Basil:

— Nosotros no pudimos probar legalmente esta teoría, pero tal es mi creencia en el caso que acabo de relatarle.



EL CASTILLO DE THIERSTEIN

Los antepasados del señor de Thierstein habían sido nobles, bravos, justicieros; su último descendiente, el dueño del castillo situado en uno de los parajes más bellos y poéticos de Suiza, era un hombre frío, egoísta y cruel. Se había casado cuando sus cabellos empezaban a encanecer con una joven bella y pura, llamada Margarita, a la que sus padres habían sacrificado uniéndola a un ser aborrecido, matando su corazón para que tuviese mayor fortuna y posición brillante.

El señor de Thierstein amaba a su esposa y comprendía que no era correspondido. Sospechaba que ella quería a otro y la hacía espiar continuamente, ofreciendo una gruesa suma al que le diese pruebas de la traición de su mujer. Sus favoritos, dos o tres caballeros que tenía en su compañía, fueron los primeros de quienes sospechó, y los alejó de su lado; no tardó por lo tanto mucho tiempo en hallarse sin amigos.

Una noche clara y fría de otoño el señor de Thierstein fué advertido por uno de sus servidores de que Margarita había salido secretamente con una de sus doncellas, tomando el camino de la vecina ciudad.

— Yo la sorprenderé — se dijo.

La joven se había dirigido en efecto hacia el lugar designado por el espía, donde un hombre embozado en una capa la estaba esperando.

— ¿Qué deseas de mí, Carlos? — le preguntó ella.

— Margarita — contestó él; — estoy perdido y tú puedes salvarme. He tenido una reyerta con varios amigos a propósito de una mujer a quien quiero y a la cual ellos insultaban; nos hemos batido, he matado a uno y he herido a otro. Es preciso que huya y que no sepa nadie adónde voy; por eso no me he presentado en mi casa. Dame dinero para emprender un viaje largo, del que no volveré hasta que pueda rehabilitarme; mis padres te lo pagarán después. Para eso te he escrito entregando mi carta a tu doncella con gran sigilo, porque si tu marido lo sabe me delatará; el muerto es hijo de su amigo predilecto.

Carlos era hermano de Margarita y ella lo quería con ternura, así es que le entregó todo el dinero que contenía su escarcela y las hermosas joyas que llevaba.

— ¿Quieres más? — le preguntó.

— No, por ahora me basta. Que el cielo premie tu bondad. Júrame que no dirás a nadie que me has visto.

— Te lo juro, Carlos.

— Así podré alejarme tranquilo.

Los jóvenes se abrazaron, y en aquel momento llegó el señor de Thierstein que no pudo conocer a aquella distancia a su cuñado.

— ¡Infame, perjura! — exclamó al hallarse junto a su esposa; — por fin tengo la prueba de tu maldad. Te castigaré como mereces.

La cogió de un brazo y la llevó al castillo, donde le preguntó quien era su amante. Ella contestó que se engañaba, pero que no podía revelar su nombre. Interrogada la doncella declaró que el caballero que hablaba con su señora era Carlos, pero le pareció tan inverosímil que Margarita lo hubiese callado, siéndole fácil justificarse, que el irritado esposo no la creyó.

— Te encerraré en este castillo — dijo Thierstein a la joven; — un carcelero de mi confianza te guardará; los demás lo abandonaremos como una casa maldita.

Era difícil hallar aquel carcelero de su confianza; los unos amaban el oro y podía comprárseles; los otros eran jóvenes y podían rendirse a los encantos de Margarita; los otros demasiado viejos y podían engañarlos.



Al fin creyó haber encontrado lo que buscaba; era un paje que había querido con toda su alma a una dama que le había vendido luego por otro.

Desde entonces no había vuelto a ver a ninguna mujer, siendo invencible el odio que todas le inspiraban. Y era muy jóven, casi un niño, pero habían matado su alma cuando empezaba a sentir, y en ella no había ya ni amor, ni ternura, ni piedad. Casi no conocía a su señora; cuando el señor le dijo qué misión iba a confiarle, la aceptó sin contrariedad, pero sin apresuramiento.

El castillo fué cerrado, los servidores partieron a otro, el señor a un lejano país sin anunciarlo a ningún individuo de su familia. Margarita quedó prisionera en una habitación con su doncella, y en otra se instaló el paje Luciano. La pobre joven lloraba día y noche su desventura, sin que sus lágrimas ablandasen el pecho del mancebo que la creía culpable. El no miraba siquiera aquel rostro pálido y bello; entraba con los ojos bajos, dejaba sobre una mesa las provisiones que llevaba y no alzaba la vista hasta que cerraba la puerta de la prisión. Asi pasaron algunos meses.

Una tarde, al presentarse Luciano y preguntar a Margarita, como de costumbre, si necesitaba alguna cosa, extrañando no obtener respuesta miró maquinalmente hacia la cautiva, quedando al punto fascinado por su maravillosa hermosura. La señora de Thierstein dormía, habiéndola rendido los continuos insomnios y los crueles sufrimientos.

Un nombre se escapó de sus labios; era el de su

marido, y al pronunciarlo no había en su acento ni cólera ni rencor.

— ¿Será inocente? — se preguntó Luciano.

Se propuso observar más a la joven y ser menos duro con ella que hasta entonces.

Margarita se despertó poco después, y el paje le habló afectuosamente. Por la doncella supo lo que había ocurrido entre Carlos y su hermana, y no dudó fuese cierta aquella historia. Poco a poco Luciano visitó con más frecuencia a su señora; se contaron sus penas y se consolaron mutuamente con dulces frases y halagüeñas esperanzas.

— Tengo un favor que pediros — le dijo un día la dama.

— ¿Qué queréis, señora? — preguntó él.

— La libertad...

— ¿Qué decís?

— La libertad para mi doncella. La pobre niña no es responsable de mis penas, y éstas aumentan al verla encerrada aquí.

— Yo no os dejaré jamás — exclamó ella.

Pero Margarita insistió; le dijo que así podría trabajar para que su familia la libertase, y la muchacha una noche se despidió, llorando, de su ama y salió del castillo por la única puerta de la que Luciano tenía la llave.



Quedaron solos la dama y el paje; ella le agradecía las deferencias que tenía, él la amaba con una pasión pura y vehemente. Incapaz de vender a su señor y satisfecho por otra parte de la dulce intimidad que entre ambos jóvenes existía, no hubiese cambiado su vida de entonces por todos los bienes de la tierra. Y conforme pasaba el tiempo la pasión crecía, se desarrollaba, llegaba a su colmo.

Hacía ya dos años que la hermosa Margarita se hallaba prisionera cuando una noche el paje le declaró su amor; ella no le escuchó ofendida; acaso correspondía a aquel sentimiento, pero no se lo reveló y le dijo que la dejase algunas horas para reflexionar.

Fuera del castillo, la noche era triste y sombría, y poco después estalló una furiosa tormenta. Margarita en su soledad tenía miedo y rezaba. De pronto sintió que se movía el pavimento, que los escasos muebles caían, que ella misma se sentía vacilar; luego escuchó un horrible estruendo como si el mundo entero se hubiese desquiciado.

— ¡Sálvame, Virgen santa! — exclamó; — si me libras de este peligro que no conozco, pero que presiento, juro consagrarme para siempre a ti.

Y entre tanto Luciano, en su estancia, pedía al cielo que salvase a su adorada Margarita.

Cuando cesó aquel estruendo, el joven intentó salir; la puerta de su cuarto no cedía a sus esfuerzos, y destrozando sus manos fué como logró hacerse paso. ¿Qué había pasado allí? Un horrible terremoto había echado abajo el castillo; por todas partes no había más que escombros y ruinas. Cubierto de sudor, de sangre y de polvo, llegó a la casa más cercana y pidió algunos instrumentos para librar a Margarita de su prisión. Era preciso aprovechar la soledad de la noche para salvarla; al saber la catástrofe que le privaba de su mejor castillo podía volver el señor de Thierstein, y entonces todo estaba perdido para ellos.

No era fácil empresa llegar a aquella habitación; acaso había sido destruida como el resto del edificio; apartando piedras, maderos, muebles y hierros, cuanto se oponía a su paso, el paje se vió al fin junto al cuarto de su amada. ¡Oh, prodigio! El destructor terremoto la había respetado. Margarita, derramando dulces lágrimas, se dirigió hacia su libertador, que cayó a sus pies cubriendo de apasionados besos sus manos.

— ¡Huyamos! — esclamó Luciano.

Sacó a la joven en sus brazos, y un rato después se hallaban en libertad. Resignado y conmovido escuchó el paje la resolución de su amada, que se retiró poco después a un convento, siguiendo su ejemplo algo más tarde Luciano. En sus sagradas viviendas no pudo perseguirlos el celoso marido, que acaso no creyó en aquella asombrosa salvación, suponiendo que habían muerto el uno y el otro, aunque no se habían hallado sus cuerpos entre los escombros.

El que hoy visita las ruinas del castillo de Thierstein, *más imponentes*, dice un escritor, *por las tradiciones de poder, esplendor y fuerza que a ellas se refieren, que por su aspecto, que parecen reasumir la antigua historia de la comarca,* puede ver la prisión de Margarita y el cuarto de su carcelero, salvados milagrosamente del terremoto de 1756.



PROYECTOS sometidos *a la* consideración *del* señor ministro *de* Agricultura

Con el fin de ayudarle en su tarea,
al ministro dedica humildemente
un sujeto, que a veces macanea,
lo que se puede ver seguidamente.

Modelos de carteles o letreros
que son unos hallazgos verdaderos.

La crisis ganadera, dicho en serio, sólo puede arreglarla el ministerio.

La siguiente cuarteta, tan bonita,
se imprimirá en negrita.

Todo con o
o
los honrosos porotos

—Yo como poco.
—¡Poltrón!
¡Bobo!, ¡*tonto*!, ¡*zonzo*!, ¡*bolo*!
Yo como como glotón.
¡Yo como porotos sólo!

Leyendas angulares,
de las cuales se harán muchos millares.

La papa es de gran efecto
y propia de un hombre recto

El zapallo es macanudo
y digno de un hombre agudo

No come el arroz laxante
el hombre obtuso ¡Ignorante!

Esto otro, dibujado en un prospecto,
será de gran efecto.

Leyendo las hazañas de Patroclo
no os olvidéis del suculento choclo.

Lo que sigue también es muy curioso
y, quizás, ingenioso.

Vacunos, la ocasión la pintan calva.
Recurrid al ministro y él os salva.

Y lo que viene ahora
es de una novedad deslumbradora.

TERCETO

¿Ignoráis el cultivo del cafeto?
Pues no debéis pasar ningún cuidado.
El ministro lo explica en un folleto.

Aunque sea una pavada,
lo que va a continuación,
y con música apropiada,
llamaría la atención.

HAY QUE CONSUMIR MAS MANTECA

No me critiquéis mi plan
y, yendo de ceca en Meca,
cantad un himno a la man-
teca.

Decid, con un ademán
que envidiaría Rebeca:
—¡Nada hay mejor que la man-
teca!

Ya nadie baila el cancán
y es preferible la cueca;
ya consumen todos man-
teca.

Otra idea oportuna
que puede aprovechar sin duda alguna.

RECETA

Con hielo, azúcar, vainilla, — soda o agua mineral, — se hace el cocktail especial — que explica esta redondilla.

Allá va otra novedad
para la publicidad.

DE LA TIERRA SALE TODO

Son cosas sabrosas
que cuestan muy poco
y a todos les gustan.
Comed, ciudadanos,

Lechuga **E**scarola **B**ananas **R**epollo **E**spárragos **T**rufas **O**livas y **N**abos.

LUIS GARCIA.



Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio, **500** $ m/n y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de CARAS Y CARETAS. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.

IPERBIOTINA
MALESCI

IPERBIOTINA · MALESCI ·

El punto luminoso que nos infunde esperanzas. El rayo de luz de potencia deslumbrante que hace posible la regeneración del organismo derruído y aniquilado.

La fuerza que penetra al cuerpo para reconfortarlo y darle salud.

Venta en Droguerías y Farmacias

Preparación patentada
del Establecimiento Químico Dr. Malesci
Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina
M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 Buenos Aires

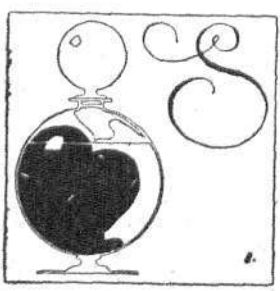
Club Atlético Empleados de "Caras y Caretas"

Un momento de reposo, ante el objetivo, entre los concurrentes al baile familiar célebrado en el local de la sociedad Primo Circulo Mandolinistico Italiano. Como es ya tradicional en las reuniones del Club, se derrochó espiritualidad y alegría y se hicieron votos para que no se demore mucho la repetición de tan amenas reuniones.



La teoría *del* amor

ELEGÍA CASUÍSTICA



STENDHAL consagró al amor uno de los libros que mayor entusiasmo despierta entre sus póstumos admiradores. El libro del genial autor «italianizado» merced a su entusiasmo por el paisaje y por la vida de Italia, es un manual de impresiones y de escarceos psicológicos, vasto panorama donde la paradoja y la imaginación tienden de par en par sus alas recamadas...

Pasmoso buscador de secretos, buzo de las ideas, y más que de las ideas del génesis de las ideas, Stendhal se deleita admirando las ramas que en las minas de sal de Salzburgo se llenaron de brillantes cristalizaciones.

Por ellas descifra las fases sucesivas del amor. Por ellas despierta a la vida del espíritu las calladas perspectivas de esa «enfermedad rara», desconocida en la Francia de 1830 y que, avergonzada sin duda, fué a refugiarse en las aldeas románticas de Holanda y en los fríos castillos de Moscú... Allí la recogió Stendhal, en forma de un abanico de plumas exóticas, a su vuelta de la expedición napoleónica, a través de los caminos yertos... Allí la encontró, mustia, gélida, guardando en su interior, con tierna pesadumbre, sus cálidos latidos de sacrificio... Nadie duda — ¿y cómo dudarlo? — que Stendhal conoció la imagen del amor, la teoría del amor. A este propósito fué un docente, un especialista, un técnico, aguzado por el afán de reducir a fórmulas matemáticas los estadios que anteceden, en la vida del espíritu, a la sublime explosión de Abelardo...

Enamorado ardiente de su imagen, descuidó lo que proyectaba esa imagen. Asió la apariencia y despreció la realidad.

¿Acaso ese augusto y suprasensible sentimiento está en otra parte que en nosotros mismos? Una mujer que lo suscita no es el amor; el amor es la imagen que se proyecta en nosotros, que nos impele, que nos agranda hasta la convicción de la no existencia del límite...

Nace en nosotros. «Sinfonía elegíaca, que se modula en las cuerdas del alma para dar sentido y realidad a la existencia».

La mujer, enferma desde su origen por el absurdo de la vanidad, cree que en ella está el amor.

No es cierto. Puede ser, cuando mucho, una fuerza generadora, un impulso, como también puede serlo un lago de los Alpes o el «Ave María en Bruselas» de Regoyos, para citar el paisaje y el cuadro.

Un genial como Stendhal necesariamente debió reconocer mayor motivo de emoción «amorosa» en la imagen de la ciudad lejana donde la «contempló por vez primera», que en la presencia misma del objeto humano determinante.

Y es que el amor es pluralidad sin dejar de ser unidad.

Así lo entendieron los antiguos, que eran a la vez sabios y virtuosos. Ellos simbolizaron el amor en el fuego sagrado del hogar, pues que amor es también religión. Por eso se le mantenía vivo, día y noche; su llama evocaba «in abstracto», no las personas, no el «objeto», sino el sentimiento.

Para el Petrarca, el amor se bifurca después de Laura y adquiere el tono de la naturaleza salvaje e imponente. En Abelardo, sufrida la cruel venganza del canónigo Fulberto, el amor que inspiró Eloísa se concentró en su misticismo combativo, para diluirse más tarde en ardiente sed de gloria, llevándole a las disputas religiosas del priorato de Maisoncelle... Ya Eloísa se había eclipsado, y para siempre.

Sin ir tan lejos, madame de Sevigné hizo del amor un canto íntimo y familiar, mientras Amiel le convierte en una contemplación serena, en un análisis frío asentado sobre imperativos de armonía clásica...

Desde el año de 1860 el amor va perdiendo su imagen y adquiere ese cariz torpe de las cosas reales.

No se busca ni se interpreta su imagen: se la ha virtualmente destruído con una crueldad sin ejemplo.

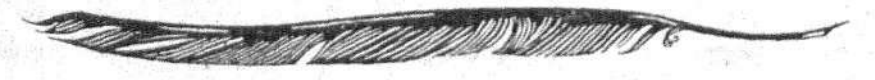
Los fisiólogos, en su afán de quitarle al poeta una parte de su tela de ensueños, intentan clasificar el amor según un cuadro sintomático y ciertas alteraciones de la sangre.

Lo colocan en el grupo de las enfermedades mentales, coincidiendo después de cien años con la teoría de Rokistanski.

¿No es, en realidad, monstruoso y bestial lo que se ha hecho con la mariposilla enigmática que hizo exclamar a la religiosa portuguesa: «¡Amor!... en qué locura no consigues hacernos encontrar placer?»

Y si Stendhal se dolía de su Francia, donde nadie quería amar... ¿qué diremos nosotros, hijos de un fin de siglo al que Daudet clasificó de «estúpidos»?

HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ




HAGA Vd. FELICES a sus NIÑOS
COMPRANDOLES UN PATHÉ-BABY
LOS DIVIERTE y LOS ILUSTRA
ES EL CINE EN SU CASA
Tomer

De Olivos

Monseñor F. Vilanova Sanz bendiciendo la imagen de Sor Teresa del Niño Jesús recientemente beatificada por S. S. Pío XI. Fueron madrinas en esta ceremonia las señoras de Giudice, Centeno, Terán y Morelli y las señoritas de Centeno, Palazón, Bernard y Aprile.

Cuando la paciencia de la mujer llega a ciertos límites.....



Las mujeres son los seres más maravillosos del mundo! Ciertas veces llegan muy fácilmente a fastidiarse e irritarse por cosas verdaderamente nimias, mientras que, en cambio, otras veces resisten con una paciencia rayana en la resignación, a un estado de cosas realmente desolador, como ser, por ejemplo, cuando, por falta de las debidas atenciones, corren el riesgo de ver destruídos o eclipsados sus propios encantos naturales y factores de belleza. Toda mujer puede y debe ser atrayente, simpática, fascinadora. Basta, a veces, para que la vista quede subyugada, poder ofrecer a la admiración de sus semejantes un cutis hermoso, terso; sin embargo, ¡cuántas mujeres se resignan a no poder ostentar tan preciado don natural, sometiéndose a los dictados crueles de una naturaleza madrastra!

Y esto es un error, un error gravísimo; dada la intensidad con que vivimos nuestra vida moderna, sería demasiado pedir querer que la Naturaleza eliminara en absoluto y por sí sola los rastros que los trajines de la existencia diaria imprimen en nuestras facciones. La pobreza de la tez, las arrugas que se asoman a las comisuras de los labios y que afean la boca, o las que se encarnizan en los ángulos de los ojos, quitándoles casi todo su encanto, son consecuencias directas e inevitables del cansancio y de los afanes de nuestra actual existencia tan agitada. ¡Pero sería demasiado fatalismo, verdaderamente oriental, el de someterse resignadamente a estos defectos tan injustos, pero también tan fácilmente remediables! El cutis puede ser librado de todas estas imperfecciones, y devuelto a su lozana, juvenil, pristina frescura, y con todos los atractivos de una hermosura genuinamente natural. Sólo se exige, para lograr tan halagadores resultados, aplicarse cera pura mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. De esta manera toda la piel marchita y fea desaparecerá para siempre, y con ella una causa de profundo dolor moral. Contrariamente a lo que acontece con tantas cremas de toilette que sólo consiguen obstruir los poros de la piel robando a ésta su lozanía, la cera mercolizada tiene la virtud de obrar de acuerdo con lo que es su principio básico, es decir, que, en vez de agregar algo al cutis, le va quitando las capas de células ya muertas, haciendo de esta manera que aparezca la nueva piel que surge de las profundidades de la epidermis para venir a irradiar a la superficie. La cera mercolizada, aplicada de noche, antes de acostarse, estimula las sensibles células de las terminaciones nerviosas de la piel, haciendo que su reacción resulte más eficaz y benéfica, pues durante las horas del sueño y del reposo las facciones se distienden y se prestan mejor que en cualquier otro momento a esta obra de regeneración de la piel.

También al respecto de otros defectos las mujeres demuestran una tendencia a aceptar las cosas así como vienen, defecto que el buen gusto exige eliminar por medio de un tratamiento racional y radical. En lo que se refiere al vello o bozo, no todas las mujeres saben aún que es tan fácil suprimirlo en forma definitiva con la simple aplicación de porlac en polvo, que toda farmacia puede suministrar. Mezclando este polvo con un poco de agua y aplicándolo al pelo superfluo se nota inmediatamente que éste se encrespa, siendo entonces fácil eliminarlo con la ayuda de una tarjeta, arrastrando de esta manera junto con la pasta todo el vello, y quedando así el cutis terso y absolutamente suave. Aun en el improbable caso de que el vello volviera más tarde a reaparecer, sus raíces quedarían de tal modo debilitadas que, con la repetición del procedimiento indicado, se le quitarían definitivamente las veleidades de nuevas reapariciones. El porlac es perfectamente inofensivo, no produce dolor alguno, y puede usarse con frecuencia si así resultara necesario.

Por supuesto, una cabellera debe conservarse en un estado de constante limpieza, porque si ella es grasienta no podrá lucir todas sus galas. Permitiéndolo el tiempo, la cabellera debe ser lavada todas las semanas, empleándose para ello el stallax, bastando una cucharada de estos olorosos gránulos de stallax, disueltos en una taza de agua, para preparar el mejor lavado de cabeza o shampoo. Este shampoo presenta la ventaja de hacer una limpieza absoluta del cuero cabelludo, estimulando, a la vez, el crecimiento del cabello, poniéndose este último lustroso, brillante, sedoso y ondulado. Un paquete de stallax, que cualquier boticario podrá proporcionarle, sirve para hacer más o menos 40 shampoos, y su precio, que alguien podrá considerar caro, resulta verdaderamente económico si se consideran bien las cosas y las ventajas que su uso reporta. Las madres juzgan que el stallax es lo mejor para la limpieza del pelo de los chicos.

Todos los procedimientos indicados pueden llevarse a la práctica en el hogar, sin necesidad de gastar dinero en los costosos tratamiento de belleza, y con sólo seguir las sencillas indicaciones señaladas en este artículo.

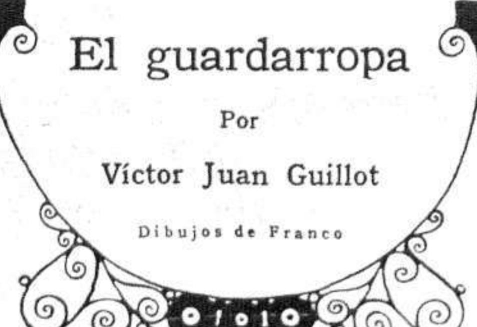


La directora de la escuela N.° 49, señorita Emilia Aramburo, y personal que organizó las fiestas del 9 de Julio.

DISMINUYE LA IMPORTANCIA DEL RAYO

El rayo, considerado como uno de los fenómenos más terribles de la naturaleza, ha sido objeto de recientes estudios que refiere el periódico americano «Popular Science», los cuales han disminuído un poco su fama de potencia. Gracias a una serie precisa de observaciones (no muy fáciles porque la descarga eléctrica entre las nubes y la tierra rara vez acontece, pues generalmente la electricidad atmosférica se descarga de nube a nube) se ha logrado comprobar que sobre circuítos eléctricos de bajo voltaje el rayo tiene efectos irresistibles; y se ha logrado establecer que la presión eléctrica del rayo es de cerca de 50 millones de voltios; que su corriente sube aproximadamente a 10.000 amperios y circula durante un diezmilésimo de segundo. Al ojo humano le parece de mayor duración, porque el ojo retiene durante un décimo de segundo cualquier imagen percibida, por fugaz que sea. Si alguien deplora el desperdicio de energía eléctrica en una tempestad, que se consuele sabiendo que la energía diseminada en la atmósfera durante una tempestad fortísima bastaría apenas para iluminar una aldea durante una noche. La energía de un rayo corresponde a cerca de 18 caballos de vapor, y costaría a quien quisiera obtenerla, si se produjera artificialmente, unos cuantos dólares.


¡MÁTALO!
El pulgar de los Césares ordenaba al gladiador triunfante, cuando su adversario no era digno de gracia: "¡Mátalo!" Cuando el hombre se ve asaltado por el dolor físico, su organismo todo, impulsado por el poderoso instinto de la defensa, le da ese mismo mandato definitivo e inapelable: "¡Mátalo!". La ciencia moderna, tras de largos esfuerzos, le ha proporcionado para ello un arma absolutamente efectiva y segura: la CAFIASPIRINA. A su acción ceden, de modo inmediato y completo, los dolores de cabeza, muela y oído; las neuralgias; los resfriados, etc. Como tiene un gran poder tonificante, hace desaparecer el decaimiento que acompaña a los dolores muy fuertes, al exceso de trabajo mental y al abuso de las bebidas alcohólicas. Pero lo que ha dado a la CAFIASPIRINA su indiscutible superioridad ante los médicos del mundo entero, es el ser completamente inofensiva para el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS de una dosis. Ambos empaques están identificados por la Cruz Bayer.
BAYER
BAYER

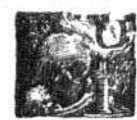


El guardarropa

Por

Víctor Juan Guillot

Dibujos de Franco



UNA mañana Castro Gómez interrumpió su matinal lectura de diarios con una exclamación satisfecha. Y dejó abandonado el desayuno para enseñar a su mujer la página de avisos. Allí estaba lo que buscaban, indiscutiblemente.

La mujer de Castro Gómez, siempre un poco recelosa ante los entusiasmos del marido, leyó también detenidamente, con la frialdad de un juez de instrucción:

«Guardarropa de roble negro, casi nuevo, espléndida pieza de ebanistería, se vende baratísimo.» Seguía la dirección, Corrientes al tres mil y tantos.

Se convenció. Tenía a su alcance la esperada ocasión.

Con ochocientos pesos de sueldo y sin hijos, el ideal de Castro Gómez era una instalación elegante y confortable. Aspiraba a tener un «home», como los ingleses, solía declarar enfáticamente, articulando la hache como si fuera jota para dar mayor pureza británica a su acento. La mujer participaba de sus ideas y poco a poco fueron amueblando un interior entre cómodo y lujoso. Pero el guardarropa, un gran guardarropa de muchos cuerpos, destinado a reemplazar, con su mole imponente, a los modestos roperos de falsa caoba que guarnecían el cuarto de vestir, alcanzaba un precio superior a los sobrantes mensuales de los ochocientos pesos. No había que pensar en comprarlo nuevo y las pichinchas no se presentaban.

— Hay que esperar — resignábase Castro Gómez con la serenidad de quien está seguro de alcanzar los cincuenta años con una jubilación tranquilizadora. Y esperaban.

Recortado cuidadosamente el aviso, el matrimonio lo analizó palabra por palabra.

— Baratísimo — subrayó Castro Gómez con ojos alegres.

— Espléndida pieza de ebanistería — releyó la mujer con arrobo. Era soñadora a su manera, y allá en su interior impresionábala el vago prestigio poético de aquel mueble que le hacía evocar novelescas interioridades de castillo.

El burocrático buen sentido de Castro Gómez los sacó de su abstracción. Mientras ellos estaban allí contemplando el aviso, tal vez algún otro, más despierto...

Salieron a la calle. Un taxímetro. La casa era de departamentos; no había ascensor ni portero. Treparon hasta el tercer piso por una escalera triste y oliente a humedad y a emanaciones de cocina. En un rellano cruzáronse con una señora gruesa que bajaba pausadamente. Castro Gómez la miró de reojo, con un poco de rabia.

— A lo mejor, ésta...

Llamaron. Oyóse dentro algo como el rumor que produce un pequeño tropel en brusca fuga. Impaciente, Castro Gómez apretó de nuevo el botón de la campanilla. Abrió la puerta una muchacha amarillenta y ojerosa que los miró azorada apenas le hablaron del aviso.

Hízolos pasar con cierta torpeza, a tiempo que una señora aparecía en el vestíbulo por una puerta frontera. También era descarnada y alta y parecía tímida. La mujer de Castro Gómez alcanzó a divisar, atisbando detrás de los visillos, enflaquecidas cari-

tas de criatura. Pensó que la gente estaba necesitada, con la asociación inmediata de que venderían más barato. No era mala, pero la necesidad de los otros también ofrece sus ventajas.

Entre tanto, la hética señora informaba con desánimo:

—¿El mueble? No estaba vendido aún. Cierto que había algunos interesados, pero si los señores estaban decididos a comprar podrían llegar a un arreglo. Con el ademán señalaba, invitando, la habitación de que había salido. Temblábanle visiblemente las manos y sus ojos fulguraban con expresión ansiosa. La criada de cara palúdica también los contemplaba con ire medroso.

—Tienen facha de espiritistas —díjose Castro Gómez, molesto.

—¿Trescientos pesos? —Castro Gómez regateó, deseoso, acaso sin confesárselo, de encontrar motivo para no comprar. Por lo demás, era absurdo pretender semejante pieza por menor cantidad.

La mujer concedió, presurosa, casi anhelante: —Doscientos cincuenta pesos, entonces.

Intervino la esposa de Castro Gómez, temiendo que un nuevo chalaneo echase a perder el negocio. Aceptaban el precio. El marido extrajo la cartera y pagó sin prisa. Frente al inmenso guardarropa abierto parecían los tres estar detenidos ante la boca obscura y misteriosa de una caverna.

Cuando salieron, la exangüe mucama quedó en la puerta contemplándolos con atemorizado estupor. A Castro Gómez le dió tanto fastidio que la hubiera escupido.



Vieron el mueble. Cubría todo un lienzo de pared y era de roble opaco, casi negro. Sin espejos, cada cuerpo estaba dividido por paneles en forma de óvalos prolongados y recubierto de curiosos follajes esculpidos. Debía ser profundo y sombrío y su masa obscura empequeñecía la habitación empapelada en ese tono claro y mustio de las casas baratas.

Los Castro Gómez se miraron. Aquello era lo que buscaban. Tal vez un poco más de lo que buscaban, pensó el hombre, un tanto inquieto al recordar las reducidas dimensiones de los cuartos de su «home». Con todo, no era cuestión de perder la excelente ocasión.

Entre tanto, la mujer, meticulosa, hacía correr la puerta sobre sus goznes. Abierto, bajo la mortecina luz de la mañana nublada, el mueble parecía una penumbrosa sima amplificada fantásticamente por la vaguedad de su vacío. Los Castro Gómez sintieron cierto malestar, una especie de malhumorada desazón, inexplicable ante la justificada satisfacción del hallazgo. La mirada de la mujer, fija en ellos con desagradable atención, resultaba, casi, un acecho. Incomodaba como un repulsivo tacto. Tentado estuvo Castro Gómez de dejar la casa, sus esqueléticos habitantes y el guardarropa, pero el precio pudo más que su fulminante aversión.

—Trescientos pesos —estipuló la mujer con acento vacilante, que traicionaba el ansioso fulgor de sus ojos.

Sobresaltada, pero todavía bajo el torpor del sueño, la mujer de Castro Gómez abrió los ojos. La obscuridad era absoluta, caída como estaba la celosía de cortina, porque Castro Gómez no podía dormir con luz en la habitación. No lucía ni uno solo de esos vagos reflejos que en una pieza tenebrosa recogen ligeros atisbos de claridad exterior y permiten orientarse al que despierta. Era una sombra espesa, palpable casi de tan densa. La mujer escuchó, luchando contra la somnolencia que embotaba sus sentidos. Ilusión habría sido...

Cerraba nuevamente los ojos cuando oyó, bien perceptible esta vez, el ruido que antes la intranquilizara. Era como un cauteloso rumor de puertas que se entreabrían en la habitación contigua, aun cuando más que una hoja que gira sobre sus bisagras hacía el efecto de una cubierta que se levanta desclavándose a pequeñas sacudidas.

Bien despierta ya, la mujer de Castro Gómez escuchó, tendido el cuello, en angustiosa expectación. Quería persuadirse de que eran esos crujidos nocturnos con que los muebles delatan los enigmáticos trabajos internos de la madera. Pero ahora eran pasos, duros pasos que parecían caer rígidamente sobre la alfombra que los amortiguaba. Después, alguien ¿o algo? suspiró largamente, profundamente, con una fatigada inspiración que pareció difundir por el aire leves vibraciones frías.

Con un solo grito la mujer de Castro Gómez se incorporó, casi enloquecida de espanto. Arrancado

de golpe al sueño y sobrecogido por confusas ideas simultáneas de fuego y de ladrones, Castro Gómez buscó desesperadamente con una mano la perilla de la luz mientras que con la otra manoteaba el revólver sobre el velador de su cabecera. Iluminado el dormitorio, saltó hasta la habitación vecina. Todo estaba en orden. El guardarropa, adosado a la pared, cubríala con su masa sombría. Las sillas, colocadas simétricamente, daban una casi cómica sensación de burguesa regularidad. Sobre el «toilette» destellaba el cristal de los frascos y brillaba la plata de los utensilios de tocador. La mujer, blanca la cara, intentaba explicar, pero Castro Gómez furioso, habló de pesadillas, de malas digestiones y recomendó a su mujer que no abusara de platos pesados en la comida.

Extinguieron la luz. La mujer, temblorosa, estrechóse contra el cuerpo de Castro Gómez, quien, a pesar de su enojo, no dejaba de sentir cierta intranquilidad. Hubiera sido mejor salir hasta el vestíbulo. Recordaba la traza de uno de los hombres que subieron el guardarropa, esa mañana precisamente; ostentaba un tipo de facineroso neto. Lamentaba no haber tenido la precaución de verlo salir; quien sabe si no tomó el molde de la cerradura, aunque era Yale, y la Yale... y los ladrones... son cerraduras...

Combinábansele en el cerebro truncas ideas de cerraduras de seguridad, de ladrones y de otras cosas, fundidas en esa glutinosa amalgama que es la substancia de los sueños, cuando la mujer, en un estremecimiento, le habló apenas, con la boca húmeda pegada a su oído.

— ¿Oyes? Otra vez...

Escucharon. Castro Gómez se apoderó silenciosamente del revólver, listo para hacer fuego. Latíale fuerte el corazón y estaba tan nervioso que la mano de la mujer, crispándosele sobre el brazo, casi lo hizo saltar. Percibíase claramente un apagado crujir de tablas que se desclavaban con precaución, como si alguien las arrancara con sigiloso cuidado. Hasta distinguieron el acre chirrido del hierro oxidado mordiendo la madera. Después los pasos, cayendo con dureza sobre la alfombra que atenuaba su áspera percusión. ¿Pero no arrastraban las sillas ahora?

Castro Gómez puso rudamente su mano sobre la boca de la mujer, quien dejaba escapar ya un gemido de horror.

Lentamente, con meticulosidad irritante, el invisible intruso arrastraba las sillas, como acomodándolas en un orden nuevo.

— Para ser un ladrón... — se atrevió a pensar Castro Gómez repitiéndose mentalmente la palabra ladrón como quien desea persuadirse.

Ahora ya no eran las sillas sino la alfombra. Positivamente, esfuerzos desconocidos trataban de arrancar la alfombra. No atinaba Castro Gómez a extender el brazo para dar luz; la mujer, abrazada a él, sacudíase en un histérico espasmo.

Alguien suspiró largamente, con un profundo suspiro de fatiga. Después adivinaron la sombra poblada de presencias enigmáticas, que se arrastraban cautelosamente en sordas réptaciones o rozaban las paredes con frotamientos sedosos. Pesaba la sugestión de silenciosas actividades sobre la obscuridad impenetrable. Pasos pausados cruzaron la habitación, deteniéndose junto a la cama. Castro Gómez creyó sentir asestados contra él cavernosos ojos que adelantaban extrañas miradas tentaculares. Una mano se apoyó sobre las ropas de la cama, avanzando lentamente en horripilante búsqueda.

Tan espantoso fué el alarido de la mujer que Castro Gómez se tiró de la cama arrancado brutalmente al estupor que lo paralizaba. Crujiéndole los dientes, alcanzó a dar luz. La mujer, atravesada en la cama, mirábalo con expresión pavorosa, pendiente la mandíbula en un lúgubre rictus de horror. Con el revólver en la mano, esforzándose por dominar sus nervios, el hombre miró. Nada había cambiado en el cuarto de vestir. El inmenso guardarropa alzábase contra la pared, resaltando misteriosamente bajo la luz el inextricable follaje esculpido de sus batientes.

Castro Gómez maldijo en voz baja como jamás lo había hecho en su vida. ¿Si estarían volviéndose locos? Entre tanto su mujer, revolviéndose en la cama, suplicábale por Dios que no volviera a dejar la habitación a obscuras.

Una semana duró aquel horror. Castro Gómez, que presumía de positivista, devoraba durante el día lecturas sobre fenómenos nerviosos de sugestión y alucinación que lo dejaban enervado y sensible hasta la exasperación. Y noche a noche lo inexplicable. Su obstinación cedió. Alucinación o lo que fuera, había que terminar con aquello, a menos que se decidiese a encerrar su mujer en un manicomio, deshecha como estaba por una nerviosidad delirante y rebelde a cuantos bromuros y sedantes se le propinaban. Obsedida por el guardarropa, vivía tirada en el lecho, con la cabeza sepultada entre almohadas para no verlo y clamandó porque se le sacara de allí. Al noveno día lo mandaron al remate.

Cuando Castro Gómez fué a tratar, el rematador, después de contemplar el mueble, lo miró a la cara.

— Es la cuarta vez — dijo — que remato este ropero. ¿Ya supo?

— ¿Qué? — interrogó Castro Gómez anheloso.

El otro hizo un gesto displicente. ¿No recordaba el señor una historia de que se ocuparon los diarios? Tratábase de féretros robados en el cementerio de Rosario y traídos a Buenos Aires para hacer muebles. Pues este guardarropa...

Castro Gómez tampoco durmió aquella noche.

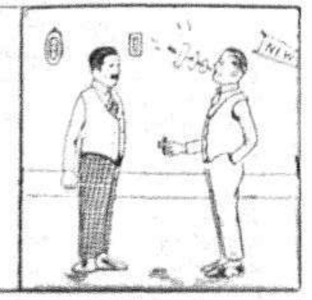
FIN



— ¿Usted no podrá prestarme unos centavos?
— No. ¿Cómo ha podido usted adivinarlo?



LOGICA FEMENINA
— Hace dos meses estaba yo loca por él... Y hoy no lo puedo sufrir... ¡Cómo cambian los hombres!



EL PADRE. — ¿Qué vas a ser cuando dejes el colegio?
EL HIJO. — Un anciano, papá.

LA TRIGUEÑA



HERWIG y Cia.

Bs AIRES ROSARIO MENDOZA

De Bahía Blanca



Aspecto del salón del Hotel Atlántico durante el gran baile "Azul" realizado en conmemoración del aniversario francés.

LA GUILLOTINA

La macabra colección de objetos que conserva el museo de Carnavalet, de objetos de la Revolución Francesa, va a enriquecerse con una estimable reliquia. Se trata de la lámina de acero, la centenaria cuchilla con que Sansón decapitó las más nobles, las más augustas y las más eminentes víctimas de aquella sangrienta época, entre otras, Luis XVI, María Antonieta, Robespierre, sin contar a los millares de girondinos y dantonistas.

La guillotina fué adoptada el 20 de marzo de 1792, de acuerdo con la campaña realizada por el doctor Louis. Un alemán llamado Schmidt, fabricante de pianos y claves, construyó el primer aparato trágico mediante la suma de 500 francos. Cuando ya estuvo dispuesto se ensayó, el 17 de abril de aquel año, utilizándose cuatro cadáveres.

El nuevo instrumento fué llamado «Louisette», del nombre de su defensor, y más tarde fué denominado «guillotina», porque M. Guillotin, diputado, pidió y obtuvo la aplicación del siniestro aparato para todos los condenados a muerte.

La guillotina funcionó por primera vez el 25 de abril de 1792, para ejecutar a un bandido. La primera ejecución política que se hizo con ella fué el 25 de agosto. La víctima fué un noble, acusado de haber exteriorizado pensamientos que lo delataban como enemigo del pueblo. El primer ejecutor que se hizo cargo de este aparato se llamaba Sansón y transmitió a sus hijos el oficio, quienes lo desempeñaron sin interrupción hasta 1846.

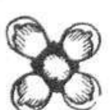

La pulcritud
es la castidad del cuerpo,
escribió el célebre Bacon.
EL JABÓN
HENO DE PRAVIA
es el blasón de la pulcritud.
Embellece el cutis, dándole
suavidad y fragancia.
De venta en todas partes. - - Perfumería Gal. - Madrid.
Representante general para Argentina y Uruguay:
Jorge E. Chadwick. - Esmeralda, 132. Buenos Aires.
Heno de Pravia
GAL
Madrid
RIBAS

De Arroyo Seco

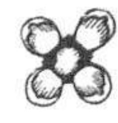
Artístico cuadro presentado por niñitos menores de 10 años que tomaron parte en la velada artística dada en el salón de la Sociedad Italiana por un selecto grupo de aficionados de esta localidad a beneficio de las Damas Vicentinas, filantrópica asociación dedicada a socorrer enfermos y desvalidos.


FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD





CONSEJOS LIRICOS



Por

TIRSO LORENZO

Niña que pulsas, gentil,
con mano diestra y sutil
de las teclas el marfil;

Y a quien el rango social
dióle, en el clave, un genial
aliado sentimental...

Niña hermosa y diligente
que a la música incipiente
te entregas cándidamente;

Y amas, en horas de esplín,
al romántico Chopín
más que a Brillat-Savarín:

Yo que admiro las divinas
aptitudes peregrinas
de tus manos marfilinas;

Y, en tus atractivos preso,
soporto el ruidoso exceso
de tu lírico embeleso...

Guardo, ante el vano derroche
de arte con que día y noche
me abrumas, grave reproche.

Pones bien de manifiesto
que lo serio te es molesto
y lo clásico indigesto.

Agotando en el complot
del tango con el fox-trot
tu gracia de bibelot.

Si existe un arte de rango
¿por qué te obsesiona el fango
del incorregible tango?

¿Vale la pena estudiar
a los clásicos sin par
y preferir lo vulgar?

¿Vale adquirir maestría
para vivir noche y día
en ciega tangomanía?

¿Quién fué aquel simplote humano
que, para tormento insano,
nos ha legado el piano?

Niña a quien rudo me quejo:
atiende el noble consejo
de este vecino perplejo

Ante la obsesión impía
con que anula tu maestría
la musical tontería.

¿Pudo Dios, en sus cabales,
crear manos virginales
para temas tan banales?

Por tu mismo bien lo imploro;
cuida, amiguita, el tesoro
de tus manecitas de oro.

Líbralas del grave mal
de hacer daño intencional
y música insubstancial.

Dios que, en su genio pristino,
nos donó el arte divino,
no perdona lo anodino.

Renuncia al piano, en justicia,
que es manifiesta estulticia
adquirir arte y pericia

Para entregarse al ignaro
placer de sentir más caro
que a Beethoven, a Ranaro.

Que tu inexperto lirismo
no te suma en el abismo
de un rústico milonguismo;

Pues bien merece tu gracia
vivir con más eficacia
del arte la aristocracia.



Tarde friolenta

Por **César Garrigós**

De tan sutil y ambarina
absurdamente la tarde,
en su abandono cobarde
se hace la mortecina
para rezar su «requién»;
en tanto que en el plantel
de los henchidos viñedos
nos enervan unos quedos
aromas de moscatel.

Como exalta su distancia
la tarde sobre las cosas,
vierten las últimas rosas
su moribunda fragancia;
mientras el sauce llorón
exacerba su aflicción
como una inmensa burbuja
que en el agua se arrebuja
tiritando de emoción.

... Vesperales letanías...
Luego: algún frío marmóreo
cuaja el paisaje hiperbóreo
en silentes elegías...
muere el sol. En el confín
de nuestro iluso jardín
abre su inmenso bostezo
las negras fauces de un beso
que amortaja nuestro esplín.

Como adquiere más belleza
el ocaso en su deceso,
flota grave como un rezo
la oración de la tristeza;
luego, en su aciago beleño,
la tarde, ahita de sueño
y morada de estupor,
cubre sus blondas de raso
con las colchas del ocaso
para dormirse mejor!...



VINOS ARIZU
RESERVA
PINOT TINTO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
MENDOZA
Sentados a la mesa... cruza de inmediato por la imaginación de los comensales el recuerdo de saborear nuestros delicados y genuinos productos.
Superiores a cualquier otra marca.
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "Arizu"
Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032 - Buenos Aires
Sarmiento, 561/67 - Moreno, 931 - Rosario

De San Nicolás



Profesores y alumnos del colegio nacional, escuchando los discursos rememorativos de la gloriosa fecha patria.

El rector del colegio nacional, doctor Ramírez, pronunciando su elocuente discurso conmemorativo del 9 de Julio.

De Lobos



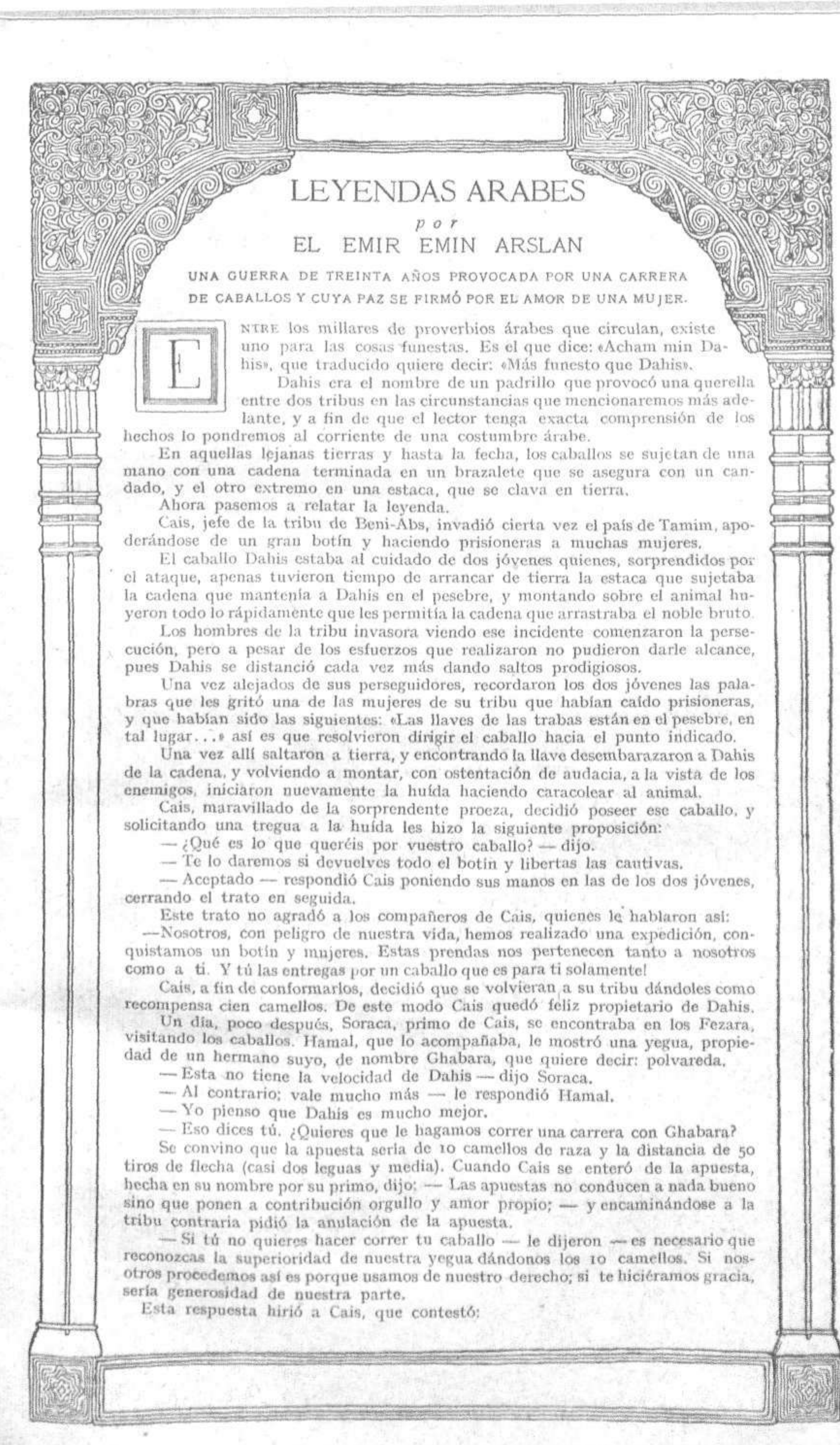
Distinguida concurrencia que asistió a la fiesta social efectuada en la casa del señor Pedro A. Yannavella.

¡AY DE LOS VENCIDOS!

Habían tomado y saqueado los galos la ciudad de Roma, el año 309 antes de Jesucristo, aunque no el Capitolio, que resistía briosamente el ataque de los bárbaros; pero como la situación de una y otra huestes iba haciéndose muy angustiosa después de seis meses de apretado cerco, movíeronse conversaciones de paz entre los soldados galos y romanos, terminando las pláticas en un convenio por virtud del cual se comprometían éstos a pagar mil libras de oro por la retirada de sus enemigos.

Confirmado este tratado con recíprocos juramentos y aportado el oro, los galos debieron de arrepentirse de su generosidad, pues, sin razón alguna, comenzaron a molestar a sus contrarios con motivo del peso, y en poco estuvo que los ofendidos romanos no acudiesen a las armas olvidando el ajuste; mas advertido Breno, jefe de aquellas muchedumbres, de lo que ocurría, se presentó acompañado de numerosas fuerzas en el sitio donde se trataba el negocio, y quitándose lentamente el cinturón y la espada los colocó en la balanza, quedando en actitud provocadora delante de los romanos. Preguntóle el tribuno militar de la ciudad el significado de su demostración y entonces el jefe galo, creciendo en arrogancia, contestó: ¡Ay de los vencidos!

Despreciemos los placeres y vivamos días laboriosos. — Walt Whitman.



LEYENDAS ARABES

por

EL EMIR EMIN ARSLAN

UNA GUERRA DE TREINTA AÑOS PROVOCADA POR UNA CARRERA DE CABALLOS Y CUYA PAZ SE FIRMÓ POR EL AMOR DE UNA MUJER.

ENTRE los millares de proverbios árabes que circulan, existe uno para las cosas funestas. Es el que dice: «Acham min Dahis», que traducido quiere decir: «Más funesto que Dahis».

Dahis era el nombre de un padrillo que provocó una querella entre dos tribus en las circunstancias que mencionaremos más adelante, y a fin de que el lector tenga exacta comprensión de los hechos lo pondremos al corriente de una costumbre árabe.

En aquellas lejanas tierras y hasta la fecha, los caballos se sujetan de una mano con una cadena terminada en un brazalete que se asegura con un candado, y el otro extremo en una estaca, que se clava en tierra.

Ahora pasemos a relatar la leyenda.

Cais, jefe de la tribu de Beni-Abs, invadió cierta vez el país de Tamim, apoderándose de un gran botín y haciendo prisioneras a muchas mujeres.

El caballo Dahis estaba al cuidado de dos jóvenes quienes, sorprendidos por el ataque, apenas tuvieron tiempo de arrancar de tierra la estaca que sujetaba la cadena que mantenía a Dahis en el pesebre, y montando sobre el animal huyeron todo lo rápidamente que les permitía la cadena que arrastraba el noble bruto.

Los hombres de la tribu invasora viendo ese incidente comenzaron la persecución, pero a pesar de los esfuerzos que realizaron no pudieron darle alcance, pues Dahis se distanció cada vez más dando saltos prodigiosos.

Una vez alejados de sus perseguidores, recordaron los dos jóvenes las palabras que les gritó una de las mujeres de su tribu que habían caído prisioneras, y que habían sido las siguientes: «Las llaves de las trabas están en el pesebre, en tal lugar...» así es que resolvieron dirigir el caballo hacia el punto indicado.

Una vez allí saltaron a tierra, y encontrando la llave desembarazaron a Dahis de la cadena, y volviendo a montar, con ostentación de audacia, a la vista de los enemigos, iniciaron nuevamente la huída haciendo caracolear al animal.

Cais, maravillado de la sorprendente proeza, decidió poseer ese caballo, y solicitando una tregua a la huída les hizo la siguiente proposición:

— ¿Qué es lo que queréis por vuestro caballo? — dijo.

— Te lo daremos si devuelves todo el botín y libertas las cautivas.

— Aceptado — respondió Cais poniendo sus manos en las de los dos jóvenes, cerrando el trato en seguida.

Este trato no agradó a los compañeros de Cais, quienes le hablaron así:

—Nosotros, con peligro de nuestra vida, hemos realizado una expedición, conquistamos un botín y mujeres. Estas prendas nos pertenecen tanto a nosotros como a ti. Y tú las entregas por un caballo que es para ti solamente!

Cais, a fin de conformarlos, decidió que se volvieran a su tribu dándoles como recompensa cien camellos. De este modo Cais quedó feliz propietario de Dahis.

Un día, poco después, Soraca, primo de Cais, se encontraba en los Fezara, visitando los caballos. Hamal, que lo acompañaba, le mostró una yegua, propiedad de un hermano suyo, de nombre Ghabara, que quiere decir: polvareda.

— Esta no tiene la velocidad de Dahis — dijo Soraca.

— Al contrario; vale mucho más — le respondió Hamal.

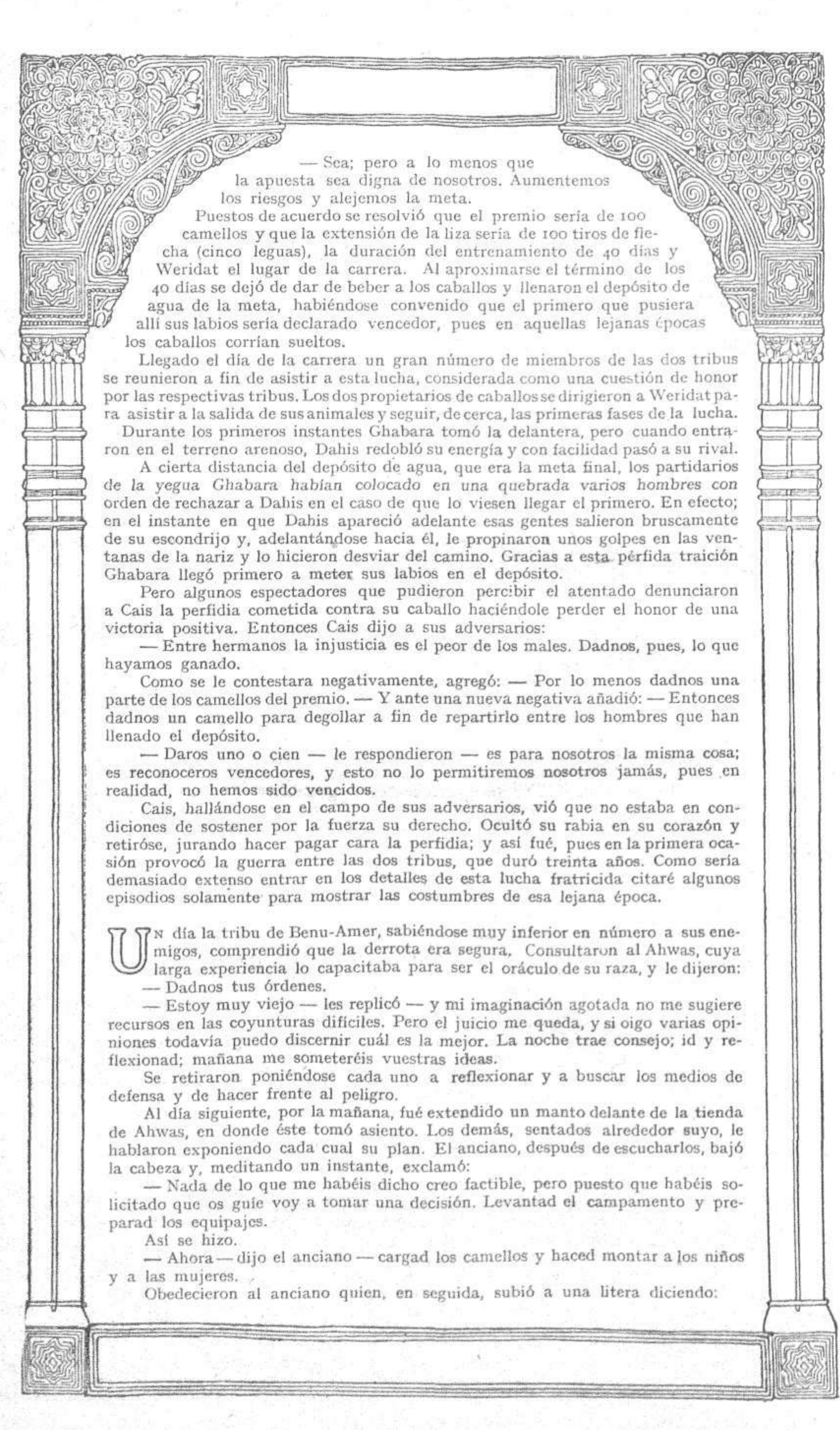
— Yo pienso que Dahis es mucho mejor.

— Eso dices tú. ¿Quieres que le hagamos correr una carrera con Ghabara?

Se convino que la apuesta sería de 10 camellos de raza y la distancia de 50 tiros de flecha (casi dos leguas y media). Cuando Cais se enteró de la apuesta, hecha en su nombre por su primo, dijo: — Las apuestas no conducen a nada bueno sino que ponen a contribución orgullo y amor propio; — y encaminándose a la tribu contraria pidió la anulación de la apuesta.

— Si tú no quieres hacer correr tu caballo — le dijeron — es necesario que reconozcas la superioridad de nuestra yegua dándonos los 10 camellos. Si nosotros procedemos así es porque usamos de nuestro derecho; si te hiciéramos gracia, sería generosidad de nuestra parte.

Esta respuesta hirió a Cais, que contestó:



— Sea; pero a lo menos que la apuesta sea digna de nosotros. Aumentemos los riesgos y alejemos la meta.

Puestos de acuerdo se resolvió que el premio sería de 100 camellos y que la extensión de la liza sería de 100 tiros de flecha (cinco leguas), la duración del entrenamiento de 40 días y Weridat el lugar de la carrera. Al aproximarse el término de los 40 días se dejó de dar de beber a los caballos y llenaron el depósito de agua de la meta, habiéndose convenido que el primero que pusiera allí sus labios sería declarado vencedor, pues en aquellas lejanas épocas los caballos corrían sueltos.

Llegado el día de la carrera un gran número de miembros de las dos tribus se reunieron a fin de asistir a esta lucha, considerada como una cuestión de honor por las respectivas tribus. Los dos propietarios de caballos se dirigieron a Weridat para asistir a la salida de sus animales y seguir, de cerca, las primeras fases de la lucha.

Durante los primeros instantes Ghabara tomó la delantera, pero cuando entraron en el terreno arenoso, Dahis redobló su energía y con facilidad pasó a su rival.

A cierta distancia del depósito de agua, que era la meta final, los partidarios de la yegua Ghabara habían colocado en una quebrada varios hombres con orden de rechazar a Dahis en el caso de que lo viesen llegar el primero. En efecto; en el instante en que Dahis apareció adelante esas gentes salieron bruscamente de su escondrijo y, adelantándose hacia él, le propinaron unos golpes en las ventanas de la nariz y lo hicieron desviar del camino. Gracias a esta pérfida traición Ghabara llegó primero a meter sus labios en el depósito.

Pero algunos espectadores que pudieron percibir el atentado denunciaron a Cais la perfidia cometida contra su caballo haciéndole perder el honor de una victoria positiva. Entonces Cais dijo a sus adversarios:

— Entre hermanos la injusticia es el peor de los males. Dadnos, pues, lo que hayamos ganado.

Como se le contestara negativamente, agregó: — Por lo menos dadnos una parte de los camellos del premio. — Y ante una nueva negativa añadió: — Entonces dadnos un camello para degollar a fin de repartirlo entre los hombres que han llenado el depósito.

— Daros uno o cien — le respondieron — es para nosotros la misma cosa; es reconoceros vencedores, y esto no lo permitiremos nosotros jamás, pues en realidad, no hemos sido vencidos.

Cais, hallándose en el campo de sus adversarios, vió que no estaba en condiciones de sostener por la fuerza su derecho. Ocultó su rabia en su corazón y retiróse, jurando hacer pagar cara la perfidia; y así fué, pues en la primera ocasión provocó la guerra entre las dos tribus, que duró treinta años. Como sería demasiado extenso entrar en los detalles de esta lucha fratricida citaré algunos episodios solamente para mostrar las costumbres de esa lejana época.

Un día la tribu de Benu-Amer, sabiéndose muy inferior en número a sus enemigos, comprendió que la derrota era segura. Consultaron al Ahwas, cuya larga experiencia lo capacitaba para ser el oráculo de su raza, y le dijeron:

— Dadnos tus órdenes.

— Estoy muy viejo — les replicó — y mi imaginación agotada no me sugiere recursos en las coyunturas difíciles. Pero el juicio me queda, y si oigo varias opiniones todavía puedo discernir cuál es la mejor. La noche trae consejo; id y reflexionad; mañana me someteréis vuestras ideas.

Se retiraron poniéndose cada uno a reflexionar y a buscar los medios de defensa y de hacer frente al peligro.

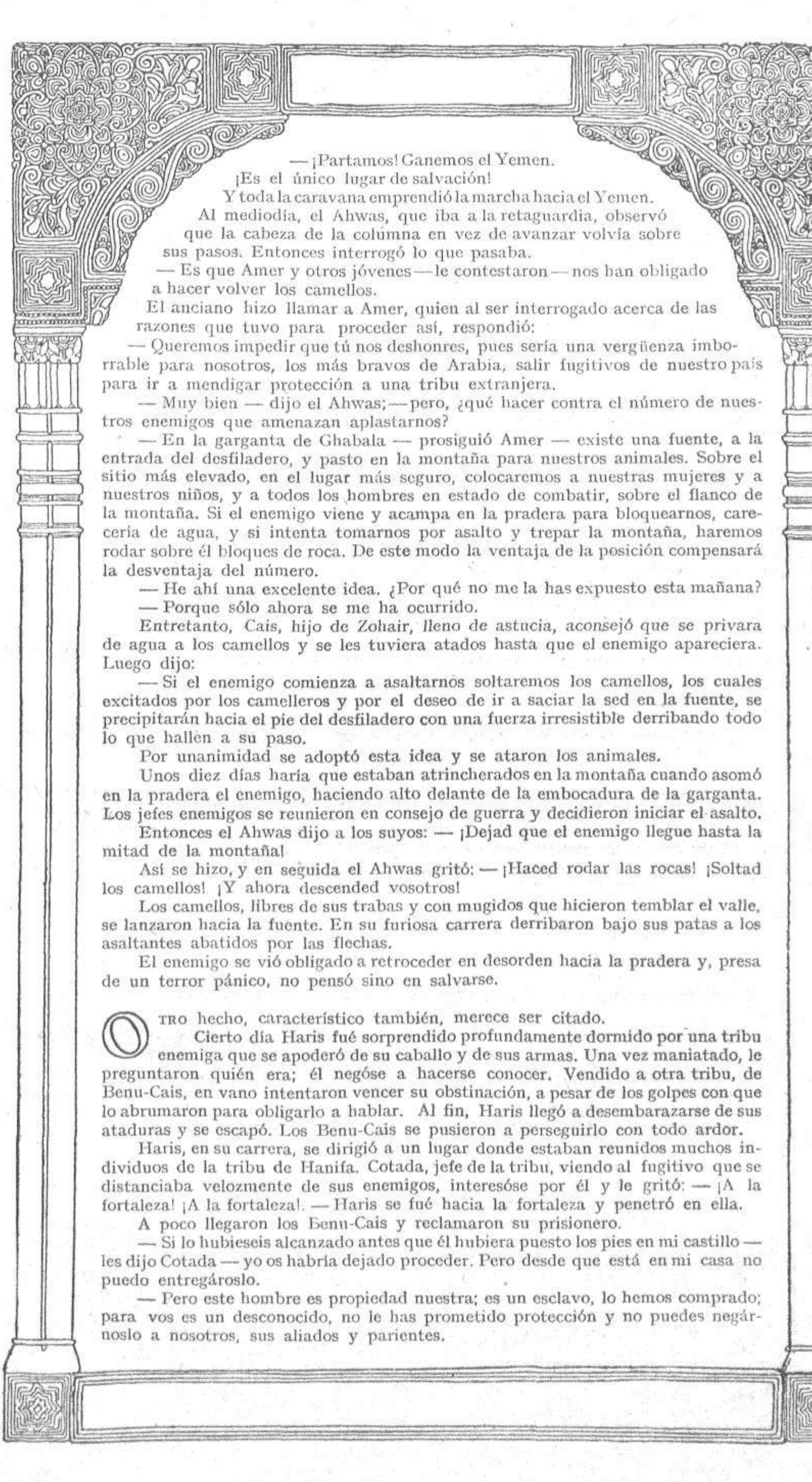
Al día siguiente, por la mañana, fué extendido un manto delante de la tienda de Ahwas, en donde éste tomó asiento. Los demás, sentados alrededor suyo, le hablaron exponiendo cada cual su plan. El anciano, después de escucharlos, bajó la cabeza y, meditando un instante, exclamó:

— Nada de lo que me habéis dicho creo factible, pero puesto que habéis solicitado que os guíe voy a tomar una decisión. Levantad el campamento y preparad los equipajes.

Así se hizo.

— Ahora — dijo el anciano — cargad los camellos y haced montar a los niños y a las mujeres.

Obedecieron al anciano quien, en seguida, subió a una litera diciendo:



— ¡Partamos! Ganemos el Yemen. ¡Es el único lugar de salvación!

Y toda la caravana emprendió la marcha hacia el Yemen.

Al mediodía, el Ahwas, que iba a la retaguardia, observó que la cabeza de la columna en vez de avanzar volvía sobre sus pasos. Entonces interrogó lo que pasaba.

— Es que Amer y otros jóvenes — le contestaron — nos han obligado a hacer volver los camellos.

El anciano hizo llamar a Amer, quien al ser interrogado acerca de las razones que tuvo para proceder así, respondió:

— Queremos impedir que tú nos deshonres, pues sería una vergüenza imborrable para nosotros, los más bravos de Arabia, salir fugitivos de nuestro país para ir a mendigar protección a una tribu extranjera.

— Muy bien — dijo el Ahwas; — pero, ¿qué hacer contra el número de nuestros enemigos que amenazan aplastarnos?

— En la garganta de Ghabala — prosiguió Amer — existe una fuente, a la entrada del desfiladero, y pasto en la montaña para nuestros animales. Sobre el sitio más elevado, en el lugar más seguro, colocaremos a nuestras mujeres y a nuestros niños, y a todos los hombres en estado de combatir, sobre el flanco de la montaña. Si el enemigo viene y acampa en la pradera para bloquearnos, carecería de agua, y si intenta tomarnos por asalto y trepar la montaña, haremos rodar sobre él bloques de roca. De este modo la ventaja de la posición compensará la desventaja del número.

— He ahí una excelente idea. ¿Por qué no me la has expuesto esta mañana?

— Porque sólo ahora se me ha ocurrido.

Entretanto, Cais, hijo de Zohair, lleno de astucia, aconsejó que se privara de agua a los camellos y se les tuviera atados hasta que el enemigo apareciera. Luego dijo:

— Si el enemigo comienza a asaltarnos soltaremos los camellos, los cuales excitados por los camelleros y por el deseo de ir a saciar la sed en la fuente, se precipitarán hacia el pie del desfiladero con una fuerza irresistible derribando todo lo que hallen a su paso.

Por unanimidad se adoptó esta idea y se ataron los animales.

Unos diez días haría que estaban atrincherados en la montaña cuando asomó en la pradera el enemigo, haciendo alto delante de la embocadura de la garganta. Los jefes enemigos se reunieron en consejo de guerra y decidieron iniciar el asalto.

Entonces el Ahwas dijo a los suyos: — ¡Dejad que el enemigo llegue hasta la mitad de la montaña!

Así se hizo, y en seguida el Ahwas gritó: — ¡Haced rodar las rocas! ¡Soltad los camellos! ¡Y ahora descended vosotros!

Los camellos, libres de sus trabas y con mugidos que hicieron temblar el valle, se lanzaron hacia la fuente. En su furiosa carrera derribaron bajo sus patas a los asaltantes abatidos por las flechas.

El enemigo se vió obligado a retroceder en desorden hacia la pradera y, presa de un terror pánico, no pensó sino en salvarse.

Otro hecho, característico también, merece ser citado.

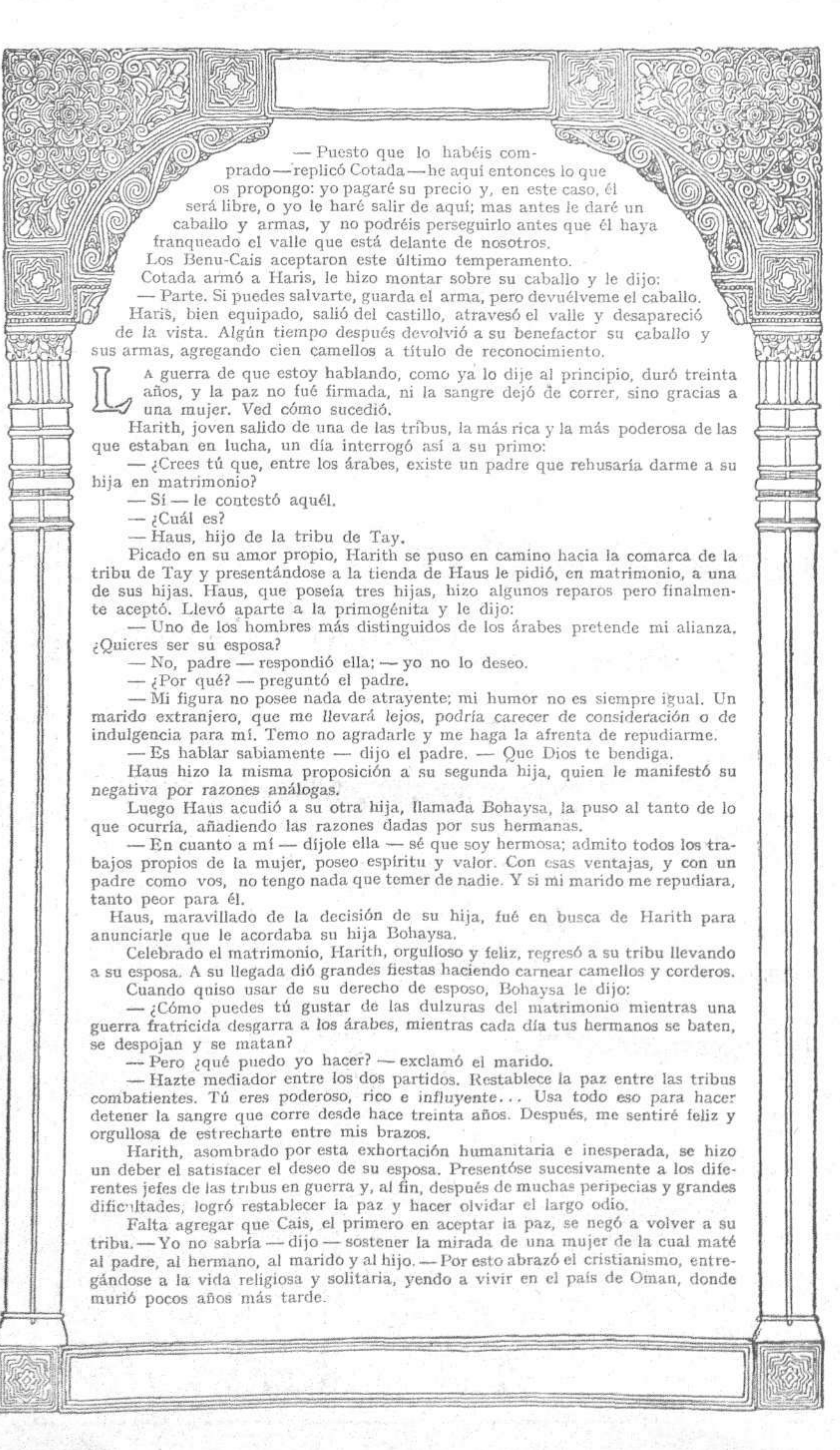
Cierto día Haris fué sorprendido profundamente dormido por una tribu enemiga que se apoderó de su caballo y de sus armas. Una vez maniatado, le preguntaron quién era; él negóse a hacerse conocer. Vendido a otra tribu, de Benu-Cais, en vano intentaron vencer su obstinación, a pesar de los golpes con que lo abrumaron para obligarlo a hablar. Al fin, Haris llegó a desembarazarse de sus ataduras y se escapó. Los Benu-Cais se pusieron a perseguirlo con todo ardor.

Haris, en su carrera, se dirigió a un lugar donde estaban reunidos muchos individuos de la tribu de Hanifa. Cotada, jefe de la tribu, viendo al fugitivo que se distanciaba velozmente de sus enemigos, interesóse por él y le gritó: — ¡A la fortaleza! ¡A la fortaleza!. — Haris se fué hacia la fortaleza y penetró en ella.

A poco llegaron los Benu-Cais y reclamaron su prisionero.

— Si lo hubieseis alcanzado antes que él hubiera puesto los pies en mi castillo — les dijo Cotada — yo os habría dejado proceder. Pero desde que está en mi casa no puedo entregároslo.

— Pero este hombre es propiedad nuestra; es un esclavo, lo hemos comprado; para vos es un desconocido, no le has prometido protección y no puedes negárnoslo a nosotros, sus aliados y parientes.



— Puesto que lo habéis comprado—replicó Cotada—he aquí entonces lo que os propongo: yo pagaré su precio y, en este caso, él será libre, o yo le haré salir de aquí; mas antes le daré un caballo y armas, y no podréis perseguirlo antes que él haya franqueado el valle que está delante de nosotros.

Los Benu-Cais aceptaron este último temperamento.

Cotada armó a Haris, le hizo montar sobre su caballo y le dijo:

— Parte. Si puedes salvarte, guarda el arma, pero devuélveme el caballo.

Haris, bien equipado, salió del castillo, atravesó el valle y desapareció de la vista. Algún tiempo después devolvió a su benefactor su caballo y sus armas, agregando cien camellos a título de reconocimiento.

La guerra de que estoy hablando, como ya lo dije al principio, duró treinta años, y la paz no fué firmada, ni la sangre dejó de correr, sino gracias a una mujer. Ved cómo sucedió.

Harith, joven salido de una de las tribus, la más rica y la más poderosa de las que estaban en lucha, un día interrogó así a su primo:

— ¿Crees tú que, entre los árabes, existe un padre que rehusaría darme a su hija en matrimonio?

— Sí — le contestó aquél.

— ¿Cuál es?

— Haus, hijo de la tribu de Tay.

Picado en su amor propio, Harith se puso en camino hacia la comarca de la tribu de Tay y presentándose a la tienda de Haus le pidió, en matrimonio, a una de sus hijas. Haus, que poseía tres hijas, hizo algunos reparos pero finalmente aceptó. Llevó aparte a la primogénita y le dijo:

— Uno de los hombres más distinguidos de los árabes pretende mi alianza. ¿Quieres ser su esposa?

— No, padre — respondió ella; — yo no lo deseo.

— ¿Por qué? — preguntó el padre.

— Mi figura no posee nada de atrayente; mi humor no es siempre igual. Un marido extranjero, que me llevará lejos, podría carecer de consideración o de indulgencia para mí. Temo no agradarle y me haga la afrenta de repudiarme.

— Es hablar sabiamente — dijo el padre. — Que Dios te bendiga.

Haus hizo la misma proposición a su segunda hija, quien le manifestó su negativa por razones análogas.

Luego Haus acudió a su otra hija, llamada Bohaysa, la puso al tanto de lo que ocurría, añadiendo las razones dadas por sus hermanas.

— En cuanto a mí — díjole ella — sé que soy hermosa; admito todos los trabajos propios de la mujer, poseo espíritu y valor. Con esas ventajas, y con un padre como vos, no tengo nada que temer de nadie. Y si mi marido me repudiara, tanto peor para él.

Haus, maravillado de la decisión de su hija, fué en busca de Harith para anunciarle que le acordaba su hija Bohaysa.

Celebrado el matrimonio, Harith, orgulloso y feliz, regresó a su tribu llevando a su esposa. A su llegada dió grandes fiestas haciendo carnear camellos y corderos.

Cuando quiso usar de su derecho de esposo, Bohaysa le dijo:

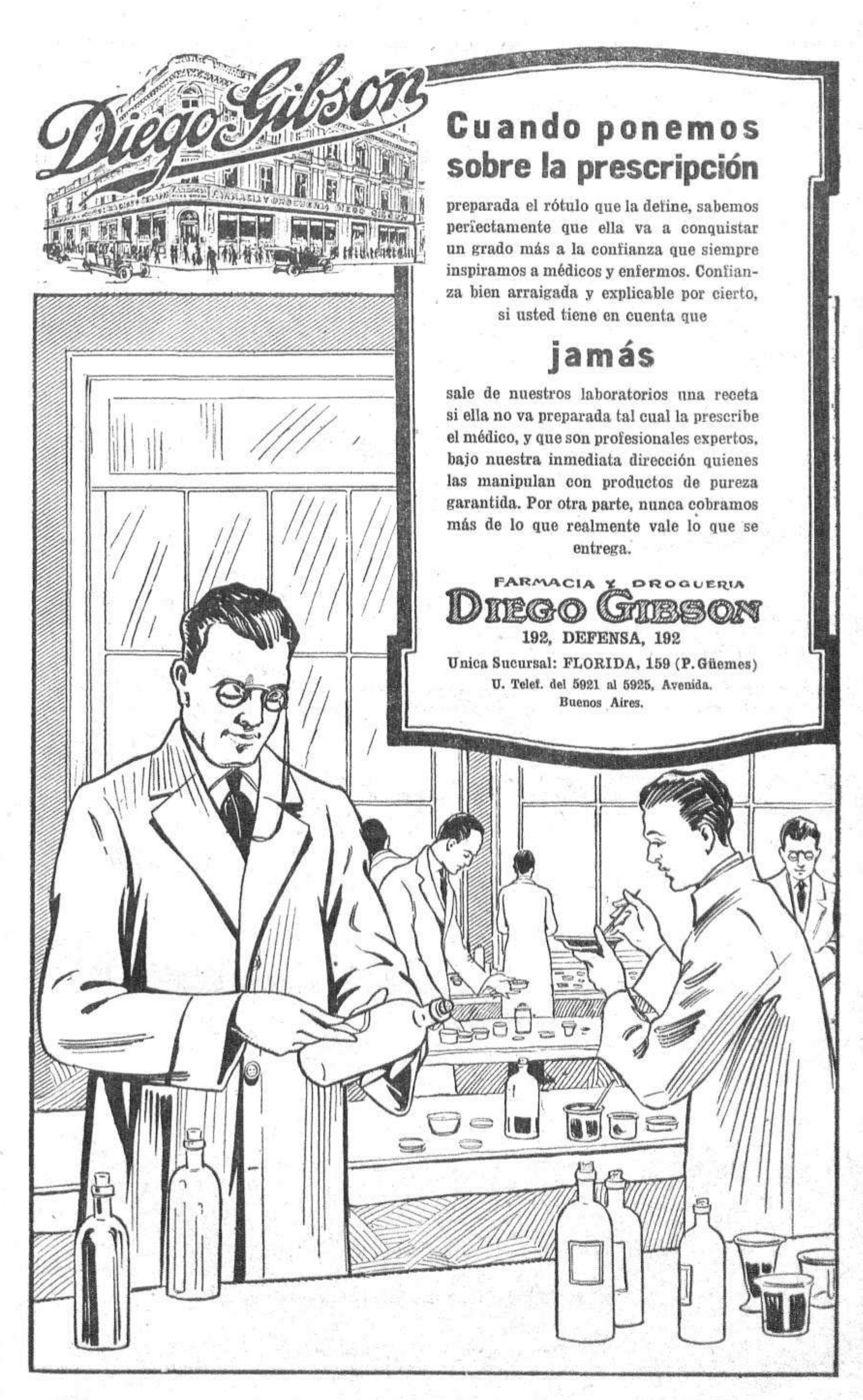
— ¿Cómo puedes tú gustar de las dulzuras del matrimonio mientras una guerra fratricida desgarra a los árabes, mientras cada día tus hermanos se baten, se despojan y se matan?

— Pero ¿qué puedo yo hacer? — exclamó el marido.

— Hazte mediador entre los dos partidos. Restablece la paz entre las tribus combatientes. Tú eres poderoso, rico e influyente... Usa todo eso para hacer detener la sangre que corre desde hace treinta años. Después, me sentiré feliz y orgullosa de estrecharte entre mis brazos.

Harith, asombrado por esta exhortación humanitaria e inesperada, se hizo un deber el satisfacer el deseo de su esposa. Presentóse sucesivamente a los diferentes jefes de las tribus en guerra y, al fin, después de muchas peripecias y grandes dificultades, logró restablecer la paz y hacer olvidar el largo odio.

Falta agregar que Cais, el primero en aceptar la paz, se negó a volver a su tribu. — Yo no sabría — dijo — sostener la mirada de una mujer de la cual maté al padre, al hermano, al marido y al hijo. — Por esto abrazó el cristianismo, entregándose a la vida religiosa y solitaria, yendo a vivir en el país de Oman, donde murió pocos años más tarde.


Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA DIEGO GIBSON
Cuando ponemos sobre la prescripción
preparada el rótulo que la define, sabemos perfectamente que ella va a conquistar un grado más a la confianza que siempre inspiramos a médicos y enfermos. Confianza bien arraigada y explicable por cierto, si usted tiene en cuenta que
jamás
sale de nuestros laboratorios una receta si ella no va preparada tal cual la prescribe el médico, y que son profesionales expertos, bajo nuestra inmediata dirección quienes las manipulan con productos de pureza garantida. Por otra parte, nunca cobramos más de lo que realmente vale lo que se entrega.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
192, DEFENSA, 192
Unica Sucursal: FLORIDA, 159 (P. Güemes)
U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida.
Buenos Aires.

De San Isidro



El diputado nacional señor José María Verduga rodeado por un grupo de correligionarios y amigos que lo hicieron objeto de un homenaje por su brillante actuación en el Senado provincial. En dicho acto le fué entregado al señor Verduga una hermosa medalla de oro y un artístico pergamino firmado por todos los adherentes.

LA MISERIA

La miseria es la tisis social.

No hay nada más fúnebre que el arlequín de los andrajos.

El origen de todos los males es vivir harapiento y pasar hambre.

Para llevar la desesperación al alma no hay nada tan a propósito como la carencia de pan.

La miseria es el crisol en que el destino arroja al hombre cuando quiere convertirlo en un ser despreciable, o en un semidiós, porque en esas luchas pequeñas se producen muchas acciones grandes.

Al llegar a cierto grado de infelicidad el pobre en su estupor no llora ya el mal que siente, ni agradece tampoco el bien que recibe.

Así como con el frío, con la miseria los cuerpos se contraen y estrechan, pero los corazones se agrandan.

La miseria de un joven no es nunca miserable.

El joven pobre tiene dos riquezas de las que carecen muchos ricos: el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, el tabaco, el juego y todas las demás ocupaciones de las regiones bajas del alma, a costa de las regiones más altas y delicadas.

VÍCTOR HUGO.

Abra su apetito tomando



HESPERIDINA
BAGLEY

De Martínez



Concurrentes al baile diurno organizado por la C. D. del Círculo Recreativo San Isidro en honor de las familias de sus asociados.

ORACIONES A LA NIEBLA

Si eres tú, bellísima niebla, la que borras la verdad, la que seduces y engañas la vida con tentadoras promesas, la que excitas la imaginación, la que intrigas y prometes bellezas de encantamiento tras de tus transparencias, baja a menudo de tu trono de montañas, deslízate ante nuestra mirada y haznos ver la tierra velada por tu cortina de blondas. Contigo delante, el color te fundirá en oleadas de armonía, la luz en aureola debilitada, la forma en contornos de modelada pureza; contigo delante las miserias de la vida se atenuarán por el consuelo de la distancia, las impurezas se esconderán en las gasas, el amor vivirá adormecido detrás del velo de ilusiones, las pasiones y las bajezas del hombre parecerán menos tristes cubiertas de perspectiva del aire; contigo delante, la verdad será vestida, la fe exaltada, sublimada la poesía y el arte perfumado de gloria. Baja a menudo, niebla del cielo, que la tierra necesita tu incienso para borrar sus impurezas. Baja rezando la oración misteriosa.

SANTIAGO RUSIÑOL.

La perfección ha de estar en sí; la alabanza, en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en olvido los demás. — BALTASAR GRACIÁN.

Espera y no confíes. Teme y no desesperes. — JOAQUÍN SETANTI.

PRECIOS EXCEPCIONALES



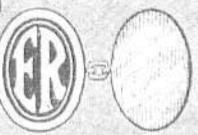
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a... $ 5.00



¡ULTIMA MODA!

PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte.. $ 5.—

La misma de oro 18 kilates, garantido..... $ 15.—



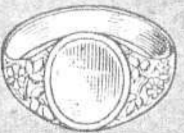
N.º 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, a..... $ 5.00



N.º 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim., $ 9.00

MARIA ENRIQUETA

N.º 508. — PRENDEDOR de nácar fino, con el nombre en esmalte............... $ 3.50

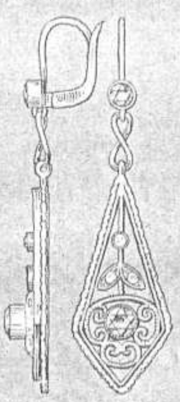


N.º 506. — ANILLO cincelado y ench. en oro 18 k. garantido, con monograma, a.... $ 6.00

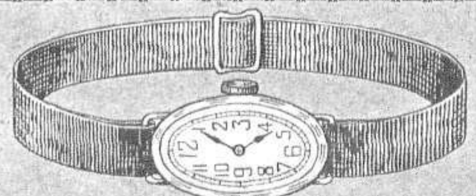
ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.—

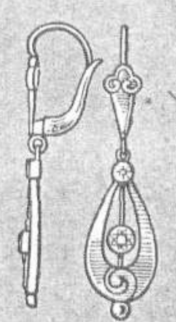
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a.................... $ 45.—



N.º 509. — PLATINADO muy fino, con piedras fantasía, modelo elegante, a pesos....... 6.90



N.º 513. — BONITA PULSERA de moaré fino, con relojito simulado, platinado o ench. finísimo, bonito como regalo para niña o señorita..................... $ 3.50

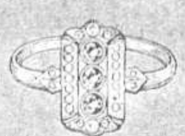


N.º 499. — AROS de oro 18 kilates y piedras químicas, a... $ 12.90



N.º 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios modelos, a..... $ 3.90

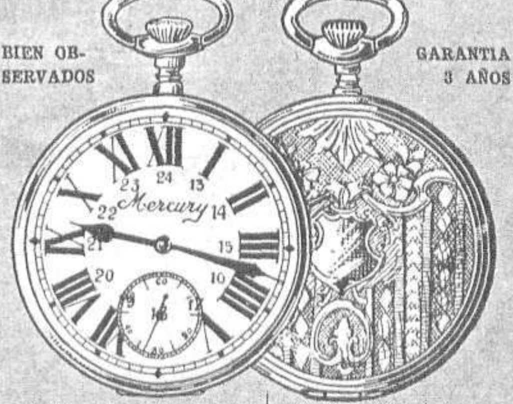
El mismo anillo en oro 18 kilates, sellado, a $ 15.00



N.º 90. — PLAQUE de oro 18 kilates y piedras químicas, a... $ 6.00

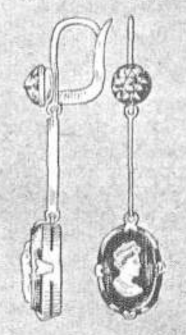
BIEN OBSERVADOS

GARANTIA 3 AÑOS



RELOJ de níquel, chato, máquina bien observada, con cadena, a........ 7.90

RELOJ de plata 800, 3 tapas, máquina bien observada y garantía por 3 años, c/cadena, $ 14



N.º 511. — PLATA fina, piedra imitación ónix, camafeo blanco. Precio de reclame..... $ 2.90



N.º 512. — COLLAR y medallón con esmalte fino, variedad de siluetas, de metal plateado, a pesos.......... 2.00

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



GUARDEME LA MALETA UN MOMENTO

FANTASMAGORIAS

PARA CARAS Y CARETAS



RAMON GOMEZ DE LA SERNA

DIBUJOS DE FIORAVANTI

Muchas veces habían entrado en la tienda gentes con la pretensión de que les guardasen las maletas un momento. Don Eduardo, que sólo exigía como pago de aquella amabilidad un atento «por favor», las guardaba hasta que el de la maleta volvía por ella.

Yo, que era constante concurrente al café, observaba al tipo que entraba con la maleta y me daba, no sé por qué, rabia. Aquella maleta era un peligro para mi tranquilidad de consumidor honesto. En aquella maleta prestada por un momento, yo veía un peligro y la miraba con audaz desconfianza.

«¡Dejar la maleta en un lugar neutral, pacífico, discreto!», me decía yo no sabiendo cómo encontrar la razón de mi protesta.

A veces me criticaba este acto mío de salvajismo parecido al que cometen los perros que ladran al hombre más pacífico y bueno.

Pero seguía mirando a las maletas depositadas «por un momento» en el cofre, como atentatorias a mi independencia y aislación.

Sospechaba que en esas maletas abandonadas en el café había descuartizada una mujer, las piernas igual que las que sirven en las sederías para exponer las medias de seda.

Cuando volvía el que había dejado la maleta yo sospechaba también que se llevaba en la maleta algo de mi tranquilidad, el asidero de la noche del café, mis pensamientos solitarios, los que yo había ido abriendo, como a ostras difíciles, en mi rincón de diván...

— ¡Pero, don Eduardo — le hubiera dicho al dueño del café, — no deje que depositen en el café sus maletas estos hombres que no se acaba de saber quienes son!...

Hasta que un día la experiencia vino a darle a don Eduardo la lección práctica sobre las maletas que con modosa hipocresía dejan en un rincón del café los falsarios, los que dejan así la red para las intimidades ajenas, para los pensamientos solitarios que uno sólo desembolsa cuando está muy solo, cuando se saca brillo al brillante de la sortija o se asoma uno al reloj de oro y nos ponemos a observar su gema grabada.

Aquel señor que dejó aquella noche la maleta me infundió más recelo que ninguno. ¿Por qué? ¿Su barba puntiaguda? ¿El que la maleta era más grande que las otras que había visto depositar en el café y su acordeón tenía más plegaduras? No sé. El caso es que al ir a salir el tío de la maleta después de recoger su depósito, yo grité:

— ¡A ése!... ¡Detengan a ése!

Los camareros, como guardias de paisano, le trincaron bien y le condujeron hacia el fondo del café como a becerro que no se deja domeñar, que no quiere andar hacia donde le llevan.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — vino gritando don Eduardo.

— Que le abran la maleta a ese señor para ver lo que lleva.

El caballero (?) de la maleta quiso desasirse del amarramiento de los guardias vestidos de camarero que le sostenían. Se veía que no quería que anduviesen en la maleta.

Yo la logré abrir y, ante la estupefacción del dueño, saqué de ella «una hora de mi reloj de oro», «un eslabón de mi cadena de oro», «muchos destellos de mi sortija de brillantes», «muchos sorbos del caramelo de diamante del dije de don Eduardo», «un alfiler de herradura desprendido del alfiler de la herradura del dueño», numerosas cucharillas de plata, numerosas fichas de metal de esas que se dan a los camareros y que valen dinero, hasta un timbre de plata como el que don Eduardo utilizaba para llamar a los camareros...

Saqué todas las cosas de la maleta, y como el depositario gritaba que perdía el tren si no le dejábamos libre con la maleta y lo que era suyo en ella, dí orden de que lo soltasen y los guardias cívicos y enmandilados le soltaron. El de la maleta huyó como una mosca a la que se abre el puño en que estaba guardada.

Don Eduardo estaba asombrado.

— ¿Pero cómo ha podido hacer desaparecer estas cosas? — me preguntó.

— Muy sencillo — le respondí, — muy límpiamente, lo mismo que los prestidigitadores y «mefistos» que entregan una caja vacía a un espectador y desde lejos le mandan que la abra y está dentro el anillo que le habían quitado antes... Yo ya sabía el peligro porque pasaba al dejar que depositasen en el café su maleta señores desconocidos... Yo ya sabía que le robaban, que nos robaban, que caían constantemente en el fondo de la maleta cosas que nos escamoteaban sin que no nos pudiésemos dar cuenta del latrocinio.



De Avellaneda



Grupo de niños que concurrieron a la función cinematográfica ofrecida por el Círculo de Obreros celebrando el 30.° aniversario del Taller San Vicente de Paúl.

El doctor Alfredo Fernández Verano presidente de la Liga Argentina de Profilaxia Social durante su notable disertación, en la cual explicó la forma de prevenirse y luchar contra ciertas enfermedades.

Aspecto de la sala del teatro Roma durante la conferencia organizada por la Intendencia Municipal, para difundir útiles conocimientos de profilaxis social.



DISCOS - Siempre Novedades en todas las mejores marcas del mundo

Algunas **NOVEDADES** de gran Exito.
BAILABLES

Discos VICTOR de 25 ctm. $ 3.— c/u.

Orquesta Típica COBIAN

73862 (**Shusheta.** Tango.
(**Plata Vieja.** Tango.
73860 (**Sea Breve.** Tango.
(**La Machona.** Tango.

Orquesta Típica FLORES

73859 (**Pomona.** Tango.
(**De Todo Corazón.** Tango.
73787 (**Hospital Durand.** Tango.
(**Tu Mirada.** Tango.

Discos dobles NACIONAL, $ 3.— c/u.
Orquesta Roberto Firpo

6191 (**¡¡¡Mamita!!!** Schottisch.
(**Una sombra.** Tango.
6189 (**Capitán Aracena.** Tango.
(**La Perjura.** Tango.
6185 (**La Chacarera.** Tango.
(**Alma Criolla.** Tango.

Orquesta Típica Canaro

6915 (**Nubes de humo.** Tango.
(**Paramount.** Tango.
6910 (**Danza delle Libellule.** Shimmy de la Bambolina.
(**Los ojazosde mi negra.** Zamba.
6918 (**Tut Ankh Amon.** Paso del Camello.
(**Electric Girl.** Shimmy.

Discos dobles ELECTRA, $ 3.— c/u.
Orquesta Yribarren.

1041 (**Je vous aime.** Shimmy.
(**If Winter Comes.** Shimmy.
1044 (**En Douce.** Shimmy.
(**Mes parents sont venus me chercher.** Shimmy.
1039 (**Le Haut "C'est Paris".** Shimmy.
(**J'aint nobody darling.** Shimmy.
1035 (**La Yava.** Nueva danza.
(**Eleonor.** Shimmy.
1037 (**Amour quand tu nous tiens.** Shimmy.
(**La femme de mes reves.** Shimmy.
1045 (**La Bayadera.** Shimmy.
(**La Geisha.** Shimmy.

Ha llegado una nueva remesa de de los preciosos discos cantados por los famosos

COROS UKRANIANOS

(La gran orquesta sinfónica de voces humanas)

Pase a oirlos o pídanos folletos de los mismos. — Gran catálogo ilustrado de discos N.º 22 remitimos enviando $ 0.20 en estampillas. — Ya apareció el suplemento N.º 20 de Agosto conteniendo todas las últimas novedades en discos. — Solicítelo. — Se remite gratis.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avda. de MAYO, 979
BUENOS AIRES

NO CERRAMOS LOS SABADOS
NO TENEMOS SUCURSALES



Entre las múltiples actividades de esta vida nuestra se suceden — de un tiempo a esta parte — como cálidas ráfagas que nos trajeran el aroma penetrante de jazmines del país, de cedrón o malva rosa, las evocaciones del pasado; esas evocaciones que hacen surgir de las brumas del recuerdo las nobles y serenas figuras de las grandes damas que supieron ser bellas, cultas y bondadosas; que supieron ser ejemplo de dignidad y energía bajo la frágil, deliciosa delicadeza femenina.

Cada una de esas evocaciones, cada aniversario solemne conquista inmediatamente la atención de la sociedad entera; suelen formarse comisiones de homenaje más o menos afortunadas, mientras se discute largamente el derecho de los descendientes, de los allegados e íntimos, de los admiradores...

Y a propósito de tales nimiedades — fruto de nuestro triste *snobismo* — las crónicas que reflejan la vida mundana de las porteñas transplantadas en plena ciudad luz, nos transmiten una bonita y oportuna lección.

Mucho se ha comentado entre nosotras la noticia de bodas sensacionales, concertadas entre deliciosas figuras de porteñas y representantes de la vieja nobleza de Francia; y no ha sido poca satisfacción para nosotras el comprobar que las más bellas e interesantes figuras de desposadas que anota la crónica parisina eran justamente las de nuestras compatriotas.

Pues bien; con motivo de los esponsales de una de esas gentiles jovencitas, se asegura que una destacada personalidad femenina de la aristocracia porteña que, instalada en la *villa lumière* ofrece suntuosa y amplia hospitalidad a nuestras compatriotas, que tienen ocasión de conocer en el círculo brillantísimo que la rodea a miembros muy prestigiosos de la nobleza europea, resolvió invitar a sus mejores amigas para agasajar a aquella bellísima jovencita que fundaba su hogar tan lejos del propio nido... Parece ser que una hermosísima y arrogante dama, cuya situación mundana y cuantiosa fortuna la hacen figurar siempre en sitio muy preferente, manifestó entonces a la amiga que la invitaba su profunda extrañeza; no podía comprender que se congregara a lo más granado de la colectividad argentina en honor de una niña que, a pesar de su singular encanto, su belleza, su indiscutible elegancia y su refinada cultura, no era *de su mundo*, y sugestionada, sin duda, por el ambiente *super-chic* en que actúa, llegó a decir que esa niña pertenecía a la *bourgeoisie*... Cegada siempre por ese sentimiento vanidoso, no pensó que, debido a su enlace, la gentil figura pertenecería muy pronto a la nobleza...

Ante tal reproche, la brillante personalidad que ofrecía la fiesta no insistió... Pero pasaron los días, y tal vez con una cierta *arrière-pensée* — como hacemos crónica parisina pueden permitírsenos los términos de ambiente — invitó a la misma bellísima dama a una nueva reunión; habría de ser íntima, pero selectísima, puesto que los títulos nobiliarios de la mayoría de sus invitados estaban anotados en el almanaque de Gotha. Muy hábilmente dirigió la conversación... y llegó el momento en que alguno de los invitados hizo alusión a los títulos nobiliarios incorporados a la sociedad argentina, títulos que lucen con tan señoril distinción algunas damas porteñas. — Es cierto, dijo la culta dueña de casa; apreciamos en lo que valen esos nombres que evocan un pasado de gloria... pero en un país tan nuevo como el nuestro considerarnos que la verdadera aristocracia es la del talento, la de la cultura... Recordó entonces como su padre, que, a pesar de su ilustre abolengo, era un hombre pobre, pero dotado de todas las condiciones para luchar e imponerse, cimentó su gran fortuna, al par que daba nuevo lustre a su apellido, al fundar una empresa periodística que era hoy un timbre de honor para su patria... —Eran de ver sus comienzos, decía con encantadora sencillez; tan difíciles, tan modestos... Sin embargo, en breve plazo su esfuerzo culminaba en noble y hermoso ejemplo de trabajo, de éxito...

«Vean ustedes también, añadió, indicando a la hermosa y arrogante dama cuyo *snobismo* se exaspera al pensar que podría verse obligada a alternar con simples mortales, sin abolengo y sin cuantiosos bienes; su padre, hombre honorabilísimo, labró una gran fortuna y popularizó su nombre con su importante cochería...»

Ya lo imaginan ustedes, amigas lectoras; la hermosísima dama cuya distinción exquisita evoca la visión de una princesa de leyenda, quedó anonadada... Tal vez creyó perdido para siempre su prestigio ante el aristocrático círculo que la rodeaba...

Pero no necesitamos estar en París para palpar la poderosa sugestión del prurito aristocrático. A pesar de nuestra decantada democracia, el orgullo de casta suele desdeñar aun los valores del talento y del trabajo. Tal como en la coronada villa de Madrid, hay entre nosotros caballeros de corte antiguo para quienes el mundo de las letras se reduce a *esas gentes del verso*... Se asegura, pues, que una esbelta figura femenina, flexible y elegante, cuya sombría cabellera vela el fulgor de sus lindísimos ojos azules, ha conquistado a un distinguido hombre de letras cuyo apellido ha sido muy difundido por su producción teatral; moreno y buen mozo, lleva el mismo nombre del soberano de Francia a quien llamaran el rey caballero. Ella — por singular coincidencia — lleva el nombre de la más grande de las escritoras de la España contemporánea; su apellido compuesto une al acrisolado nombre porteño, respetado por amigos y adversarios hasta en los días más sombríos de nuestra historia, el de origen inglés, tan vinculado en la sociedad uruguaya.

Sin embargo, y a pesar de que se ha logrado exteriorizar la inclinación de la bella y juvenil figura femenina ante el talento y perseverancia de su admirador, Mr. Potin asegura que soplan vientos contrarios para *sas gentes del verso*...

La dama Duende

Agosto 2 de 1923.

Señora Josefa T. de Raineri



DISTINGUIDA Y VIRTUOSA DAMA CUYO FALLECIMIENTO, ACAECIDO A LOS 73 AÑOS DE EDAD, CAUSÓ PENOSA IMPRESIÓN EN EL VASTO CÍRCULO DE SUS AMISTADES.


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 11 DE AGOSTO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1297

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN EL REGIMIENTO 8.º DE CABALLERIA

JURA DE LA BANDERA

El abanderado del cuerpo, al que custodia el pelotón de práctica, dirigiéndose al lugar donde los conscriptos de la clase de 1902, desfilando ante el sagrado símbolo, prestaron juramento. La patriótica ceremonia, presenciada por una selecta concurrencia, entre la que se hallaban altos jefes del Ejército, adquirió brillantes proporciones. Elogiosos comentarios mereció la marcialidad de los jóvenes soldados, haciéndose acreedor el jefe del regimiento, teniente coronel Ernesto Ramírez, a unánimes felicitaciones.

FOTO DE ARROYO.



NIÑOS EXPÓSITOS INICIÁNDOSE EN FÁCILES EJERCICIOS MANUALES.

UN COMEDOR DE EXPÓSITOS A LA HORA DE COMENZAR EL ALMUERZO.

FUNCIONAMIENTO DE UNA CLASE EN EL ASILO QUE TIENE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA EN SAN FERNANDO.

FUENTE CENTRAL DE LA CASA DE HUÉRFANOS RODEADA DE ARBOLES.

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA
LA FORMACIÓN

Si conmueven profundamente *los terribles cuadros en que* la miseria hinca su garra en la carne y en el alma de los niños, ¿cuál no será magnífico el espectáculo en que ellos aparecen rientes y felices, al amparo de un amor que vela?

Hemos realizado una visita a las casas que la Sociedad de Beneficencia *sostiene para los expósitos.*

Un sentimiento de piedad nos invade al contemplarlos sin hogar propio.

Pero — ¡loado sea Dios! — ocurre que desde la hora en que las manos de la beneficencia echan sobre el niño su dulce abrigo, puede afirmarse que un ser comienza la vida bajo el régimen del orden, de la salud, de la moral, de la cristalina y perenne alegría que no se turbará durante la infancia porque sólo habrá muchos brazos para prestarle arrullos, y ninguna tiranía le saldrá al camino cuando el pequeñuelo, al conocerse capaz de las venturosas travesuras propias de su edad, trate de llegar a los límites de la vivacidad y cometa uno de esos graciosos desaguisados.

Cerca del ardiente amor humano que anima estos desvelos tan tras-



EMPRENDIENDO HABILIDADES QUE PARA EL FUTURO DETERMINARÁN EN ELLAS LA POSESIÓN DE MUCHAS VIRTUDES.

DE LA CAPITAL
DEL EXPÓSITO

cendentales para la educación de una raza y tan compensativos para la Patria, crecen estos niños en el sabor de una igualdad que les predispone a ser mejores que nosotros. Forman el carácter como una base de austeridad en todos los actos — no se les empalaga el sentido con excesos rituales — y dentro de la inmaculada jovialidad que se respira en aulas, jardines y patios, conocen la conveniencia de una disciplina suave pero firme, que no *tarda en servirles de guía en el resto* de la vida. Y desde que el expósito empieza a capacitarse para una determinada actividad, se le abre una senda de aprendizaje para que sepa conquistar su puesto entre los demás seres, y penetre en el dédalo del mundo, armado del Bien y del amor al trabajo.

He aquí, sin pormenores, apenas de un rasgo, evocado quizás muy escuetamente, pero con sinceridad, toda la humanitaria obra que *realiza* la Sociedad de Beneficencia de la Capital con largueza y emocionante cariño.

SANTIAGO FÚSTER CASTRESOY.

FOTOS DE VARGAS.

ENFERMERAS DE LA CASA DE EXPÓSITOS EN LA CLASE QUE SE LES DA SOBRE CONOCIMIENTO GENERAL.

EXAMEN MÉDICO EN LA SALA CUNA DE LA CALLE MONTES DE OCA.

AL PENETRAR AQUÍ, SURGEN LEVES ARRULLOS DE CUNA QUE CUIDA EL AMOR CRISTIANO.

ESPAÑA



Selecta concurrencia al banquete ofrecido por el ministro de Bolivia, señor Patiño, a S. A. R. el infante D. Fernando y a la duquesa de Talavera.



La ex emperatriz Zita con el príncipe Otton, uno de sus hijos, llegando a Lequeitio, en Vizcaya.



Los hijos menores de los ex emperadores de Austria acompañados del barón Gadenus, en el palacio que a la ex emperatriz le regaló la aristocracia española y donde fijará su residencia la infortunada ex soberana.



Los reyes aplaudiendo un magnífico "goal" hecho por el equipo "Madrid F. C." en el partido de football jugado a favor del Solar Español de Burgos.



El ilustre prohombre don Antonio Maura, con su hijo el conde de la Mortera y con sus nietos, presenciando el interesante match.

EN EL EXTRANJERO

FRANCIA



Mlle. Spinellyet con un cachorro de león y sus perros Paradox y Princesse, en la Exposición canina organizada por un grupo de artistas.



Mlle. Souleima, del Odeón, con su ejemplar Aleka.



La gentil Mlle. Andrei Ruff y sus cuzcos Gir-ki, Ta-ki y Ya-ma, que fueron muy celebrados.



Lord Buchanan, que recorrió 6.000 kilómetros sobre un camello, encargado de una misión exploradora en el Sahara por el Museo Británico, a su llegada a la estación de Lyon.



Algunos preciosos modelos antiguos cuyas "toilettes" atrajeron la atención general en las fiestas del Renacimiento que se celebraron en el Palais Royal.

ITALIA



El presidente del Consejo de Ministros Hon. Mussolini, acompañado por el almirante Thaon di Revel, subiendo la escalinata del monumento al soldado desconocido para ofrendar su homenaje.



De izquierda a derecha: el príncipe heredero, el rey Víctor Manuel III, el Hon. Mussolini y el almirante Thaon di Revel presencian el desfile de la multitud durante la celebración del aniversario de la batalla del Piave.



Imponente aspecto de la enorme multitud congregada en la plaza Venecia. El histórico aniversario de la gloriosa batalla fué entusiastamente conmemorado en toda la península.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES



UNA ESCENA DEL SEGUNDO ACTO: JOSEFINA TAPIAS Y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.

AISSA: JOSEFINA TAPIAS.

EL PAVO

COMEDIA POR EDUARDO

EL pavo real», comedia poética en tres actos, divididos en diez cuadros, original de Eduardo Marquina, constituyó todo un acontecimiento la noche de su estreno en el teatro Cervantes, tanto por el lujo y propiedad de la presentación — un admirable alarde de buen gusto — como por su desarrollo escénico en que Josefina Tapias y Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, los protagonistas, alcanzaron un legítimo triunfo, siendo secundados con talento

DYLHA, PRÍNCIPE NIÑO: CONCHITA FERNÁNDEZ

OTRA PRECIOSA ESCENA DEL SEGUNDO ACTO.

UNA MUJER: [illegible]

UN DIGNATARIO ORIENTAL: ANTONIO BURGOS.

AISSA Y EL MAGO EN UNA ESCENA DEL TERCER ACTO: JOSEFINA TAPIAS Y PEDRO CODINA.

por el resto de los intérpretes.

En cuanto al mérito literario de la obra baste decir que no desmerece de las mejores salidas de la pluma del insigne poeta hispano. Inspirada y flúida, sus estrofas son un arrullo para el oído y un supremo encanto para el espíritu.

Lo mejor y más granado de nuestra aristocrática sociedad llenaba el elegante recinto del teatro, premiando con frecuentes y entusiastas aplausos las muchas bellezas en que abunda la obra.

EL PRÍNCIPE DELI: FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.

SETHI, PRÍNCIPE NIÑO: PAQUITA ALCÁNTARA

REAL

POETICA MARQUINA





LA NODRIZA: ANA GUERRERO.

UNA ESCLAVA:

UNA BELLA Y CULMINANTE ESCENA DE LA NOTABLE COMEDIA

El nuevo edificio, que constituye una esperanza para los numerosos empleados de la dependencia, tal como se halla en la actualidad.

Caras y Caretas EN LA DIRECCIÓN GENERAL DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

CON EL DIRECTOR INGENIERO EMILIO MIHURA

Para "Caras y Caretas".

En la dura tarea diaria por el mejoramiento de los servicios postales y telegráficos, reconforta y estimula, tanto al cartero como al Director General, la espontánea colaboración periodística, al par que lleva a todos el convencimiento de que no se descuida esta vasta Repartición por donde "circula la vida espiritual del país".

DESDE que se está en presencia del ingeniero Emilio Mihura y se estrecha su mano, suave y firme a la vez, el visitante siente el magnetismo que irradian los hombres nacidos para dirigir. Por eso nos explicamos al momento la serie de aciertos de organización realizados por el Director General de Correos y Telégrafos a fin de responder a las necesidades crecientes de un país que como la Argentina desarrolla tan rápidamente sus fuentes productoras e intensifica sus actividades.

Mas al visitar minuciosamente el edificio actual de tan importante dependencia de la Administración es cuando nos asombramos de que en un local así puedan desarrollar las iniciativas de la Dirección cerca de seis mil empleados... Sin entrar en detalles cuya enumeración sería larga puede afirmarse que el caserón que nos ocupa es insuficiente e infecto. Paredes y techos roídos, pisos agujereados, todo estrecho, lamentable y malsano.

—El traslado al nuevo palacio es problema vital para el servicio, pues estas oficinas son... ¡ya lo ve usted! —dícenos el señor Mihura.

Pero la construcción de ese palacio va tan lentamente que un joven funcionario nos ha expresado su temor de llegar a viejo sin ver la obra terminada...

Además esta repartición no cuenta con recursos bastantes para asegurar sus servicios, pues, según las palabras del señor ingeniero Mihura, «el presupuesto se halla aumentado considerablemente por el aumento de personal, salario mínimo y escala de los sueldos; pero los demás renglones están casi iguales a los del año 1915».

—Los comisionados que envié a Europa traen estudios para innovaciones importantes que pongan nuestros servicios a la altura de los mejores... Pero la aplicación no será posible hasta que no tengamos el nuevo palacio — observa luego, con justo desagrado, el activo Director General de Correos y Telégrafos.

Volviendo a la rápida intensificación de las actividades nacionales, el señor Mihura nos expresa que el servicio de encomiendas se desarrolla en forma tal que puede decirse que el comercio con el interior se hace por correo en su mayor parte. Las grandes casas de Buenos Aires usan con preferencia esta vía para sus expediciones; y los productos de granja — desde huevos hasta pollos vivos — circulan en su casi totalidad también por correo de encomiendas.

Debe observarse que cuando no existían dichos servicios el correo contaba con los mismos elementos que hoy. Es decir, no hay proporción actual entre las labores y los recursos. La repartición postal y telegráfica carece de medios adecuados para aumentar sus servicios de acuerdo con las necesidades nacionales.

—Todo eso prueba, desde luego, el crecimiento del país y debe ser motivo de satisfacción pública — afirma el señor Mihura.

Admirando las labores que realiza el hombre de organización y de acción que hay en este culto caballero, recibimos su conceptuoso autógrafo y volvemos a estrechar su mano franca. Tomamos algunos datos más de los corteses funcionarios señores Ernesto Rojas y Guillermo Otheguy, retirándonos luego

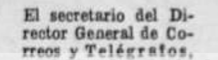
Pero salimos pensando en que la pocilga ocupada por la Dirección General de Correos y Telégrafos — donde se acumulan despiadadamente seis mil hombres jóvenes — es desgraciadamente un antro propicio para el desarrollo de la tuberculosis...

E. CARRASQUILLA MALLARINO



Los carteros ordenando la correspondencia para su reparto a domicilio.



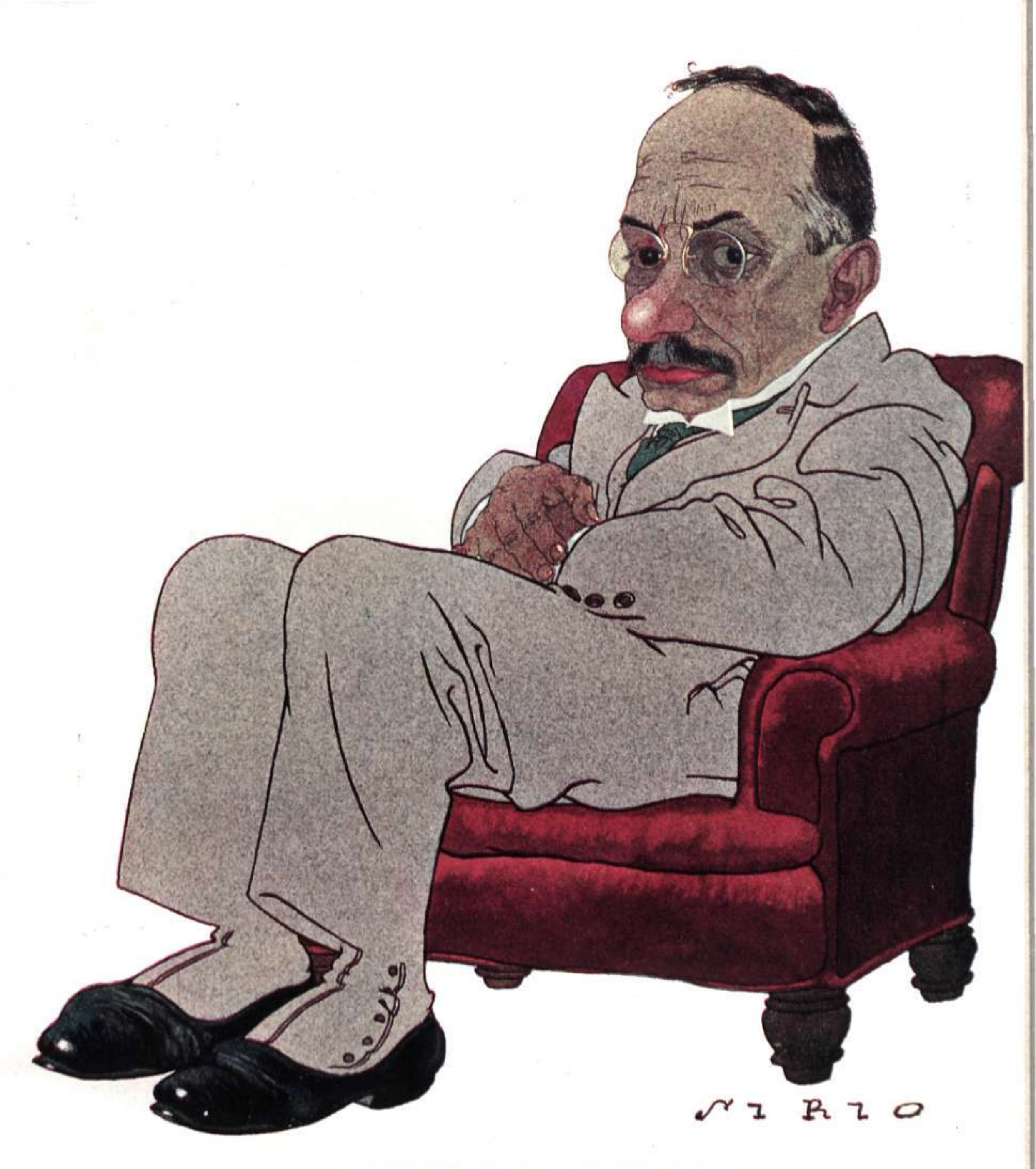


El secretario del Director General de Correos y Telégrafos, señor Ernesto Rojas.



Una de las tres dependencias de comunicaciones telegráficas.

FOTOS DE VARGAS.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR EDUARDO G. LAURENCENA

INSPECTOR GENERAL DE JUSTICIA

POR SIRIO.

EL jurista a quien el P. E. ha confiado las delicadas tareas de inspector general de Justicia es un abogado que supo distinguirse en su corta pero brillante actuación. Reúne estimables condiciones profesionales y de carácter, demostradas en su mandato parlamentario en la legislatura entrerriana. Durante su gobernación de la citada provincia sentó fama de mandatario justo e imparcial.

Últimas Novedades de la Moda



Rico "manteau", creación de la casa Penizek et Rainer.



Elegante tapado de marta cibelina, último modelo.



Amplio tapado de chinchilla, de exquisita confección.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA



HOMBRES CÉLEBRES

DIOGENES

Es seguro que misia Sofía y Sofiita no saben o no recuerdan que su nombre significa en griego *sabiduría*. A los amantes de la sabiduría les llamaban filósofos en Grecia, pues *philo* (lee filo) quiere decir amante, amigo.

Cada filósofo ama la sabiduría a su manera; unos con ideas difíciles y enrevesadas, otros sencillamente. De este cariño salen muy buenas cosas, aunque a primera vista parezca que no valen para nada. Filosofando filosofando, el hombre cultiva su cerebro y va dándose cuenta de cómo son las cosas que no puede tocar. Por eso el cultivo de la filosofía no es una ocupación estéril.

Diógenes, el gran filósofo griego, nació en Sinope, colonia helénica del Asia Menor, el año 413 antes de Jesucristo.

Según dicen los historiadores, el padre, tesorero de los caudales públicos de la ciudad de Corinto, algo así como la Caja de Conversión, se guardaba

el dinero y falsificaba moneda. Necesito advertirte que los griegos, a pesar de su magnífica cultura y de su amor a la verdad, eran hombres capaces de inventarle una calumnia al más honrado para desprestigiarle. Es muy posible que el proceso que se le siguió a Icesio, padre de nuestro filósofo, fuera una emboscada política. El procesado huyó de la ciudad en compañía de Diógenes, a quien se le tiene por cómplice de su padre.

Si efectivamente Diógenes fué culpable, supo redimir sus faltas. «De los arrepentidos es el reino de los cielos», dice el refrán, y nadie se acuerda ahora del falsificador de moneda sino del fabricante de moneda espiritual.

Diógenes fué de los que amaron la sabiduría sencillamente. Nada de teorías dificultosas ni palabrerío obscuro. Sus compatriotas le llamaron el *cínico*, palabra que significa *canino*. Con esto querían decir que Diógenes vivía como los perros, libremente, y que ladraba las verdades. Nosotros le hubiéramos llamado el *atorrante*.

Predicaba que es necesario dominar los deseos, vivir sencillamente sin gastar plata en adornos y vicios, ni quebrarse la cabeza inventando terribles jeroglíficos y charadas filosóficas. Lo mismo caminaba descalzo sobre la nieve que por la arena ardiente; vestíase con cuatro trapos; pero iba siempre limpio. Como los mendigos, andaba siempre por los pórticos de los templos, y de noche se metía en un tonel. Cuando el estómago le pedía alimento él se lo daba, sin sujetarse a horas de comida, y los platos eran, como supondrás, humildísimos.

Una vez tiró el tacho en que tomaba el agua, porque había visto a un pastorcillo beber en el hueco de la mano. Esto se llamaJ vivir conforme a la naturaleza, como los animalitos de Dios. Aunque el hombre exageraba bastante, es necesario reconocer que su vida hallábase más de acuerdo con la razón que las vidas de muchos derrochadores. Nunca está de más, lectorcito, ser sencillo en las costumbres.

Diógenes se hizo célebre en la lujosa Atenas. Todos los pobres le querían porque supo decirles cuatro verdades a los orgullosos. Los hombres cultos pertenecientes a otras escuelas filosóficas o le respetaban o le odiaban.

Para burlarse de Platón, quien había dicho que el hombre era un bípedo implume (es decir, un animal de dos patas sin pluma) peló un gallo y, echándole a caminar entre la gente, dijo: «He aquí al hombre de Platón». Con al fin de dar idea de lo difícil que resulta hallar un hombre justo y bueno, iba por las calles de día con una linterna encendida. «¿Qué buscas, Diógenes? — le preguntaban». «Busco un hombre» — respondía el filósofo. Era un terrible burlón.

En uno de sus viajes cayó en manos de los piratas que lo remataron en un mercado de Creta, según costumbre de aquel tiempo. El martillero le preguntó qué oficio tenía. «El de mandar a los hombres», respondió.

Un vecino de Corinto llamado Xeniades lo compró, y conociendo que era verdad la afirmación de Diógenes, hízole maestro de sus hijos. El gran filósofo supo educarlos admirablemente, de acuerdo con las ideas que profesaba. Los niños de Xeniades aprendieron a ser sobrios, duros para el trabajo, modestos, limpios, hábiles en los deportes y otras cosas útiles. Así mandaba Diógenes en los hombres.

Alejandro Magno, el célebre conquistador, quiso conocerle. «¿Qué quieres que haga yo por ti?» — le preguntó. «Que no me quites el sol» — dijo el filósofo. En efecto, la sombra del terrible guerrero sólo servía para taparle el sol al pobre filósofo.

Repito que Diógenes incurrió en varios errores. Entre esos errores le adjudican el de no amar a su patria. Aparte de que luchó por ella, es preciso sospechar que esto parece una mentira inventada por sus enemigos. El hombre ama y defiende el país natal. Sólo los canallas son capaces de traicionarlo. Diógenes tenía gran cariño a la civilización de su patria. Lo que perseguía eran los vicios de los poderosos y de los malos. «Mi propósito es imitar a Hércules y, como él, hacer la guerra a esos monstruos que se llaman pasiones».

Predicaba la moral más pura, incurriendo en exageraciones. De haber seguido al pie de la letra todas sus enseñanzas, los hombres hubieran matado el progreso para vivir en plena naturaleza. Tanto Diógenes como otros filósofos griegos son precursores de Jesucristo, el buen padre de los sedientos y de los hambrientos.

Las ideas de Diógenes, además de lecciones morales, te dan, niño, una gran lección de prudencia: es necesario no ser un fanático intransigente.

Respecto a la muerte del filósofo, hay tres versiones. Unos dicen que falleció a consecuencia de las mordeduras de un perro. Esto parece más bien una sátira hecha a la filosofía cínica o canina. Otros que fué víctima de un ataque de bilis; otros dicen que se suicidó conteniendo la respiración.

Murió el año 323 antes de Jesucristo.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

LA LUCHA POR EL AMOR

por

RAIMUNDO CASELLAS



DIEZ años hacía — ¡diez años hundidos en el tenebroso abismo de la fiebre creadora! — que había soñado dar vida a un grupo de desnudeces, atractivo como las Gracias y dramático como Níobe, y que representase a la Belleza Femenina, dispuesta a entregarse como premio al hombre que triunfase entre los que combaten por poseerla... Era un pensamiento plástico, que lo mismo podía remontarse a la más lejana antigüedad, que inspirarse en la modernidad más palpitante: la eterna lucha por la posesión.

La mujer debía ser la Afrodita de las nuevas generaciones, tan pura de líneas como permitiera la turbadora deformación sexual de las edades modernas. Y en torno a esa mujer, Venus perdurable y Helena de todos los siglos, debían plasmar cinco o seis donceles, que con la diversa modelación de sus cuerpos jóvenes encarnarían la fuerza, la destreza, la gracia, la inteligencia, la bondad, combatiendo por la hermosura. Debía de ser la lucha de héroes amorosos sorprendidos en el momento del cuerpo a cuerpo. La victoria, aunque indecisa, ya se adivinaría que había de ser de la Fuerza, por ser el principio más decisivo en los encontronazos de la Humanidad. Debía presentirse que a la Bondad, la belleza del alma, le faltaba poco para caer vencida; el Intelecto, belleza del espíritu, seguiría rendido en segundo término; la Gracia, don de atracción, resistiría, mientras la Destreza mediría sus arrestos sin conseguir ventaja, con la Fuerza omnipotente, que se vería a punto de apoderarse de la Mujer como trofeo de su poder brutal.

La imagen de la Mujer, de la Afrodita eterna, había sido la parte más arriesgada de toda la agrupación. Además de la belleza plástica y del encanto sexual que había de revestir toda ella, era preciso que resumiese, fundidos en una expresión única, dos distintos estados de pasión: el de la mujer orgullosa y halagada por la lucha que concita su hermosura, y el de la mujer voluptuosamente ofrecida al deseo del vencedor. La traducción de semejante complejidad estaba llena de escollos y sembrada de obstáculos. A todas las modelos de oficio que habían desfilado por el taller había tenido que despacharlas por insignificantes, por inexpresivas y faltas, además, de plasticidad bastante sugestiva y noble. ¡Qué desesperado luchar! ¡Qué rabia de impotencia! Cien veces esbozada, cien veces destruída y de nuevo empezada a modelar; la imagen no nacía nunca amoldada al ideal de forma y de expresión soñado. El barro, miserablemente amasado con los dedos, no reflejaba el prodigio de las visiones interiores.

Fué preciso decidirse. No había otro recurso que poner en práctica lo que ya hacía días le bailaba por la imaginación: estudiar la figura de la Venus en-

trevista en el cuerpo desnudo de Cela, la graciosa amiga enamorada de él hasta sacrificarle la familia; al decir de las gentes, los lujos de la vida. ¡Gentil criatura perpetuamente ensoñada en un deseo de amor! Todo lo que era ardiente en la intimidad, era fría, indiferente, pasiva, en los menesteres y miramientos de la vida cotidiana. ¡Ah, si aquella mujer de oriental indolencia llegase a interesarse por su obra y quisiese comunicar a la figura imaginaria tan sólo una chispa de aquel fuego secreto que él conocía! Accedió a la primera insinuación.

Acaso presentía en aquellas largas exhibiciones de su cuerpo palpitante de placer una continuación de la intimidad amorosa, interrumpida por la luz del día. — ¿Quieres que te sirva de modelo? — Sí, sí. — Y en pocas semanas fué surgiendo de la masa informe la estatua radiante de la Afrodita, soberanamente bella, voluptuosa, hasta turbar lo sentidos, aunque tal vez no tan orgullosa y altiva como había sido imaginada en los albores de la concepción.

Pero no era bastante. Se necesitaba algo más. La obra no consistía en una sola estatua, sino en un agrupamiento. *La Lucha por el Amor* era el combate para alcanzar la belleza. Ya estaba allí la Belleza, pero faltaban los combatientes. Y como tanto los luchadores como la Mujer disputada habían de armonizar expresiones, actitudes y formas dentro de una unidad de acción, era preciso que los modelos vivos simulasen juntos la escena de la batalla amorosa, cada uno con la emoción de su alma y el ritmo de su cuerpo. Fué preciso exigir entonces a la gentil criatura lo que había de acarrear tanta desgracia: que mezclase su desnudez hermosa a las desnudeces de los demás modelos. ¡Fué una obcecación, una locura! Ahora lo comprendía; pero en aquellos días de fiebre, de desvarío, no tenía más dioses que la pasión del arte y el anhelo de la gloria. Y fué inmolado el pudor de la infeliz criatura. Por un instante, sólo por un instante, pareció que la pobre Cela tratase de resistir, de rebelarse...; pero bastó una mirada suplicante para que, como hipnotizada, huérfana de albedrío, se resignara a la obscura fatalidad de la suerte. Desde aquel momento su pudibundez femenina debía ir fundiéndose, fundiéndose en las promiscuidades del taller, durante las largas horas de *pose* cotidiana, pasadas en compañía de los modelos, de luchadores, la mayor parte amigos y condiscípulos del escultor.

Porque lo mismo que se había hecho para la figura de la Venus codiciada se hizo para la de los combatientes: rechazar, por mezquinos y ridículos, los modelos profesionales, todos ellos viciados por la rutina, o los gestos convencionales de la Escuela, o la actitud aburrida e indiferente que era uso en los talleres naturalistas. No. Mientras él pudiese, pediría aquel servicio de arte a sus compañeros de estudios a sus amigos de siempre; y como en los buenos tiempos de la bohemia escolar, en que uno posaba para otro, ahorrándose de pagar el modelo, los escogería, los adiestraría a su gusto, y destinaría a cada uno, según su estructura, el papel de héroe que le tocase representar.

Ferrús, el tallista decorativo, de miembros nervudos y cuello de toro, encarnaría la Fuerza. La musculatura de atleta dórico, como decían en el aula de arte antiguo, convenía al tipo de hombre imaginado, más pronto un apoxiómeno que un discóbolo. La Destreza la personificaría Comas Tarsi, el reportero dibujante y gran deportista, que con una anatomía escurridiza y sus torneadas extremidades vendría a ser un Hermes de los gimnasios. La Intelectualidad sería encarnada por Juan Oriol, el pintor, todo lo parecido a Apolo que puede ser un hombre de nuestro tiempo. No se halló para la Gracia ningún amigo que conviniera con el tipo imaginado, y hubo de echarse mano de un joven, conocido en una sala de armas: un a manera de Crióforos, tan atractivo de facciones y delicado de miembros, que parecía expresamente modelado para la encarnación que se ambicionaba. Y él mismo, impulsivo y fogoso, buscó a otro modelo que faltaba para la Bondad y que había de ser el protagonista maldito de la futura tragedia: un italiano, esgrimidor también, que, bajo su apariencia de Don Juan florentino, ocultaba un infierno de perversidades...

— ¡Cómo se posesionaron todos del papel! — pensaba el escultor, andando siempre detrás de la escultura de sus ilusiones. — ¡Cómo penetraron en el interno sentido del personaje alegórico! ¿Y yo? ¡Cómo estudiaba con toda el alma la estructura de cada modelo y le hacía adoptar la actitud que requería su figuración! Fué una época de trabajo desesperado y gozoso, en la que parecían florecer los días de la primera juventud. Pero, terminados los estudios parciales, llegó el momento de empezar los de conjunto.

Bauzi sentía una extraña sensación al resucitar entre los tempestuosos recuerdos de su vida aquel turbio pasaje que había de acabar en drama cruento. La *pose* de todos los modelos juntos sobre la amplia tarima giratoria se le aparecía luminosa y viva, como si la estuviera viendo, formada toda ella de carne de juventud: aquí rosada como flor; allí, pálida como marfil patinado; allá, morena, como tronco de avellano. Cela, esplendorosa y blanca diosa de un sueño de adolescente, se erguía radiante en medio del grupo, más elevada que las figuras masculinas, como centro ideal que era, tanto de la composición plástica como del erótico deseo de los luchadores. Farrús, la Fuerza, estaba ya a punto de enlazarla con el brazo derecho, mientras con el otro paraba los golpes de la Destreza, que ágilmente intentaba domeñar al poderoso rival. En torno, las demás figuras luchando entre ellas y mostrando el aire, el gesto gracioso y las formas juveniles, ensoberbecidas por el impulso combativo.

La catástrofe había de llegar irremediablemente. Era fatal, fatal como la pasión de amor a que nace condenado el hombre, que el fuego se alzase en llamas para devorarlo todo. ¡Se había puesto tanta desnudez en contacto, se había agrupado tanta juventud anhelosa ante el misterio revelado del encanto de una mujer, que una hora u otra había de estallar el incendio de la lujuria!

Los primeros días de la *pose* en común transcurrieron serenamente. Los modelos, tanto los amigos como los otros, cumplían el ministerio de arte con calma olímpica, como quien interviene en una ceremonia habitual, mil veces vista y practicada. Si en algún momento se notaba un fervor, era de expresión para infundírselo a la obra que nacía. Nadie mostraba inquietud carnal; por lo menos, los primeros días. Más tarde empezaron ya a transparentarse miradas inquietas que delataban el deseo. Pero la turbación era rápida, instantánea, muerta al nacer. Si latía la carne, era con latido interior. A los menos íntimos debía contenerlos el respeto que sentían por el artista; a los compañeros, la consideración del amigo. Y, sobre todo, debía existir, para refrenar a unos y a otros, aquella indiferencia de virilidad entonada que a los ojos de los demás afecta el hombre ante la desnudez femenina, como para demostrarse habituado a los espectáculos de arte. Lo cierto es que aparentaban no sentir ni frío ni calor por las íntimas revelaciones del cuerpo tentador de la pobre Cela. Pero la secreta fruición que roía los sentidos, salió, asomó un día, frenética, roja, desbocada. ¡Hora fué aquella de maldición y de horror!

Y en este punto de sus recuerdos torturadores se hallaba Bauzi cuando llegó al palacio de la Academia, donde todo andaba en desorden y alboroto,

a causa de los últimos preparativos de la Exposición. El tráfago que allí reinaba, el ruido, el movimiento, los gritos, las órdenes, acabaron de desvanecer los fantasmas que perseguían al artista. El carro que conducía su obra había penetrado ya en el peristilo de la Escultura, abriéndose sitio entre la baraúnda de otros pesados vehículos que iban descargando estatuas, bustos, relieves y agrupaciones de toda suerte de materias y tamaños. Siempre torturado por el afán de su arte, examinaba Bauzi sumariamente todas aquellas figuras; las juzgaba con una mirada, y las hallaba frías como la muerte, insípidas, como pan falto de sal. Comparada con la épica grandeza de su *Lucha por el Amor*, la imaginería esparcida por el suelo, relamida por fuera, vacía por dentro, se le aparecía de tanta mezquindad y pobreza como la de un pigmeo libio comparado con un Atlante.



— ¡Ya sé de qué se trata! Me hacen el vacío. ¡Los impotentes, los eunucos, se han agrupado para ahogarme aquí y fuera de aquí, en todas partes! Aquí me han colocado a la contraluz, para destruir los efectos del claroscuro.

— No, no puede ser humanamente que este grupo de figuras, que yo he engendrado en la inspiración de las bellezas eternas y en el inacabable deseo de las humanidades, no deje huella en el alma de las multitudes. Quienes acaso protesten y rujan serán los del oficio, los sancionados, los medallados. Porque la hija de mis sueños, dolorosa como una tragedia, hermosa como la juventud, grandiosa como una batalla, es demasiado imprevista, demasiado mía, para que pueda ser plenamente comprendida por estos eunucos del Arte, que, si quieren moldear cualquier fruslería, han de ir al remolque de una moda, de una corriente, de una escuela, ¡siempre a remolque de algo! A esos huérfanos de inspiración les haré rugir de rabia. Pero yo impodré mi obra, engendrada en la soledad, lejos de los cenáculos artísticos, de las tertulias de las escuelas, de las cuadrillas; lejos de las bajas recomendaciones. ¡Si hemos de luchar, lucharemos; si hemos de discutir, discutiremos; aquí, en los papeles públicos, donde sea! Si hemos de promover escándalo, lo promoveremos! ¡Pero después del escándalo vendrá el triunfo!

UNA vez instalada en el palacio de la Academia, entre las demás esculturas del gran *hall*, la obra de Bauzi no produjo ninguna sensación. Ni el día del barnizaje ni el de la inauguración logró mayor fortuna. No es que la juzgasen monstruosa, agresiva, antipática, como temía el escultor en las horas negras del abatimiento; es que pasaba inadvertida, que no atraía ni se hacía notar. No producían cólera ni envidia. Como si el lugar que ocupaba estuviese vacío, los visitantes pasaban por delante sin detener la vista ni fijar su atención. Muchos se detenían a un lado o a otro; pero la *Lucha por el Amor* permanecía siempre abandonada, sola, olvidada en su rincón.

Y en parte se explicaba el alejamiento del público; había cosas que atraían más la mirada. Allí cerca resplandecía la *Damisela medio desnuda*, figuración quizá frívola para quienes a todas horas piensan en el gran arte; pero indudablemente graciosa, gentil, agilísima y modelada con toda la habilidad prestidigitadora que Dios había concedido a Claudio Sayes, el discípulo predilecto del gran Mariol. Era un muchacho brillante, seductor, destinado indudablemente a heredar del maestro, un día u otro, los favores del público. En plena juventud, ya podía decirse de él que había realizado el ideal de convertir la clásica castidad de la mujer desnuda en moderna impudicia de la mujer desnudándose. Casi no quedaban frases de elogio que no se hubiesen tributado para ponderar la intención ligeramente lasciva que lograba infiltrar en sus figurinas de damas o damiselas a medio vestir. Nadie como él para imprimir perversidades deliciosas en las caritas de sonrisas equívocas, mitad provocación, mitad ironía; nadie como él para ingerir la voluptuosidad ondulosa de un cuerpo femenino, más incitante cuanto más suavemente sombreado por el misterio de holandas y batistas; sobre todo, nadie como él que dispusiese de sabias manos de brujo para tejer la espuma de los encajes y blondas destinados a empañar los senos lozanos al asomarse retozones a la abertura del escote... Las mujeres, ¡oh!, las mujeres se extasiaban ante la *Damisela medio desnuda*, como si con la visión de la toaleta íntima se les avivasen ocultas fruiciones, secretos deliquios. Unas sonreían con la punta de los labios, otras se hacían señas apenas perceptibles con el rabillo de los ojos. Y en torno a la feliz estatua se elevaba un rumor de intimidades sexuales, como incienso de homenaje al evocador de sensualidades tan exquisitas.

También contaba con muchos espectadores la *Susana*, del maestro Arnal, campesina inspirada en un realismo a todo el mundo simpático, porque se atemperaba con cierta gracia, entre bucólica y señoril, del siglo XVIII. Tampoco faltaban visitantes al *San Miguel*, de Violet, tan decorativo por la armadura, tan airoso por el gesto. Puede decirse que en ciertos lugares cada estatua, cada grupo, cada figura, tenía, más o menos considerable, su círculo de admiradores, como cada

familia tiene su mundo, más o menos vasto, de relaciones o visitas. Pero al lado de estas obras admiradas, aplaudidas, aduladas por el fervor del público, estaban las abandonadas, las preteridas, las que como la *Lucha por el Amor*, de Bauzi, dormían en el silencio y en el olvido.

¡Pobre Bauzi y pobre *Lucha!* Era en vano que la figura de la clásica Venus mostrase la belleza desnuda de su cuerpo; era en vano que los héroes amorosos luchasen desesperadamente para conseguirla: la gente no se interesaba por el combate heroico, acaso por encontrarlo demasiado ideal, demasiado abstracto, sin valor de época ni lugar determinados. Además, la disposición un poco confusa de las figuras no predisponía a la atención, como siempre que se exige del público, con una obra complicada, un esfuerzo demasiado grande para comprenderla. La multitud prefiere pasar de largo a detenerse a pensar, como quien descifra un códice, las intenciones quintaesenciadas que haya podido tener el autor. Y hasta la misma voluptuosidad que el artista había infiltrado en su obra se eclipsaba ante el resplandor lascivo de las imágenes vecinas. La belleza de la Venus, que en otro momento, en otro lugar, habría despertado la curiosidad sensual del público, parecía allí clásica, académica. ¿Qué desnudez era capaz de sostener el cetro de la carnalidad femenina al lado de la *Damisela medio desnuda* y de la *Campesina en el baño?*

Bauzi estaba aterrado, sin juicio, como el hombre que se hubiese pasado la vida edificando un palacio de oro y diamantes, y al ir a habitarlo se le derrumbase. Veía la discusión o el éxito de las otras esculturas junto a la soledad fría de la suya. Aquello no lo había presentido. Había sospechado la disputa, la injuria, hasta el escándalo; la indiferencia, no. ¿Y para llegar a este vergonzoso desastre había renegado de todo, había inmolado a los suyos, a Marcela, y había consentido tanta afrenta e ignominia? Bocanadas de hiel surgidas del alma llenaban de amargor sus labios..., y cual si súbitamente hubiese hallado la clave aclaradora del enigma de la fría soledad, del triste silencio que rodeaban su obra, esclamó, entre dientes:

— ¡Ya sé de qué se trata! Me hacen el vacío. ¡Los impotentes, los eunucos, se han agrupado para ahogarme aquí y fuera de aquí, en todas partes! Aquí me han colocado a contraluz, para destruir los efectos del clarobscuro. En los periódicos han conseguido que apenas se hable de mi obra. Hasta los que me prometieron poner su pluma a la defensa de la *Lucha*, si estallaba la discusión, callan como traidores y cobardes. ¡Todos los elogios los reservan para esa marranada de burdel que llaman la *Damisela medio desnuda*, o para la fanfarronada del *Explorador*, o para el *San Miguel*, de Violet, que es un artículo de quincallería! ¡Estúpidos! ¡Canallas! ¡Idiotas!

Y una ola de cólera, como si le inundase, empujándole, le hizo vacilar de pies a cabeza. Le sobrecogió una gran angustia...; la cabeza le daba vueltas; perdía el mundo de vista, y por fin se dejó caer sentado en una silla, cerca de su *Lucha por el Amor*, como un soldado que cae rendido al pie de la trinchera.

Alguien se dió cuenta de lo que ocurría. Muchos acudieron a auxiliarle y le recobraron.

— ¿Qué ha sido? — preguntaban los que acudían desde las salas de Pintura.

— Nada..., un desmayo; pero ya ha vuelto en sí, y ahora se lo llevan — decían los que le habían auxiliado.

— ¿Y no se sabe quién era?

— Un escultor. Un tal Bauzi, Rodrigo Bauzi decía la tarjeta de expositor que se le ha encontrado encima.

— ¡Oh! ¿Bauzi? ¿El escultor? — exclamó un conocido reportero gráfico y gran deportista, que era de los que se habían acercado y, por lo visto, conocía al escultor. — El autor de aquella escultura: *La Lucha por el Amor*.

— Allí le hemos encontrado.

— ¡Allí! ¡Ya comprendo! — replicó el reportero. — Ya comprendo. La indiferencia con que ha sido acogida su obra es la causa de lo sucedido. ¡Le costó tantos afanes, tantas penas, tantos dolores! ¡Ah! ¡Qué historia, qué terrible drama palpitante de emoción podía escribirse!

— ¡Tarsi! — clamaron con voz imploradora unas señoras amigas, como rogándole que lo contase todo.

Y Comas Tarsi, feliz por poder interesar con su narración a aquel enjambre de esnobinetas, damas y damiselas moderno estilo, que se perecían por saber secretos de artistas y misterios de taller, empezó a contar la vida del infeliz escultor, apasionado por el arte y loco por la gloria, desde el día en que se juró a sí mismo, contra cielos y tierra, dar vida a aquellas soñadas figuras que habían de ser su condenación. Las luchas con sus padres, el abandono de su casa, la Cela posando el desnudo para la imagen de la Venus; los amigos y conocidos del artista haciendo juntamente de modelos con la preciosa criatura; todos los episodios de la novela desfilaron por los labios del dibujante reportero, hasta llegar al día trágico, al día del desastre. Las damas le escuchaban con la boca abierta, ora emocionándose en los capítulos lastimosos, ora sonriendo en los pasajes carnales. ¡Aquella historia era una delicia!

— Pero ¿cómo se ha sabido? — preguntó una señorita.

— Se ha sabido porque yo era uno de los modelos — contestó. — Yo posaba la Destreza, la segunda figura de héroe, aquella que lucha con la Fuerza... — añadió, señalando la estatua.

Curiosas, las mujeres se acercaron con los gemelos en los ojos.

— ¡No debe ser el modelo tan ideal como la copia! — se atrevió a decir una esnobineta, enseñando el nácar de los dientes.

Y todas las demás corearon la risa con sonoro murmullo de agua saltadora.

El dibujante estaba radiante, glorioso, mirífico, al verse halagado por toda una constelación de hermosuras y elegancias. A medida que avanzaba en su relación, más iluminado, más lírico se sentía. La narración de la *pose* de los modelos tenía aires de un fragmento de Ovidio.

— Aquella pirámide de carne joven, coronada por el esplendor de Cela, parecía en ciertos momentos el carro apoteósico de Hipodamia, conducido por Pélope vencedor...

Pero las damas preferían ir al grano del argumento, e interrogaban, impacientes:

— ¿Y cómo sucedió?

— ¡Oh! Se habían condensado tantos deseos reprimidos, tanta fiebre disimulada, que un día los miramientos humanos rompieron el freno y saltó una centella de odio entre los modelos combatientes. Ya hacía días que la tempestad se formaba en un silencio angustioso. Hasta en el mismo Bauzi se transparentaba el temporal que se iba a desencadenar allí. Pero callaba, por miedo a ser él quien desatase el huracán, que podía dejar inconclusa la obra de sus sueños, precisamente cuando avanzaba con tanta rapidez. Harto veía que dos de los modelos, especialmente, no apartaban ojo de su amiga; harto notaba que le sonreían sin querer y que, alucinados por la desnudez admirable de aquella mujer, ardían en locura, perdían la noción de las cosas y descomponían la *pose* a cada instante...; pero fingía no darse cuenta de aquella secreta adoración, más terrible cuanto más muda y más quieta. Por fin el

rayo rasgó el espacio. Sin saber cómo ni por qué, el modelo de la Gracia, que era un muchacho impulsivo, fogoso, enorgullecido de su fuerza física y de su habilidad en el manejo de las armas, lanzó una frase irónica contra un compañero suyo, italiano, que personificaba la Bondad, y que le contestó con una palabra irreparable. Al insulto siguió el lanzarse uno contra otro y la riña entre todos. Este acude en socorro de uno de ellos...; aquél corre a separarlos... ¡Una confusión de demonios desencadenados!

—¿Y el escultor? — preguntó una de las oyentes.

—¡Ah! El escultor, el escultor... Aquí surge lo más inesperado, lo más inexplicable de aquel hombre, que no sé si calificar de cínico o de superior, o loco sin remedio. En lugar de irritarse contra aquellos hombres furiosos... — ¡nadie lo adivinaría!, — sonreía como sorprendido, como admirado, entregándose a contemplar la riña con la vista desmesuradamente abierta, como si quisiera conservar la visión en la retina. Para él, aquello era un prodigio del cielo en su obsequio. Porque el sueño que él quería fingir en el mármol... ¡lo veía vivir en la realidad de la carne! Pero la lucha se encendió con tanta furia que le fué preciso substraerse a la obsesión para correr a la defensa de sus frágiles figuras, amenazadas de caer en pedazos entre aquella confusión. Corrió... pero no llegó a tiempo para detener el desastre. Una de las estatuas, la que representaba el Intelecto, recibe tal porrazo de uno de los reñidores, que el barro se le cae a trozos, dejando al descubierto la armadura de hierro que sostenía la imagen. ¡Ah, cuando Bauzi vió rota la escultura! ¡Qué rugido de fiera se escapó de su boca! ¡Le destruían su gran amor! ¡Le mataban su sueño! Todo lo que hasta aquel instante había sido extraña placidez se convirtió en desastrado furor. Ciego de rabia, maldiciendo, blasfemando, se dirige al italiano y le abofetea con ira. «¡Toma, toma, toma!...» Pero el italiano, furioso, por vengar el agravio, coge una escarpia para responder con creces. Pero entonces Marcela, la dulce Cela, se interpone..., y el golpe dirigido al escultor lo recibe ella en medio del pecho. Una mancha de sangre espantosa, ¡que aun no he podido apartarme de los ojos!, cubría la desnudez de la criatura infeliz, caída en tierra, en un lago rojo. Todos acudimos presurosos a auxiliarla.

—¡Ah! ¡Qué horror! — exclamaron las mujeres, aterrorizadas.

— Y mientras tanto — proseguía Tarsi, — el italiano, vestido apresuradamente, huyó a campo traviesa, consiguiendo embarcarse y escapar a la justicia. Nunca más se ha sabido de él. En cuanto a la pobre Cela, vivió pocas semanas más, ¡torturada por horrible sufrimiento!



El dibujante estaba radiante, glorioso, mirífico, al verse halagado por toda una constelación de hermosuras y elegancias. A medida que avanzaba en su relación, más iluminado, más lírico se sentía.

Las damas, horrorizadas, se tapaban los ojos con la mano, como para no ver las sangrientas escenas que tenían vivas en la imaginación. Unas se marcharon asustadas, diciendo que la historia era demasiado emocionante, mientras otras se acercaban a la *Lucha por el Amor*, a fin de contemplar a pleno placer aquellas figuras desnudas que, como personajes de Eurípides, habían tomado parte en un drama tan cruel. Tarsi les explicaba el significado alegórico de cada estatua; les detallaba la biografía de los modelos, y les hacía notar, además, que la figura del Intelecto, destruída el día aciago, había sido modelada de nuevo mucho tiempo después de la desastrosa escena.

Y desde aquel momento empezó a propalarse la historia; al principio, en voz baja, como una indiscreción; después, sin reserva ni secreto, como cosa del dominio público. Las damas coquetas se la contaron a los íntimos; los íntimos de las coquetas, a los amigos; los amigos de los íntimos de las coquetas, a sus conocimientos y relaciones, y, finalmente, fué sabrosa murmuración que corría de boca en boca.

Aconteció que en el *hall* de la Escultura no se hablaba de otra cosa. Gentes había que sólo visitaban la Exposición para contemplar aquel grupo, que corría la suerte de hacerse tan famoso como el mismo Laocoonte. Todo era preguntar: «¿Dónde está esa escultura de que tanto se habla?»

Y los celadores del palacio de la Academia apenas eran suficientes para acompañar a todos los visitantes a ver la estatua.

No se oían allí más que repeticiones, si a mano viene corregidas y aumentadas, de la escena de lujuria, de odio y sangre desarrollada entre las personas allí presentes, que no eran únicamente personificaciones de un poema plástico imaginado por la fantasía sino personajes auténticos, actores positivos de un drama real. Los espectadores mejor enterados explicaban a los demás, con todos los

indicios y señales, quiénes eran aquellos modelos, y les llamaban con sus nombres propios, y contaban su vida y milagros entre las mil ocurrencias y malicias de una charla espiritual.

He aquí cómo se logró el prodigio de que la escultura, hasta entonces olvidada, se convirtiese en tema de actualidad. Y, ¡naturalmente!, la prensa diaria, eco imparcial de la opinión pública, empezó a danzar en seguida al compás que le marcaba la batuta de la multitud. Todo lo que un día había sido en los papeles públicos preterición e indiferencia, se tornó información curiosa, reclamo ostentoso, elogio incondicional. Porque lo bueno del caso fué que cuanto más se divulgaba la historia íntima, más méritos artísticos, hasta entonces desconocidos, se descubrían en las figuras. Se elevaba la estética de la obra a nivel de la resonancia del drama que llevaba dentro.

Un crítico de los más autorizados, más documentados, publicó, en honor de la obra de Bauzi, un artículo que causó verdadera sensación. Después de dolerse, en una manera de proemio, de que una creación tan soberana hubiese pasado inadvertida en los primeros momentos, a causa de las desfavorables condiciones de luz en que se hallaba instalada, elevaba la tesitura hasta evocar, con oportuna erudición, la vida ática, la estatuaria epinicia y el opanon de Policletes...; pero, humanizándose un poco, establecía al final del artículo una serie de sutiles comparaciones entre las más celebradas obras escultóricas de la Exposición de la Academia y aquella grandiosa *Lucha por el Amor*, que había corrido el riesgo de ser injustamente postergada. «No hay duda alguna de que la *Damisela medio desnuda* es una invención exquisita, gentil, graciosa; pero no pasa de una escultura de género de un Tanagra aumentado de volumen e influído por intenciones modernas. La obra de Bauzi es algo más hondo, más grande; la idealización de la plástica, el empuje del pensamiento, la fuerza de pasión humana, la hacen ascender hasta la excelsa jerarquía del arte grande. Una comparación semejante podría establecerse con el *Explorador*. Esta estatua no es el heroísmo, sino un caso heroico. El acentuado tipo étnico del personaje, su uniforme característico y la modernidad misma del hecho que se conmemora dan a la imagen la representación anecdótica del heroísmo por la expansión colonial en un momento histórico y en un pueblo determinado, mientras que la *Lucha por el Amor* será de una significación universal y eterna mientras dure la vida de la Humanidad.» El artículo acabó de caldear la atmósfera de entusiasmo y admiración.

Cuando Bauzi, ya más confortado de espíritu, volvió al palacio de la Academia, apenas quería dar crédito al espectáculo de gloria que se ofrecía a sus ojos. Ya sabía la fausta nueva del milagroso cambio operado en el juicio de la multitud; pero no había llegado a creer que el triunfo fuese tan avasallador. Ya vió desde lejos que rodeaban su obra grandes grupos de espectadores y espectadoras, que iban renovándose por turno, como si mantuviesen guardia de honor. Oía fragmentos de diálogos encomiásticos que le llegaban al alma, como bálsamo refrigerante. El nombre de Bauzi, cien veces repetido, revoloteaba, evaporado de las conversaciones, como perfume de admiración.

—¡He triunfado! ¡Por fin he triunfado!—se decía Bauzi, con el corazón anegado en embriagadora delicia.—¡He triunfado!

Pero las frases sueltas de dos jóvenes que hablaban cerca de él le llamaron la atención.

—¿No has visto la *Lucha por el Amor?*

—No; pero me la han elogiado mucho.

—Ya lo creo, si es el *clou* de la Escultura.

—Dicen que es una obra tan grande.

—¡Oh!, la obra..., la obra. ¡La historia que tiene!

—¡Ah! ¿Sí?

—No se habla de otra cosa. ¡Una novela de lo más emocionante! Figúrate por un momento...

Y los dos amigos se dirigieron hacia el grupo escultórico, siguiendo la conversación.

Bauzi, profundamente intrigado, se acercó también a los corros de los visitantes. Todo el mundo hablaba con calor, unos preguntaban, otros respondían; muchos reclamaban silencio a los interruptores, como cuando se escucha una narración interesante. Pero nadie hablaba de la significación de la obra ni de su belleza; lo que corría de boca en boca era el hecho de la riña sangrienta. La Cela, sólo se trataba de ella y de los modelos, y de la racha de lujuria que pasó por el taller, sembrando la sangre..., la muerte.

—Entonces... no es mi obra la que conmueve a las multitudes, sino su historia maldita—pensaba Bauzi, caídas las alas del corazón.—La escultura soñada nada les diría si no fuese el drama real que la acompaña. ¡Qué desencanto! He ahí el arte vencido por una anécdota. He ahí la creación de eternidad humana derrotada por un argumento de actualidad.—Pero en aquel momento arrancó al imaginífero de sus reflexiones un grupo de gente que le había reconocido y venía a felicitarle.

—La enhorabuena, Bauzi. Es un éxito enorme.

—¡La enhorabuena, la enhorabuena!

—La enhorabuena... y una gran noticia—recalcó el dibujante reportero, Comas Tarsi, que venía jadeante.—El consejo acaba de votar los créditos necesarios para adquirir la *Lucha por el Amor* y reproducirla en mármol con destino al museo de Arte Moderno.

Y el escultor, desconcertado, recibía apretones de manos y enhorabuenas de amigos y desconocidos, mientras las damas, en actitud de adoración, le clavaban los gemelos, pensando en la enamorada Marcela, en los modelos lujuriosos y en todas las aventuras voluptuosas y dramáticas que convertían al artista en héroe de novela pasional.

DIBUJOS DE BESARES.



Página Infantil

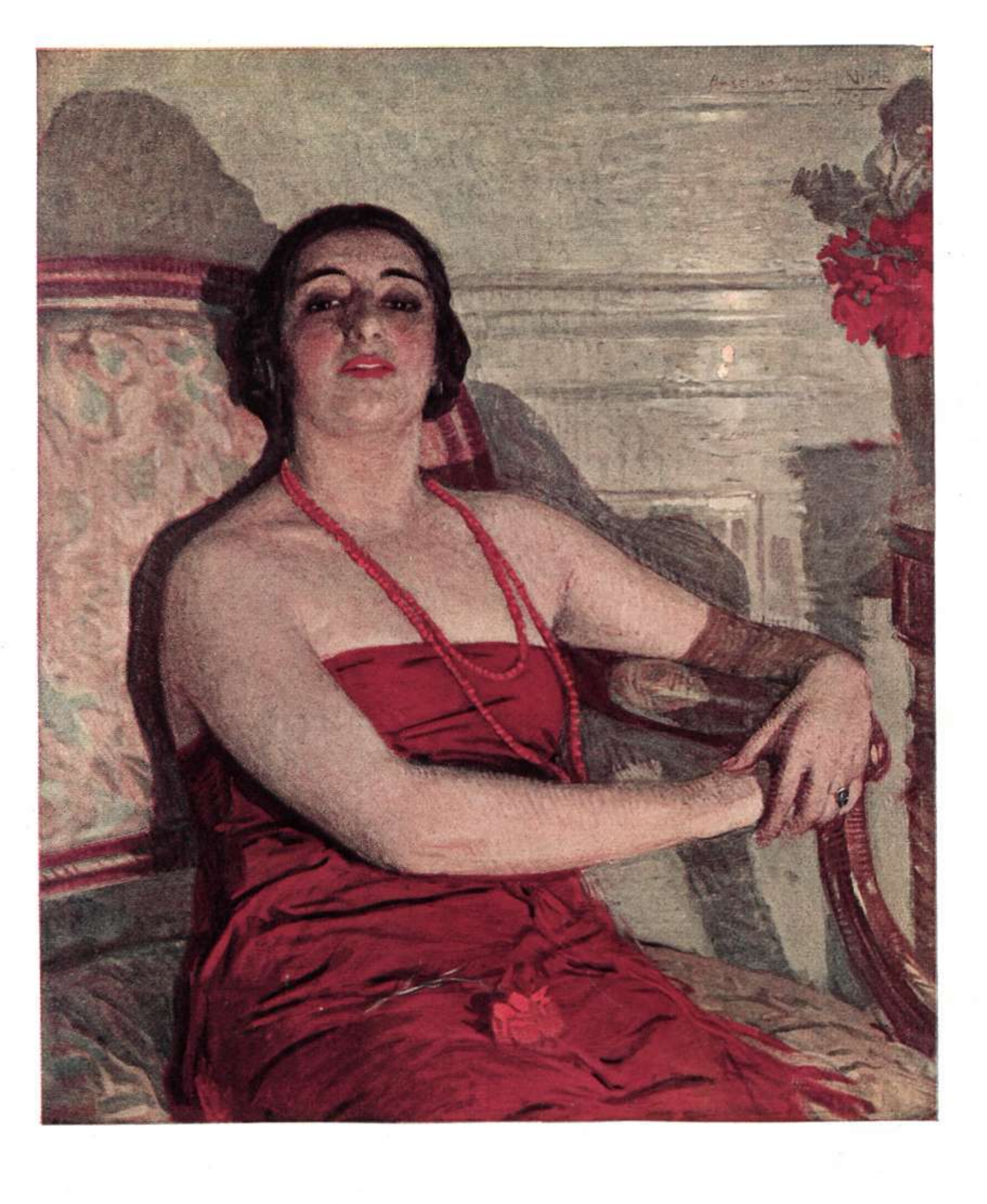
Elida Casanovas



Jorge Oscar Milne



Juan Carlos Bevasso Roffo



ROJO Y ORO

ÓLEO DE

ANSELMO MIGUEL NIETO



La Casa Blanca de Washington, mansión presidencial, donde, con todos los honores correspondientes a su alta jerarquía, fué velado el cadáver del que fuera noble exponente de los ideales norteamericanos.

HARDING HA MUERTO

El ilustre jefe de la gran nación con el presidente de la West Point y el general Mc. Arthur.

Mr. Harding, cuyo fallecimiento ha sido un duelo universal, acompañado de su esposa, al llegar por primera vez a la Casa Blanca.

Harding y su señora dirigiéndose a una ceremonia oficial, su primera exhibición pública como presidente.

"La primera dama de la nación", admirable compañera del esclarecido mandatario, con dos exploradoras.

Pronunciando un enérgico y patriótico discurso en que, una vez más, lanzó su famosa frase política que le servía de norma: "Paz a los hombres de buena voluntad".

El vicepresidente, y ahora presidente de la República, Mr. Coolidge, y su señora, atendiendo a una niñita de la Cruz Roja.

Kermesse británica a beneficio del Hogar para Marineros



El ministro de Marina, almirante Domecq García; la señora del representante británico, lady Alston; personalidades de la colectividad inglesa y altos oficiales de la Armada nacional que asistieron al Prince George's Hall, donde se verificó la animada fiesta de beneficencia que resultó un éxito tanto artístico como pecuniario.

Celebración de la fiesta nacional Suiza



El ministro de la República Helvética, doctor Carlos Egger, rodeado de caracterizados compatriotas en la recepción celebrada en el Club Suizo para conmemorar el aniversario de su país.



Aspecto general del tradicional banquete con que la colectividad suiza celebró el fausto acontecimiento. La cabecera de la mesa fué ocupada por el doctor Noel y otras personalidades.

Club social "Teniente coronel Marcelo T. de Alvear"



Conocidas familias que fueron invitadas a la inauguración del nuevo club presidido por el doctor Arturo García Aparicio, desarrollándose un lucido programa musical y terminando la velada con un lunch en honor de las autoridades nacionales y de los asociados.

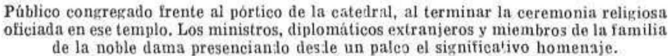


El presidente de la institución leyendo el discurso de apertura.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

Homenaje a la memoria de doña Remedios Escalada de San Martín




Público congregado frente al pórtico de la catedral, al terminar la ceremonia religiosa oficiada en ese templo. Los ministros, diplomáticos extranjeros y miembros de la familia de la noble dama presenciando desde un palco el significativo homenaje.


El Rvdo. P. Fray Fidel Schelibon leyendo un bello sermón alusivo al solemne acto.

Conferencia del doctor Palacios


El doctor Alfredo L. Palacios y representantes de diversas entidades juveniles en la tribuna del salón Augusteo, desde la cual pronunció una interesante conferencia política patrocinada por el Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales.

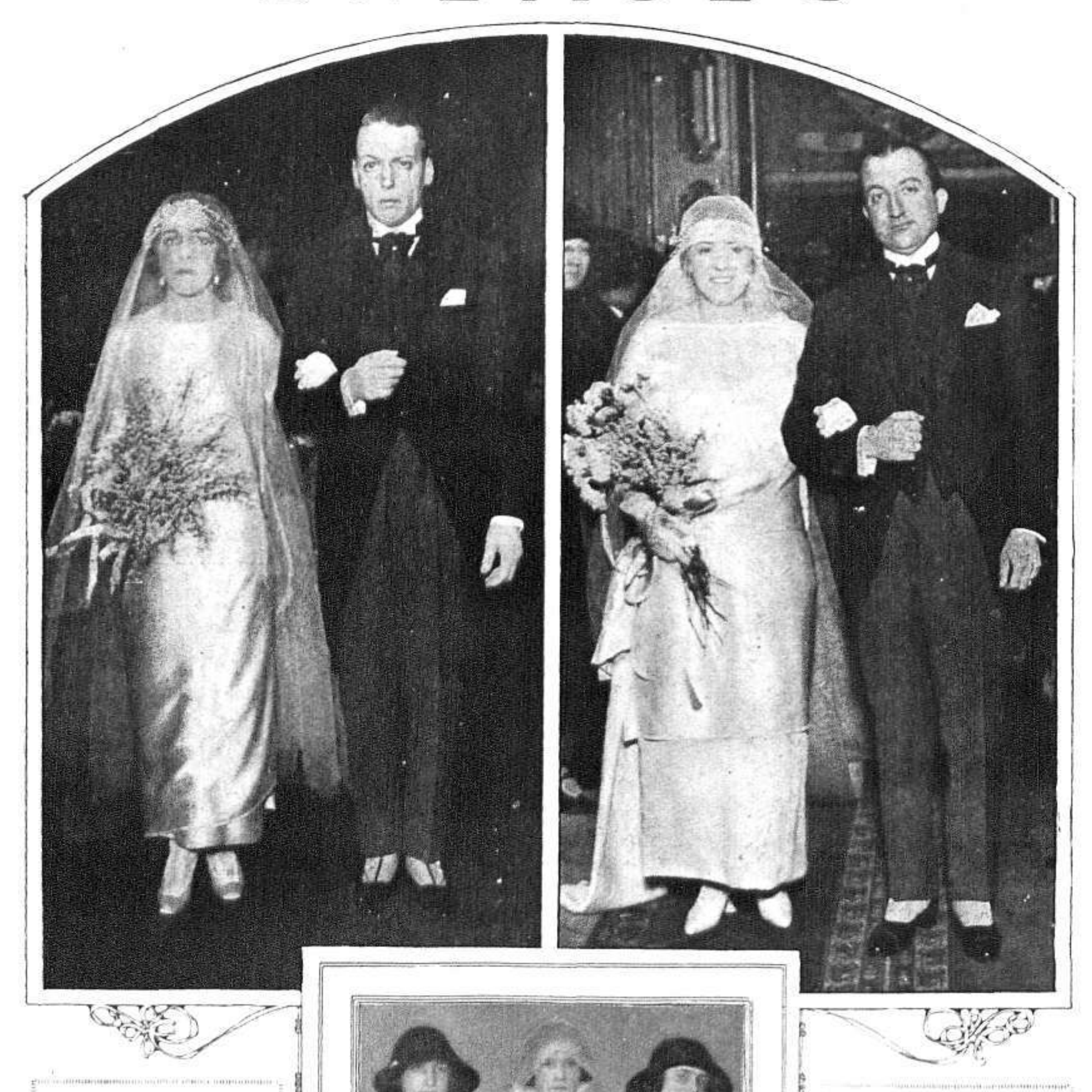
Mitin del partido Socialista


El concejal señor Roberto Giusti hablando en la reunión organizada por la junta directiva de la Federación de la Capital como acto de protesta contra "La reacción armamentista y conservadora."

IV Exposición de tejidos auspiciada por la Liga Patriótica Argentina


El presidente de la Liga, doctor Manuel Carlés, la señorita Hortensia Berdier, que preside la junta de señoras, y calificadas personas que concurrieron a la notable exhibición textil en la que los visitantes pudieron apreciar el adelanto alcanzado en este importante ramo de la industria nacional; inauguración que se efectuó en el salón de Bellas Artes y que mereció legítimos y unánimes elogios.

ENLACES



Señorita María Justa Pueyrredón con el doctor Eduardo Centeno. En la Basílica de Nuestra Señora del Rosario.

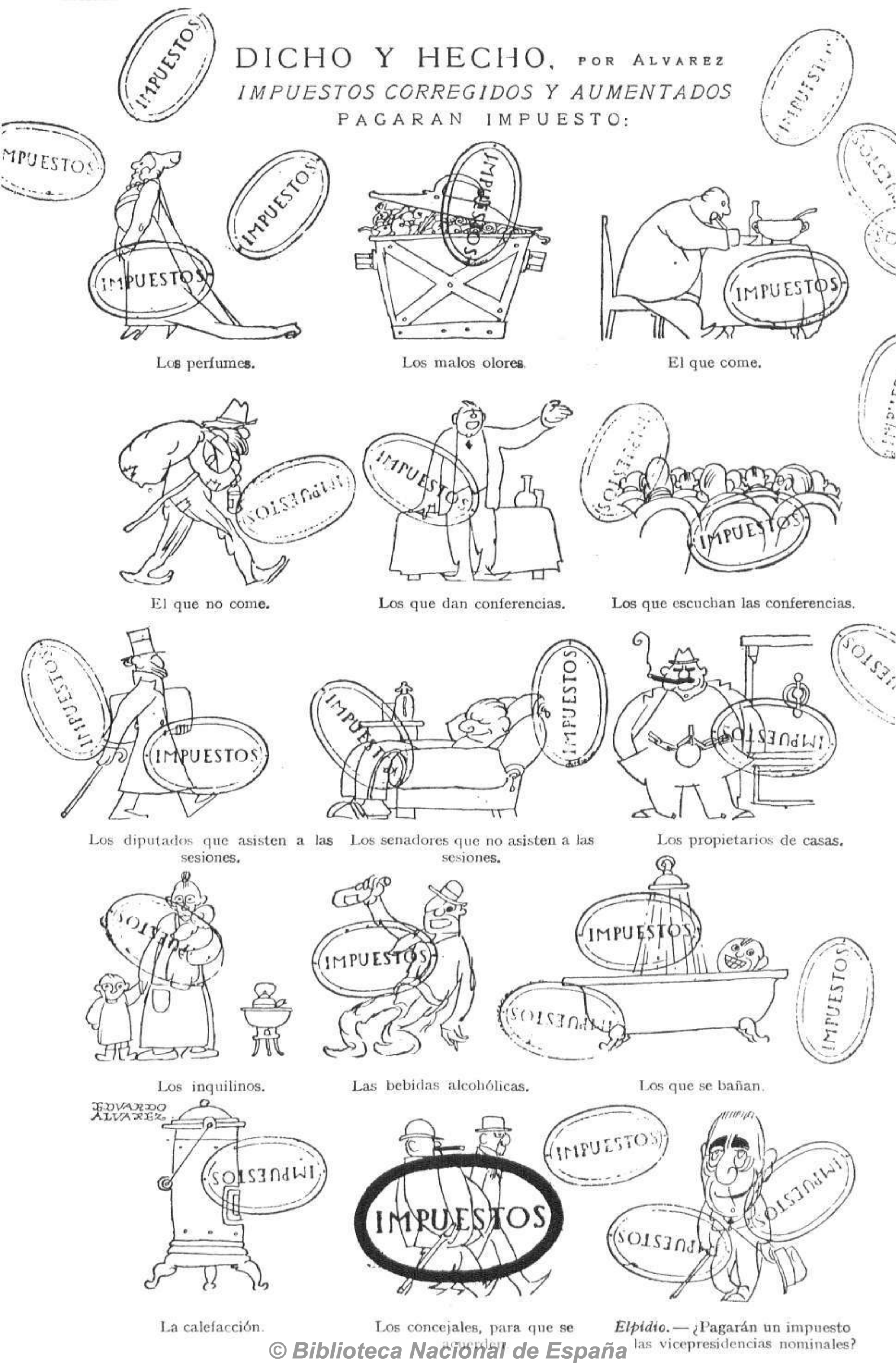
Señorita Amina Bonino con el señor Arturo C. Massa. En la iglesia de San Miguel Arcangel.

Señorita Delia Elisa Galli que contrajo enlace con el señor Miguel Saibene Etchegaray en la iglesia de San Miguel.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

IMPUESTOS CORREGIDOS Y AUMENTADOS

PAGARAN IMPUESTO:



Los perfumes. — Los malos olores. — El que come.

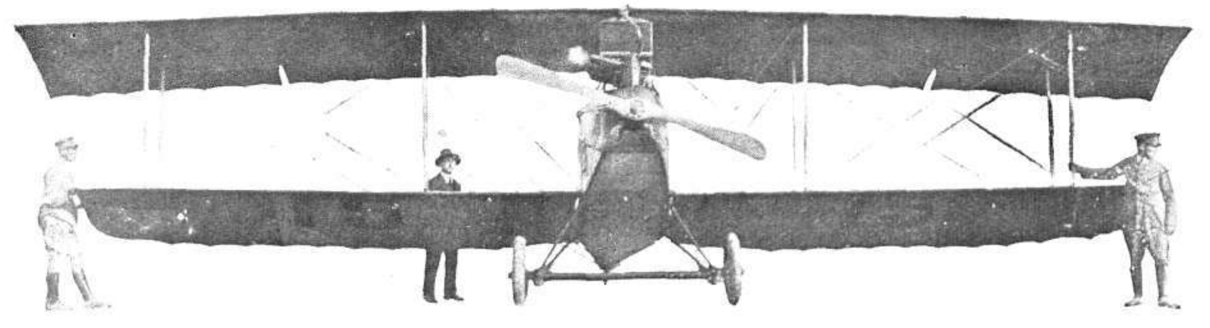
El que no come. — Los que dan conferencias. — Los que escuchan las conferencias.

Los diputados que asisten a las sesiones. — Los senadores que no asisten a las sesiones. — Los propietarios de casas.

Los inquilinos. — Las bebidas alcohólicas. — Los que se bañan.

La calefacción. — Los concejales, para que se acuerden.

Elpidio. — ¿Pagarán un impuesto las vicepresidencias nominales?



LA GRAN CARRERA DE AVIACION

ORGANIZADA POR EL AERO-CLUB ARGENTINO

EL PILOTO LEÓN SE ADJUDICÓ LA COPA WILBUR WRIGHT



J. Urquiza Anchorena.



E. Poli.



Francisco Ragadale.



M. Paillette.



S. Kingsley.



Julio Marsaglia.



José F. Gatti.

J. C. Paldao.





Nicolás Christensen.



E. R. Uriburu.

El presidente de la República, el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, el ministro de Guerra y las autoridades del Aero-Club presenciando la partida de los competidores de la más importante carrera de aeroplanos que tan felizmente se efectuó con un recorrido de 156 kilómetros, señalado entre los aeródromos de San Fernando, *San Isidro y Palomar.*



Las magníficas pruebas que tuvieron la característica de librarse, por primera vez en nuestro país, en circuito cerrado, constituyeron, sobre todo, una demostración de habilidad precisamente por tal circunstancia, que obliga a muy difíciles maniobras y virajes en el menor tiempo posible. El entusiasmo popular que despertaron compensó con creces la labor desarrollada por organizadores y pilotos.



Capitán Holland.



J. J. Etcheverry.



Laurence León.



J. P. Hansen.



Jorge A. Luro.



R. Duhau.



Capitán E. Olivero.



Julio A. Macheret.



Guillermo Hilcoat.



Patrick Hasett.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

LA CRONICA ROJA

Bárbaro asesinato en Villa Madero



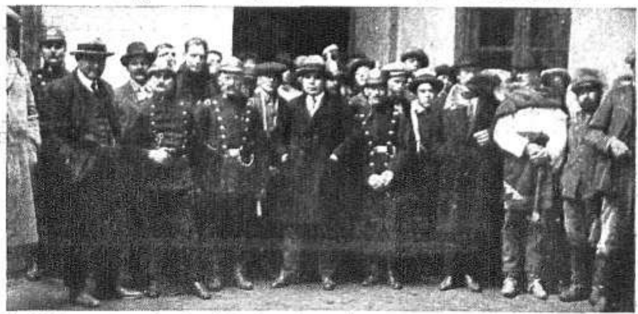
Domingo Canuto Aráoz (a) "El Pampa", autor del horrendo crimen, que fué detenido por la policía al día siguiente de haberlo cometido y que resultó ser de pésimos antecedentes y desertor del ejército.



El cadáver de la desdichada Rosa Juri de Malek, que iba a ser madre y que fué encontrada tras del mostrador de su tienda de mercería situada entre las calles General Paz y Stanford, en el barrio de Villa Madero. El cobarde homicida le martilleó el cráneo por dos veces, derribándola, y luego la degolló.



Jacobo Malek, el afligido esposo de la víctima que fué atacado por el malhechor al entrar en su casa y cuando le perseguía.



El público contemplando al desalmado asesino que registra tres detenciones por hurto y cuya vileza y sangre fría fué evidenciada al conocerse los detalles de su alevoso y premeditado asesinato en la persona de una indefensa mujer, estimada en toda la localidad. El móvil que guió a este degenerado fué el robo.

Trágico final de una partida de naipes



Luis Grecco, el agente que intervino, herido.



Carlos Millán, uno de los jugadores, gravemente lesionado.



Raúl Casanova, otro de los revoltosos, herido de dos balazos.



Grupo de detenidos a consecuencia del sangriento escándalo provocado por una partida de jugadores, muchos de ellos de malos antecedentes, hecho que se desarrolló en un almacén situado en la población de Valentín Alsina.

Esclarecimiento de dos crímenes cometidos por una banda de delincuentes



Enrique Cholidori (a) "Tona".



Domingo Minotti (a) "Mingo".



Carlos Carbonell (a)



Luis Fracassi (a) "El gordito".

Enrique Redonté (a) "Quito".



Los llamados Carlos Carbonell y Luis Fracassi, avisados del «negocio» por el chauffeur y cómplice Quintas Bravo, fueron los asesinos y los ladrones de la octogenaria doña Luisa Saporiti de Mussi, suceso que ocurrió el pasado enero en la calle French. Los causantes de la muerte, en febrero último, del ingeniero don Federico Olguín, que residía en la calle Olazábal y cuyas ropas se incendiaron con las llamas producidas por la lámpara de petróleo arrojada al suelo por uno de los ladrones, resultaron ser Carbonell y Minotti, que asaltaron la casa mientras que Cholidori vigilaba para dar la voz de alarma si regresaba el dueño, como en efecto sucedió.

Estos peligrosos sujetos, detenidos por la policía después de una hábil pesquisa, han confesado su participación en ambos


REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
FREIXAS y Cª
B
PURO DE OLIVA

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

El alma de Rusia, *por Alejandro Castiñeiras.* — Siempre fué el pueblo ruso interesante a causa de peculiaridades psicológicas que en cierto modo lo ponen aparte de los demás pueblos conocidos con el nombre genérico de europeos, y ese interés no ha hecho sino aumentar por obra de los sucesos de los últimos años, en los cuales no es menester detenerse por ser demasiado conocidos. Además, el autor de este libro más ha estudiado la Rusia anterior a esos sucesos, y sus estudios son tanto más meritorios cuanto que su inteligente interés no se ha visto debilitado por la circunstancia de no conocer el idioma ruso; pero lo cierto es que no es indispensable conocer el idioma de un pueblo para apreciar debidamente su labor intelectual con todo lo que comporta de reflejo de la psicología, en el significado más amplio del término, del pueblo que se trata de estudiar. El señor Castiñeiras, después de las necesarias referencias históricas de que no es posible prescindir en un libro como el suyo, entra al objeto fundamental de su empeño: El dolor en la literatura y en la vida del pueblo ruso, y luego concluye con tres capítulos consagrados a Dostoiewski, que fué, sin duda, el escritor ruso más significativo para el caso. Basta esta simple indicación acerca del libro del señor Castiñeiras para darse cuenta de que le ha sido necesario leer mucho para lograr el dominio del asunto que en sus páginas se revela. Se trata, en efecto, de un esfuerzo considerable; pero no solamente de lectura sino también de penetración en un mundo nada fácil para el explorador, y que a más de uno ha obligado a abandonar la tarea antes de concluída. Merece, por lo tanto, el autor el aplauso más sincero por haber escrito una obra que no le ofrecía más aliciente que la satisfacción de una curiosidad muy inteligente, fiel compañera de una sensibilidad muy delicada.

Amanecer, *por Angel E. Sforza.* — El caso de Alberto, el héroe de esta novela, debe de ser más o menos frecuente entre cierta juventud, y el autor lo expone en forma muy agradable para el lector, que la lee sin fatiga, bien que a las veces le mortifique un poco cierta opacidad que se nota en algunos diálogos. El señor Sforza no es todavía un novelista de mucha fuerza; en «Amanecer» no es difícil encontrar ejemplos de falta de «metier» como dicen los franceses; pero, en general, como ya se apuntó, esta novela se lee con agrado, y el lector saca de ella hasta enseñanzas morales de aquellas que nunca están de más.

Templo Interior, *por Rodolfo Fausto Rodríguez.* — Mucho se ha escrito acerca de la melancolía, pero dando a la palabra la significación que le daban los griegos, que no es precisamente el que ha llegado a tener entre nosotros. Para nosotros, la melancolía no es una enfermedad deprimente y ennegrecedora del ánimo, sino más bien un estado de espíritu que mueve a poner en todas las cosas de la vida un pequeño interrogante, indicador de la inquietud que causa la mera contemplación de esas cosas. Entendida así, en este libro de versos se hallarían excelentes ejemplos de poesía melancólica. Mas, ello aparte, cabe reconocer que el señor Rodríguez es uno de nuestros poetas que más hondo penetran en la sensibilidad del lector, por decirlo así. Tiene el alma llena de amor porque nada en la vida le es indiferente, y, así, su «Templo Interior» es un templo en que reina el silencio discreto que el verdadero amor exige. Tan distante de la sencillez rebuscada, que casi siempre degenera en vulgaridad, como de la no menos rebuscada originalidad que casi siempre degenera en superchería, el señor Rodríguez escribe versos que se leen con deleite, porque algo bueno dejan en el espíritu del lector, cualidad que es el feliz galardón de la sinceridad.

Nieves de antaño, *por Jorge Max Rohde.* — El autor de este libro ha puesto en él «Impresiones estéticas recogidas, especialmente, a través del tiempo pretérito, ese numen de los románticos que continúa siendo un señuelo de todos los amadores de la poesía y del arte». En estas palabras suyas, el autor se ha definido perfectamente; es un amador de la poesía y del arte, y su amor, que aspira a ser fecundo, como todo verdadero amor, es el espíritu animador de estas páginas, en las cuales hay tantas cosas buenas. Como los anteriores del autor, este libro es de los que se guardan, porque se tiene la seguridad de que algún día ha de ser necesario o agradable leerlos otra vez. Y ello se debe, en buena parte, al hecho de que la circunstancia de ser amador de poesía y de arte, en vez de alejar al autor del estudio, como es frecuentemente el caso, lo mueve a estudiar siempre, y cada vez, como es natural, con más provecho. Hay quienes creen que el estudio está demás cuando se tiene talento y sensibilidad; el libro del señor Rohde demuestra una vez más que semejante creencia no es sino una falacia para disculpar la pereza.

Cartas de Amor, *por Marcelo Peyret.* — Hubo un tiempo, allá por la época romántica, en que se escribían novelas en forma de cartas; pero pronto los autores se dieron cuenta de que el género resultaba aburrido para la generalidad de los lectores, y lo abandonaron. El aburrimiento se explica, porque es singularmente difícil escribir cartas atribuídas a diversas personas sin que se traicione en ellas el autor único. Además, las verdaderas cartas de amor son de ordinario cortas, y en las novelas que se han recordado eran forzosamente largas, puesto que se trataba de relatar en ellas toda una intriga novelesca, con los consiguientes incidentes. Pues a pesar de esas dificultades, que casi mataron el género, el señor Peyret ha logrado que esta novela suya se lea sin fatiga, antes bien, con interés, pues, como dice el prologuista, esas cartas «son hermosas hasta en sus defectos, como bella es la juventud con su inexperiencia, sus locuras y sus arrebatos. ¡Qué fuerza emotiva en algunas de ellas! ¡Qué fiebre, qué fiebre, en esa desesperación amorosa estampada con mano maestra!» Las «Cartas de Amor» han sido editadas por «El Suplemento», publicación en la cual aparecieron por primera vez.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Campanas de la tarde, poesías por Osvaldo Bazil. Prólogo de Rubén Darío. Habana.

Cármenes, poesías de Eloy Fariña Núñez. S. A. Establecimiento Gráfico Argentino. Buenos Aires.

Carne al sol, cuentos por Nicolás Olivari. Buenos Aires.

Don Siliuto y el siliutismo, por Juan Domenech. Buenos Aires.

Escenas y Paisajes, por Carlos Varela Avellaneda. J. Lajouane y Cía. Buenos Aires.

Educación política ciudadana, por Balbino J. Casco. B. Aires.

Manuel J. de Labardén, estudio biográfico y crítico, por Dante Re. Buenos Aires.

Los Poemas Cantábricos, poesías, por José Mª. Uncal. Habana.

Voz de Vida, poesías, por Julio Raúl Mendilaharzu. Montevideo.

Elementos de Geometría. Parte I: Planimetría, por Juan D. Ravingle.

Loló, novela sentimental, por María R. Dux. Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos. Buenos Aires.

Noticias históricas. La caña de azúcar en las Indias Occidentales, por Julio P. Avila. Imp. Prebisch y Violette. Tucumán.

FOLLETOS:

La enseñanza de la Geografía y su influencia en el carácter nacional, por Manuel J. de Visconti.

Las relaciones intelectuales franco-argentinas, antecedentes recopilados por un argentino. Imp. y Casa Editora Coni. Buenos Aires.

Memorial presentado a la Comisión de Comunicaciones y Transportes de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, por la Compañía Unión Telefónica. Buenos Aires.

Estudio sobre la personalidad del general Mitre, por Rosa Bazán de Cámara. Librería José Moly. Buenos Aires.

La vacuna antialfa de Ferrán contra la tuberculosis y la mortalidad infantil, por el doctor Félix Isleño. Talleres Gráficos Isely, Darré y Cía. Buenos Aires.

Catálogo de la Sección Argentina del Museo Permanente en el Palacio Mundial de Bruselas, en español y francés.

CARNETS:

Hemos recibidos los siguientes, agradeciendo el envío: Club Ferrocarril Oeste y Club Atlético Atlanta.



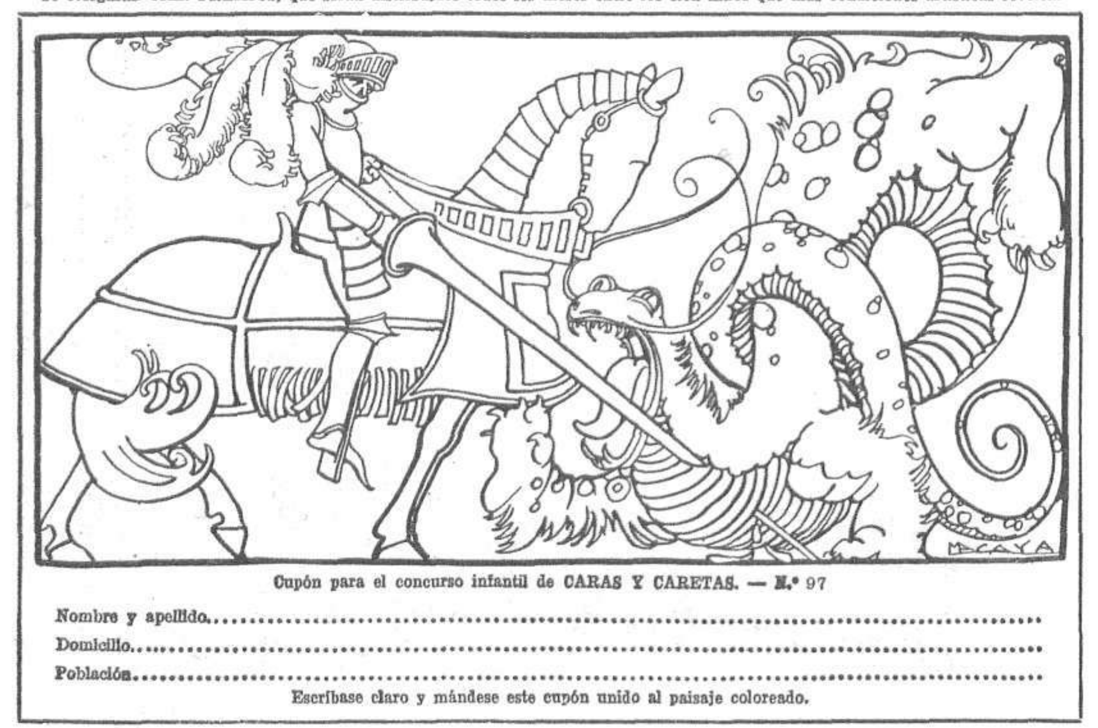
NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—¿Siente usted algo?

—¡Cómo no! ... Siento decirle a usted que un ladrón se acaba de marchar con su sobretodo .....

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 97

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

EL CUTIS FEMENINO

cuando es bello, constituye el más envidiable encanto del rostro y es, además, el factor que realza y avalora toda la estética facial.

El uso diario del
POLVO GRASEOSO LEICHNER

mantiene la piel fresca, suave, delicada y transparente, y, en consecuencia, comunica a la cara el mayor atractivo físico.

(PRECIO EN LA CAPITAL FEDERAL: $ 1.50 LA CAJA)

MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439 - En Montevideo: calle Cerrito, 673

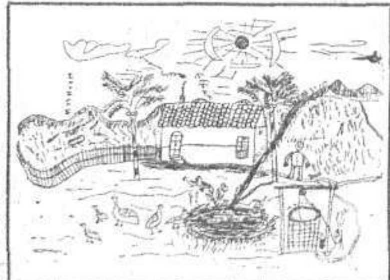




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

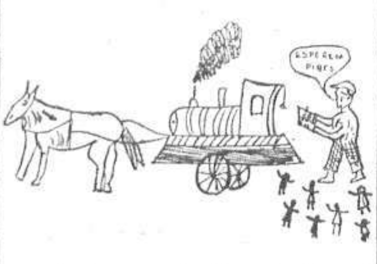


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

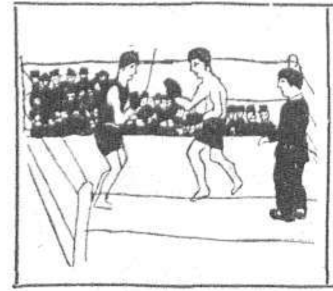


1476 — Un ranchito solitario.
ANÍBAL GÓMEZ C. — Tuxtla Gutiérrez (Méjico).

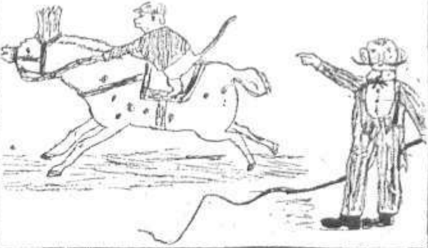
1477 — Una clase de taquigrafía.
RAÚL DÍAZ.



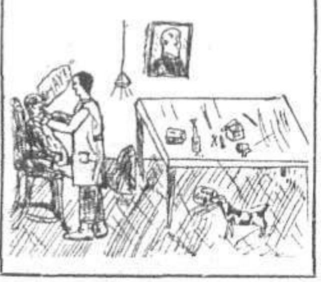
1478 — El manisero.
ALICIA GONZÁLEZ.



1479 — El match Firpo-Willard.
EUGENIO MARTÍN.



1480 — En el circo.
ALEJANDRO J. PERI.



1481 — En la casa del dentista.
NÉLIDA DE LA PEÑA.

BRONQUIOL DEL Dr BERGER



Dr. BERGER

Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe...

Lo mismo pasará con su salud, si no cura esa **TOS.**

Ese pequeño resfrío o esa tos que a Vd. le parecen insignificantes, con el trascurso del tiempo se tranforman en males graves, muchas veces de fatales consecuencias.

No demore más tiempo, cúrese, tome

BRONQUIOL
del Dr. BERGER

que es la preparación científica más eficaz para combatir todas las enfermedades de las vías respiratorias.

Tómelo y en las primeras cucharadas notará sus benéficos resultados.

PRECIO DE VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

DEPOSITARIO GENERAL:

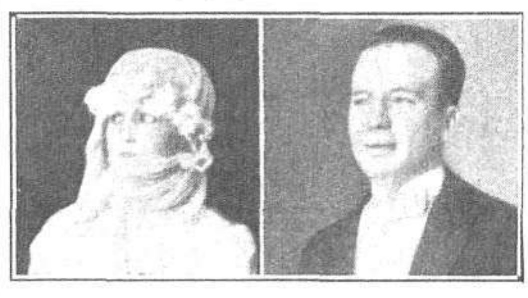
FARMACIA DEL LEON

ENRIQUE H. SPINEDI

Sarmiento, 902, esq. Suipacha - Buenos Aires



Enlaces



Señorita Maria Arran Mendoza con el doctor Arturo Dunn. — Capital.



Señorita Inocencia Luisa Plante con el señor José Vidal. — Las Rosas.



Señorita Luisa Lamaison con el señor Francisco Pérez. — Trenque Lauquen.



Señorita Dominga V. Costa con el señor Generoso Escudero. — Capital.



Deurer-Torriani. — Rosario.



No ha sido posible precisar cuándo comenzó en realidad la gran lucha de lo tenebroso contra la humanidad. Como en todas las conmociones colectivas, los hechos han sido, después de pasado el peligro, aumentados a capricho cuando no completamente desfigurados. Cada testigo ha contado «su caso» sin poderse substraer al horror que llegó a producir casos de locura colectiva; es ese recuerdo de horror el que confunde los hechos, y me temo que los agrande, por ese humano prurito de aumentar las cosas que conocemos y mucho más las que nos pueden dar importancia.

Dejando a un lado las exageraciones inevitables y las no menos inevitables mentiras, reseñemos a grandes rasgos las noticias de origen oficial, comenzando por aquellas en que una vaga suposición de la creída verdad fué, por primera vez, hecha.

La zona de ataque y de peligro parece haber comenzado en las costas del mar Oriental; por lo menos fué en el estrecho de Formosa donde registróse el primer caso oficial: Tres juncos cargados de naranjas desaparecieron repentinamente frente a Ke-Lung. Observóse desde tierra que algo así como una vegetación rojiza, sumamente móvil, surgió repentinamente de las aguas, rodeando las embarcaciones; escucháronse gritos, alaridos y luego todo desapareció: barcos, hombres y vegetación.

Fué el primer caso en que se insinuó la posibilidad del surgimiento de pulpos; pero todos se rieron de la idea y algunos sabios demostraron la imposibilidad de la existencia de cefalópodos de gran tamaño.

El yate «Herlitz» es también un eslabón trágico de la cadena de horrores que envolvió por una temporada al mundo; se sabe que, salido de San Francisco para un alegre viaje por el archipiélago indomalayo, no regresó jamás. El único rastro de su desaparición lo constituyó un trozo de tubo de celuloide herméticamente cerrado y en el que se había guardado un rollo de películas «kodak». Por desgracia, manos poco expertas dieron con el hallazgo y sólo se pudo aprovechar tres de las siete películas encontradas. Una de ellas era una confusa vista del «Herlitz» y un grupo de pasajeros; la otra, un paisaje de Manila con el yate recortándose sobre la vegetación espléndida; la otra... ¡la otra parecía el producto de una pesadilla! Era

una gran cabeza, con un pico córneo en el medio y dos redondos ojos que parecían mirar con toda la inteligente maldad del odio mismo; claramente se veían unos tentáculos que brotaban tras esa alucinante cabeza y en uno de ellos se debatía algo blanco. Mirado con vidrios de aumento, ese blanco resultó ser una mujer, y de no tratarse de un «truc» fotográfico, inverosímil y casi imposible, resultaba que el monstruo debía ser grande como una casa de un piso.

¿Qué hombre de sobrehumano valor pudo sobreponerse a la locura del miedo, para dejar a la humanidad ese gráfico documento del peligro que le acechaba? Sea quien fuere, la humanidad debió de estarle reconocida.

No relataremos sino someramente la desaparición del cazatorpederos japonés «Topo». Ella pertenece a la historia y fué, después, por demás difundida. El vivo cañoneo con que el «Topo» trató de defenderse de lo que lo asaltaba escuchóse en toda la costa de Okinawashina, y es legendario el heroísmo del telegrafista que transmitió fase por fase la trágica y desigual lucha y su último telegrama sencillamente epopéyico: «Pulpos invaden la cubierta, arrastran buque al abismo, me han agarrado, no podré... ven...»

¿Qué quiso decir en su postrer palabra el hombre? ¿Vengan? ¿Venganza?

Como estos hechos se mantuvieron en secreto, pudo ocurrir el pánico de bolsa más brutal e inesperado que conoce la historia financiera del mundo. Sin previo aviso, contra toda previsión, pues nunca fueron más cordiales las relaciones entre Estados Unidos y Japón, los puertos de ambos países fueron clausurados y las escuadras puestas en pie de guerra, mientras en Inglaterra el almirantazgo daba orden de reconcentración a su enorme armada.

Sólo a los dos días aclaróse en parte el misterio, pero los efectos de la formidable baja ocasionaron un serio desequilibrio de las finanzas del mundo, desequilibrio que aun se recuerda con el nombre de «El pánico de los pulpos».

La aclaración se hizo cuando un telegrama de Java anunció la reunión de la escuadra aliada, a la que se habían agregado ocho grandes unidades inglesas. Cincuenta y tres unidades, especialmente dotadas para cualquier lucha, barrieron durante diez días las aguas del mar Oriental hasta el océano Indico. Ni un solo indicio de peligro, ni una huella de pulpos fué hallada.

Entonces, cuando ya se pensaba en la posibilidad de un surgimiento de monstruos de las grandes profundidades, arrojados de sus guaridas desde seis mil pies por alguna conmoción sísmica, y vueltos luego a sus cavernas de lo superprofundo, lo que se ha dado en llamar «La catástrofe» del «Aguila» llegó a conmover al mundo como no lo habían conmovido ni los peores momentos de tragedia de la gran guerra pasada.

«El Aguila», un gran transoceánico destinado al servicio de San Francisco a las islas Filipinas, llevaba un pasaje de trescientas almas: excursionistas, comerciantes, obreros y veinte hombres del «Servicio de Seguridad» para custodia de un millón de dólares en oro que se trasladaba a Manila, al Banco Americano. Dos aviadores se incluían en la tripulación, pues la Compañía de barcos «Pacific Travesía» dispuso una cubierta especial para el «decollage» de un avión de guerra, destinado a la defensa del buque, si el peligro de los mares lo atacaba. El permiso especial fué concedido por el gobierno, y «El Aguila» partió, despidiéndolo una multitud que daba al pasaje bromas y hacía chistes empleando a los pulpos como «leit motif».

Nadie debía volver a ver nunca al majestuoso transoceánico.

La escuadra aliada, avisada por T. S. H., marchó al encuentro del gran buque que, partido el dos de mayo de San Francisco, el día cinco debía cruzarse en su ruta, pero no lo fué, y el seis se pasó en rastreo del mar todo, sin que ningún rastro del «El Aguila» fuese encontrado. Al anochecer, un marconigrama de una patrulla de destroyers pareció dar un indicio de la suerte corrida por el buque. Decía:

«Recogidos hidroaeroplano «Aguila» dos aviadores, uno herido grave, otro loco.»

Al amanecer, del crucero «Kuroki» dieron cuenta del hallazgo de un rollo de celuloide con unas películas fotográficas dentro, películas que se estaban revelando en el laboratorio de la nave.

De las siete fotografías, de una nitidez inmejorable, se desprendía una terrible verdad. En todas ellas podía apreciarse un ejército de monstruos indefinibles rodeando un barco. Por todas partes un bosque de tentáculos parecía emerger del agua. Contra toda discusión, aunque a los sabios se les antojara ridícula la idea de los pulpos gigantes, no sólo resultaba verdad la leyenda del «Octopus» gigantesco pulpo de que hablan los viejos marinos, sino que la realidad representaba un terrible peligro para la humanidad toda.

El profesor H. Grager publicó en «The Times» una carta que le valió la reprobación universal; aseguraba el sabio la imposibilidad de lo que se creía y los últimos párrafos de la contundente carta, concluían:

«...debe también llamar la atención la no existencia de pruebas directas. De los dos aviadores recogidos, supervivientes de «El Aguila», uno, herido por proyectiles, ha muerto sin hablar, el otro está loco; los telegramas no tienen posibilidad de identificarse y las fotografías pueden prepararse. Es muy raro que de las catástrofes conocidas sólo escape y se encuentre lo que puede hacer creer en una leyenda que quién sabe qué oculta tras ella.»

Mientras tanto la escuadra no encontraba a sus formidables enemigos y la tensión mundial aumentaba cada día, siendo ya insostenibles las situaciones de algunos países, para los que el forzado autobloqueo representaba la ruina o el hambre.

En ese momento comenzaron a producirse los pequeños casos. Pareció, hasta que los hechos lo desmintieron, que sólo en alta mar existiese peligro; por eso algunas embarcaciones pequeñas hacían cabotaje y, aunque con precauciones, procuraban pescar o trasladar mercaderías. El primer buque atacado fué un tanque de petróleo, cerca de la costa. A la vista de muchas personas, mientras caía la tarde, una selva de tentáculos rodeó al buque, vióse correr a la tripulación, emprender una lucha desesperada y desaparecer uno a uno en el mar. Luego el o los pulpos, parecen haber estado un largo rato al costado del buque; lo cierto es que se vió al tanque hacer rumbo hacia alta mar, remolcado, al parecer, por el ejército de pulpos.

En una semana se produjeron doce hechos por el estilo y con preferencia fueron atacados buques petroleros. Una teoría científica estableció que el olor del petróleo debía agradar a los monstruos.

Y entonces llegó el desenlace.

El profesor Grager publicó su segunda carta. Ella causó tanta sensación, pese a su brevedad, que no resisto al deseo de transcribirla, aunque ya lo ha hecho la prensa de todo el mundo.

« Insisto en hacer notar — decía el profesor — lo absurdo de creer a los cefalópodos como un peligro y en lo burro que es (el término no resultaba muy científico) asegurar la existencia de pulpos gigantes y que adoren el petróleo. Creo que esos pulpos «inteligentes» necesitan el petróleo, no para sus estómagos, sino *para sus máquinas.*»

La discusión estalló en todo el mundo. ¿Podían unos audaces y crueles piratas modernos, utilizando máquinas navales desconocidas, simular la existencia de pulpos gigantes? Las pruebas en pro y en contra surgieron de todos lados; los cefalopodistas decían: « ¿Y los telegramas? ¿Y las fotografías? ¿Y los tentáculos vistos por docenas de testigos?» Y los cefalopódofos replicaban: «Simulados, falsos o fraguados por los piratas, «truc» para hacer creer lo imposible y escapar a las investigaciones. »

Súpose entonces que el profesor Grager habíase trasladado al manicomio donde estaba asilado el aviador superviviente de «El Aguila», pues quería saber por qué el compañero muerto tenía heridas de bala al encontrarse el hidroavión en el mar y por qué el aparato mostraba huellas de un recio tiroteo. La atención del mundo concentróse en esa tentativa de hacer volver a la razón al único testigo que vivía.

El profesor Grager no debía nunca ver vivo al aviador; pero sus teorías iban a recibir una inesperada prueba.

El sábado por la noche, víspera de la llegada de Grager al manicomio, el loco fué atacado por la espalda mientras paseaba por los jardines; un formidable golpe en el cráneo y dos puñaladas en la espalda lo derribaron moribundo; a sus gritos acudieron varios enfermeros y el médico director, que atendieron al herido. Este parecía haber vuelto a la razón y procuraba hablar. Un cordial pudo darle fuerzas; entonces articuló claramente: « Pulpos no, submarinos, «camouflage», pulpos no, robaron millón... pi...ra...tas...» Luego balbuceó cosas ininteligibles y cayó muerto.

La policía atribuyó el crimen a otro loco en cuyo poder fué encontrado un cuchillo ensangrentado; pero se trataba de un loco pacífico que nunca, antes ni después, tuvo ataques. ¿Se quiso ocultar así, acaso la verdad? ¿Debía creerse en la existencia de una banda internacional de criminales, dispuestos a sembrar el terror y la duda para poder burlar a la justicia? ¿En realidad, un ejército de monstruos había surgido a la superficie y atacado al tráfico marítimo por espíritu maligno o por buscar alimentos? La verdad no ha sido nunca bien aclarada. La navegación reanudóse después de la alarma final. Y es bueno especificar bien claramente los últimos detalles de lo sucedido para que, ahora que parece estar nuevamente en el tapete la cuestión, sepan todos, los que ignoran los hechos o no los conocen bien, a qué atenerse.

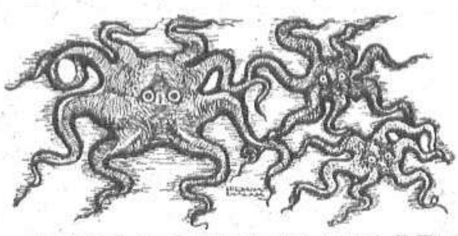
Después del último relato y cuando se pensaba abandonar la persecución, de un hidroavión de la escuadra americana llegó un marconigrama que puso en actividad a todas las fuerzas, no sólo por lo que señalaba, sino por las circunstancias que rodeaban a su recepción. Decía el parte: « A la vista enemigos, no son... » La transmisión se interrumpió en ese punto, y todos los esfuerzos hechos para reanudarla o para conseguir datos más explícitos fueron inútiles. Pero como por la ruta marcada por el alto comando al aparato y la hora de transmisión se calculó el punto desde donde ésta fuera hecha: el mar de Coral, la escuadra toda partió hacia la batalla, incluso los tres grandes buques especiales que podían guiarse por las ondas hertzianas y arrastraban potentes minas dirigibles, e hidroaviones. Desde Manila zarparon los destroyers y la división aérea de Sidney voló hacia Nueva Caledonia.

Nunca debía efectuarse la gran batalla. Se recordará que un violento movimiento sísmico asoló todo el gran océano desde Hong-Kong a Valparaíso. El maremoto causó víctimas en las Filipinas y en Nueva Zelandia; toda la Oceanía fué conmovida por la violencia de esa formidable explosión de los elementos, y la escuadra aliada sufrió ingentes averías. Los mismos navíos del aire debieron arribar dispersos a diferentes puntos, y entre las pérdidas sufridas, la de tres submarinos que no volvieron nunca a puerto, agregó un detalle más al horror del siniestro.

Pero de los pulpos o de los piratas no volvió a saberse más, así como del último hidroavión que parece haberlos visto, transmitiendo sus truncas información.

Sobre la costa de Madagascar fueron encontrados unos raros restos (esto se supo un año después). Eran como unos tubos de aluminio recubiertos de caucho rojo. Un buque inglés enviado especialmente para recogerlos, no pudo encontrar ni rastros de ellos, pues los naturales del país los habían convertido en fetiches o en quién sabe qué. ¿Eran los restos de la infernal maquinaria de los desaparecidos piratas? ¿Habían éstos perecido entre el maremoto o aun disfrutan el dinero robado a sus víctimas de «El Aguila» y demás? ¿O en realidad unos monstruos, cefalópodos gigantes o especies desconocidas, invadieron el océano Pacífico y sus mares, y habían perecido en un medio extraño a ellos o vuelto a sus abismos?

El problema no parece haya de resolverse nunca y, pese a las teorías del profesor Grager y sus pruebas, aun es mayoría la que cree en la existencia de un oculto peligro que acecha a la humanidad desde el fondo de los mares, presto a resurgir para librar una definitiva batalla contra todos los navegantes de nuestro planeta.

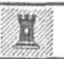


H. FERNANDEZ MENDEZ

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



A J E D R E Z




A pedido de varios aficionados publicamos hoy la partida 11.ª del match por el campeonato del mundo entre los maestros José Raúl Capablanca y doctor Manuel Lasker, disputada en la Habana el 13 de abril de 1921.

GAMBITO DE DAMA REHUSADO

	BLANCAS	NEGRAS
	J. R. Capablanca	**Doctor Manuel Lasker**
1.	P 4 D	P 4 D
2.	C 3 A R	P 3 R
3.	P 4 A D	C 3 A R
4.	A 5 C R	C D 2 D
5.	P 5 R	A 2 R
6.	C 3 A D	O — O
7.	T 1 A D (1)	T 1 R
8.	D 2 A D	P 3 A D (2)
9.	A 3 D	P × P A
10.	A × P A	C 4 D
11.	A × A	T × A (3)
12.	O — O	C 1 A R
13.	T R 1 D	A 2 D
14.	P 4 R	C 3 C D
15.	A 1 A R	T 1 A D
16.	P 4 C D	A 1 R
17.	D 3 C D	T (2 R) 2 A D (4)
18.	P 4 T D	C 3 C R
19.	P 5 T D	C 2 D
20.	P 5 R	P 3 C D
21.	C 4 R	T 1 C D
22.	D 3 A D	C 5 A R
23.	C 6 D	C 4 D
24.	D 3 T D	P 3 A R
25.	C × A	D × C
26.	P × P A	P × P A
27.	P 5 C D	T (1 C) 1 A D
28.	P × P A	T × P A
29.	T × T	T × T
30.	P × P C	P × P C
31.	T 1 R	D 1 A D
32.	C 2 D	C 1 A R
33.	C 4 R	D 1 D
34.	P 4 T R	T 2 A D
35.	D 3 C D	T 2 C R
36.	P 3 C R	T 2 T D
37.	A 4 A D	T 4 T D
38.	C 3 A D	C × C
39.	D × C	R 2 A D
40.	D 3 R	D 3 D
41.	D 4 R	T 5 T D
42.	D 7 C +	R 3 C R (5)
43.	D 8 A D	D 5 C D
44.	T 1 A D	D 2 R
45.	A 3 D +	R 3 T R
46.	T 7 A D	D 8 T D+
47.	R 2 C R	D 3 D (6)
48.	D × C + (7)	

Las negras abandonan (8)

(1) La posición es ahora parecida a la que se originó en la 1.ª, 5.ª y 7.ª partidas del match.

(2) En la séptima partida, habiendo jugado Lasker 7 P 3 A D, y respondió a la jugada 8 D 2 D con un nuevo avance de P A D, ¿por qué no jugó ahora P 4 A D, ganando en apariencia un tiempo si se compara la citada partida con la presente? Es posible que Lasker haya considerado le eventualidad de una desventaja a causa de estar su torre colocada en 1 R en lugar de 1 A R; además podría haber alguna objeción.

(3) Probablemente la idea de Lasker, al jugar T 1 R, era tomar con T, pero parece que si toma con D hubiera favorecido su desenvolvimiento; a causa de este movimiento Lasker cierra por completo su juego, a tal punto que podemos decir que está jugando con muy poca ingeniosidad.

(4) Las T negras están mal colocadas, debido a que no hay probabilidades de avanzar el P A D. El único punto débil en la posición de las blancas era el P D, ahora inatacable; sin embargo sería de considerarse la amenaza de este peón, como un plan de ataque de las negras.

(5) Si 42...... D 2 R, las blancas ganarían un peón con 43 A × P R jaque, C × A; 44 D × D jaque, R × D; 45 P 5 D.

(6) Las negras están sin recursos. Pierden con cualquier cosa que juegan.

(7) Una linda combinación, pero poco profunda.

(8) Otra partida pobremente jugada por Lasker, el que en este match no ha mostrado su antiguo estilo de campeón.

Nota de la Redacción. — Estas notas corresponden a Amos Born, de «The Field».

Solución al problema número 3: R 3 D.

Soluciones. — Han remitido soluciones exactas al problema número 3 los siguientes: Rómulo L. Guillamondegui, ciudad; Alberto F. Porral, Sanatorio Santa María; Enrique Rottgardt, ciudad; R. Nieto Ortiz, San Juan; Roberto C. Domínguez, Tapalqué (F. C. S.); Arturo Landó, Gualeguaychú (Entre Ríos); Víctor Novillo, Transporte «Bahía Blanca» (Puerto Militar); Adalberto Casinelli, ciudad; Raúl de Fonteynes, Lincoln; Obdulia A. Redondo, ciudad; José Raúl Torregiani Lujan (F. C. O.); José M. Dorronsoro, Carlos Salas (F. C. O.); Zulema Cassera, Carlos Salas (F. C. O.); Manuel Giorgintti, Viamonte (F. C. P.); J. M. Herrera, Fernández (F. C. C. A.); Félix Estigarribia, Mercedes (Corrientes); Angelito Bruzzone, Lanús (F. C. S.); B. Telmo Leiva, Corrientes; Ramón José Leston, ciudad.

Desea jugar por correspondencia. — Félix Estigarribia, Mercedes (Corrientes).

CORREO

A Ramón José Leston, ciudad. — En oportunidad le complaceremos sobre la solución del problema Indiano; investigamos.

A Angelito Bruzzone, Lanús (F. C. S.). — El señor Fernando L. Bonazzi, Sarmiento, 1320, tiene un surtido completo de obras de ajedrez; él le podría informar de la publicación de las partidas que usted necesita.

Nota de la Redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre de Redactor Sección Ajedrez de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



VINO EMBOTELLADO
BENEGAS Hnos y Cía
TRAPICHE
Trapiche
RESERVA
Los Vinos de mesa
TRAPICHE
han merecido y siguen mereciendo la preferencia de los que saben reconocer los meritos de los mejores vinos.
Benegas Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744 - Buenos Aires
Unión Telefónica, 1752 y 7365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central

Necrología



Señora Josefa Millan de Galizia — Capital.

Señorita Clementina Capuano. — Capital.

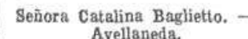


Señora Carmen Argento de Mantuano. — Capital.

Señorita María Luisa Sosa. — Capital.





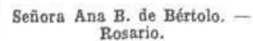


Señora Catalina Baglietto. — Avellaneda.

Señora Zulema Maimá de Brignole. — Bahía Blanca.







Señora Ana B. de Bértolo. — Rosario.

Señora Amalia Monti de Parodi. — Rosario.





Señora Rosa B. de Maifezzoni. — Rosario.

Señora Máxima J. de Najle. — Italo (Córdoba).



LLENA de maternal orgullo y rebosante de felicidad, la joven mamita sostiene amorosamente en sus brazos a su bello retoño. Su querido bebito, al criarse sanito y robusto, le brinda la infinita alegría que tanto ambicionan las madres. La MALTA PALERMO, al dar fuerzas y ánimos a la mamita durante el período de la lactancia, desempeñó un papel importante, haciendo que su hijito obtuviera los inmensos beneficios que reporta una leche sana y abundante.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

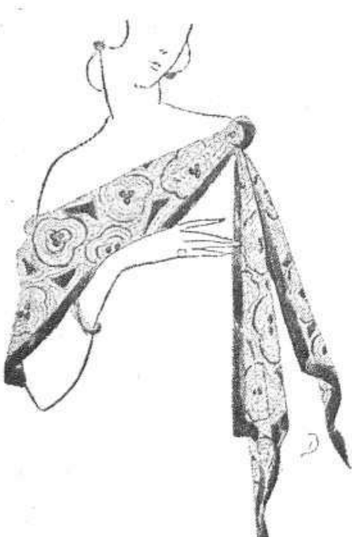


LA MODA AL DIA

Por

LUZ Y SOMBRA

LUZ Y SOMBRA



«Dama antigua sonándose». Si semejante título figurara en el catálogo de una exposición de pinturas, no podríamos pensar sino en un cuadro de arte impresionista, pues es sabido que en la vida social de todos los tiempos el acto de sonarse es considerado un gesto violento y antiestético, una pequeña y bien deplorable calamidad. La misma diferencia que hay entre el pañuelo de hombre y el de la mujer atribuye a este último una misión distinta.

El pañuelito sirve para muchas cosas útiles: prolongar el gesto de la cariñosa despedida, adelantar la bienvenida a la persona esperada y que aparece al alcance de nuestra vista, simular unas lágrimitas, tomar una «pose» después del shimmy, dejárselo robar por el joven sentimental...

La moda del día consiste en llevar el pañuelo en la muñeca, pasándolo por entre el brazo y la pulsera. Es una moda estival que triunfa actualmente al otro lado del Ecuador, y que triunfará probablemente de este lado también, dentro de unos meses.

Los viejos cofres se vuelven a abrir; las manos finas de la elegante busca en ellos, entre los encajes y los tejidos descoloridos, los preciosos pañuelos de nuestros abuelitos, pañuelos multicolores de los que otrora nos burlábamos. ¿Qué es lo que no puede hacerse con uno de esos pañuelos ribeteados? Pequeñas y deliciosas blusitas, escotes para un vestido demasiado sombrío, cuellos característicos «a la paysanne» para capas de alpaca negra. La alegría de sus colores se extiende como marejada por las calles de la ciudad — pequeños sacos de mano, adornos de sombreritos cloches — y afuera, en las canchas — atavíos a la Lenglen, cuello y bolsillos de los vestidos de tennis; — doquiera.

El pañuelo es hoy coquetería y vanidad. En los tiempos remotos fué lujo. El sudárium romano no servía más que para secarse el sudor de la cara y era seservado a las clases altas. El pueblo usaba, para el sudor y lo demás, una extremidad del vestido; así que fué recibida con emoción la generosidad de Aureliano quien, para captarse los favores del pueblo, hizo repartir unos sencillos cuadraditos de tela parecidos a nuestros pañuelos comunes.



Más tarde el pañuelo fué mensaje de amor y mascota. Los de la Edad Media, preciosamente bordados y de dimensiones importantes, se llevaban en la mano o en la cintura, y la dama lo ofrecía a su galán quien lo ataba a mitad de la manga dejándolo caer suelto, como una echarpe, hasta el suelo.

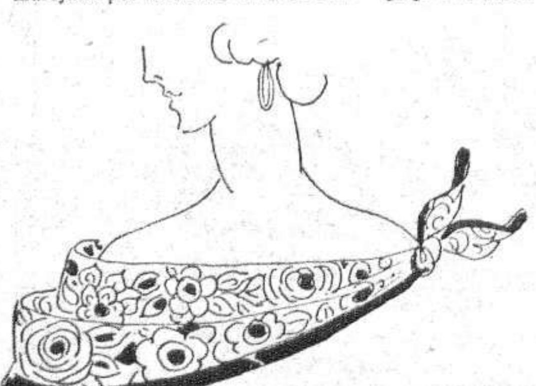
En los torneos, los paladines enarbolaban en la extremidad de su lanza el pequeño pañuelo de fina tela bordado por la dama de sus pensamientos.

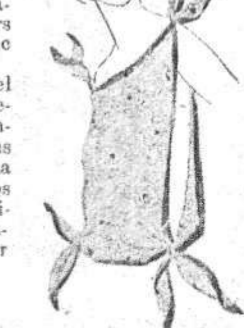
En Turquía, tiempo atrás, cuando un hombre quería preguntar a una mujer si se casaría con él, le mandaba un anillo, una moneda y un pañuelo.

También fué el pañuelo triste mensajero. Desdémona murió de mala muerte por un pañuelo... sin calcular los trastornos y los disgustos no entregados a la publicidad, y que no fueron ocasionados por un pañuelo que nosotras, u «otra» había olvidado.

Los dibujos de esos cuadraditos de tela o de seda han sufrido ellos también la influencia de los tiempos. Es por el pañuelo que sabemos que Leonardo de Vinci se ocupó del problema de la navegación aérea. Los pañuelos de hoy son multicolores, estilo cachemir antiguo; además hay los pañuelitos de cartera en colores lisos, y con una mascota y una leyenda bordadas en el ángulo: «Je meurs pour toi»; «Je t'aime, donc je suis».

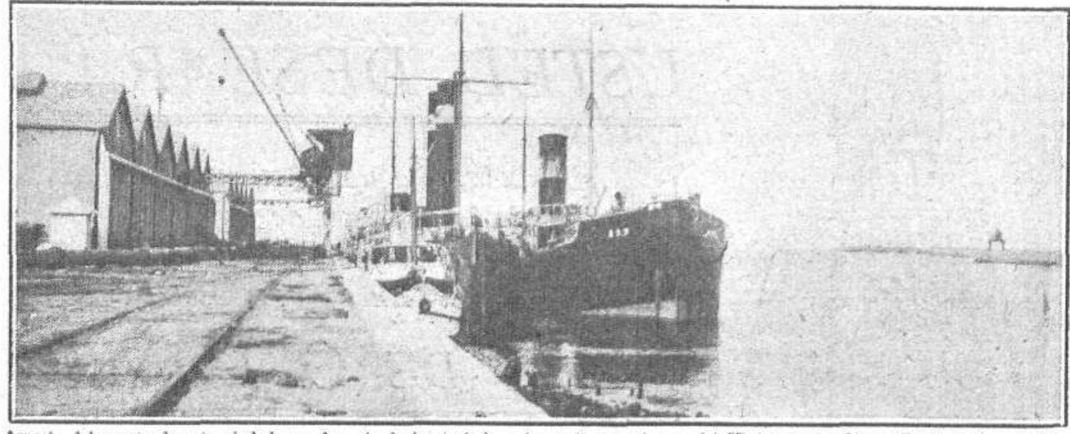
Y la elegante, con el gesto de aburrida indiferencia que indica su amplio conocimiento de las reglas sociales, se lleva la terrible leyenda hasta los labios bien pintados... quizás para asomarla al corazón... quizás para secar una gota de champán...







De Quequén



Aspecto del puerto de esta ciudad que después de los trabajos ejecutados por dragas del Ministerio de Obras Publicas ha podido dar entrada sin dificultad alguna al transporte Chubut, calando 20 pies, y que dentro de poco podrá dar cabida a cualquiera de los buques que hacen la carrera a la costa sur.

RESOLUCIÓN

Quiero vivir de un día para otro. Quiero comprender que la vida no fué entregada toda en un instante sino dividida en acciones diarias. Los años que mi existencia pueda o no durar deben dejarme completamente tranquilo, puesto que me he decidido a vivir de un día para otro.

Cada veinticuatro horas es una vida; cada noche un partir del mundo; cada mañana un resucitar. Todo es nuevo al amanecer.

La actualidad es siempre tolerable. En el presente no se comprenden las imposibilidades. El pasado y el porvenir son los que nos quieren robar la fuerza.

La pena más dura la soportamos hoy, pero el pensamiento de que volverá aquel dolor nos llena el alma de cobardía. No nos damos cuenta de que el mañana nos encontrará con nuevo vigor, mayor fuerza. Crucificamos el día de hoy entre dos ladrones: el ayer y el mañana. Todo lo más intolerable de la vida lo tomamos del ayer: el remordimiento. Del mañana buscamos la anticipación, la duda, el miedo. No es el hoy el que nos martiriza: es el ayer con sus recuerdos y el mañana con su incertidumbre.

Un día tiene 86.400 segundos; si el viejo reloj supiera que su tictac era eterno debería muy triste cumplir con su labor. Pero el buen cronómetro comprende que no hay tal cosa. Sabe que tiene un solo tictac que hacer y un solo segundo para hacerlo. En buena hora se le acaba la cuerda y los 86.400 segundos se le han pasado sin saber cómo.

El reloj lo sabe y por eso su cara está siempre tranquila. — GUSTAVO LE BON.

De San Andrés de Giles



Hermoso cuadro alegórico integrado por un núcleo de niños en el festival organizado por la señora Amalia Testoni y por el señor Horacio Ageno en beneficio del Telar de la Escuela N.° 1.

GLOSAS PARA LAS ROSAS

Esta flor merece, realmente, ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con una carrera más triunfal. En todo lo que interesa profundamente al hombre — el amor, la religión, la ley, la guerra, la muerte— se encontró siempre envuelta la rosa; y la civilización entera está saturada de su perfume. Y sin embargo no pertenece a la gran aristocracia floral, como la azucena o el loto... Sus pergaminos, sus cien pétalos, son recientes; y existen en la India, en las faldas del Himalaya, príncipes con genealogías más remotas que la de la rosa.

La rosa aparece en el mundo griego con Homero, pero aun es la rosa plebeya, silvestre, de cinco hojas, que nace en las espesuras. Sólo con Píndaro y con Arquíloco es cuando la rosa, con sus cien pétalos, ya perfecta, entra realmente en la vida de los hombres y de los dioses, y cuando inicia sus aventuras maravillosas.

Desde el siglo XIV la rosa es el adorno esencial de la reina de los Angeles. María no tiene entonces compañera más fiel ni emblema más radiante. Cuando se aparece a los hombres, las rosas nacen bajo sus pies.

Ya no son estrellas, sino rosas, las que la adornan. Al subir al cielo dejó su sepulcro lleno de rosas; y Ella es verdaderamente la rosa que renace de la muerte. — EÇA DE QUEIROZ.

Cuando uno de los dos enamorados piensa que la ruptura es posible, es porque la desea.



Antes de entrar en el mar
Eva causa sensación,
pues tiene una precaución
que en cuenta se ha de tomar.

Llega, habiéndose lavado
con **REUTER**, y es natural
que asombre con su ideal
cutis terso y nacarado.

Y luego, al salir del baño
otra mano de jabón
le evita la picazón
que siempre produce daño.

Y así, con el **REUTER**, Eva,
antes del baño y después,
de preciosa y joven, es
la que la fama se lleva.



UNA RELIQUIA DE LA VENUS DE MILO

Para CARAS Y CARETAS

Y este pedrusco? — preguntó al ver sobre aquella especie de ara, presidiendo al vasto gabinete de estudio del arqueólogo, un cacho de mármol que el husmo estético le dijo ser antiguo y clásico.

— ¿Ese pedrusco? ¿Sabes qué es? Ese pedrusco es un pedazo de las entrañas de la Venus de Milo. ¡Qué catástrofe! ¿Cuándo aquel bárbaro...?

— ¿Bárbaro? Di mejor místico. Porque fué un místico el que arrojó la bomba que la hizo pedazos. Y la bomba misma una obra de arte, y el acto de arrojarla un acto, un gesto, y él, el escultor...

— ¿El? ¡Un Eróstrato enano! Quiso inmortalizarse haciendo añicos, añicando, la divina Manca, ya que no lo lograba esculpiendo mujeres con brazos. Parece que el impío había pretendido ponerle brazos a la Diosa. ¡Figúrate, como si se tratase de un mutilado de la guerra! ¡Ponerle brazos a la Diosa! ¡Ponerle brazos a la Diosa! — Y alzaba los suyos, al exclamarlo, como buscando por encima del techo del gabinete la bóveda azul de Zeus el recogenubes.

— ¡Y una mochada de la guerra fué la Venus esa de Milo! En la guerra perdió los brazos. Brazos que parecerán un día ahora que todo lo demás está hecho trizas. ¿Y tú adquiriste esa reliquia?...

— ¡Sagrada reliquia! ¡Talismán misterioso! Sésamo del Olimpo! ¡Llave de la Belleza con la be mayúscula! ¡Aquí me encierro y contemplándola vuelvo a ver la eterna Forma, la Norma!

— Mucho mejor te habría sido comprar una reproducción en yeso, de las de vaciado. Allí persiste la forma de esa Forma...

— ¡Cállate, cállate! ¡Cierra la boca impía! ¡No blasfemes! ¡Anatema! ¡Anatema! ¡Materialista!

— ¿Materialista? ¿Materialista yo? ¡El materialista serás tú, tú!... Tú, que crees guardar algo de aquella divina Forma en ese pedrusco...

— ¡Pedazo de sus entrañas, te digo! ¡Mármol de su mármol!

Y se fué a besarlo, mas sin osar tocarlo con sus manos. A aquel jirón de la carne de la sin manos solía, con los labios era lícito, rozar.

— Ya sé, ya sé — continuó exaltándose — que a esto le llamáis superstición o superchería y que os compadecéis de nosotros los fieles, los creyentes, los devotos, los que comulgamos en el divino mármol de Afrodita, los que nos hemos repartido los añicos a que se redujo su divino cuerpo cuando aquel bárbaro de la bomba...

— Un futurista discípulo de Marinetti...

— ¡Y un eternista yo!

— ¿Es decir que la eternidad está en el mármol y no en la forma?...

— Querrás decir en la figura... Porque la figura es ficción, y la figura es de fingir, o heñir que decimos en castellano...

— ¡Ya salieron los pedruscos filológicos! ¡Mala bomba le parta a la etimología y la haga también añicos!

— Y todo eso de las reproducciones en yeso — continuó el arqueólogo, sin oír a su antagonista aliado — es cosa de ficción, de heñimiento, de modelado... La reproducción es el pecado en el arte. La obra santa es única e irreproducible. ¡Las ediciones! ¡Odio las ediciones!



— Yo no te puedo pagar veinticinco centavos del peso que te debo, pero te ruego que me des un plazo para pagarte los setenta y cinco centavos restantes.



— Querida: estoy furiosa, pues no encuentro perejil para la comida...
— Ah, ¡verdad! Tu suegra come con ustedes hoy... Y como es una lora...



Por MIGUEL DE UNAMUNO

—¿Es decir que preferirías un copo de papiro con unas letras borrosas de mano de Virgilio, pongo por poeta eterno, a una buena edición moderna de sus poemas?

—¿Y quién lo duda? ¡Tú, que no tienes el sentido de la tradición! En ese que tú llamas pedrusco palpitan para los fieles las entrañas de la Venus de Milo, mientras que en esas reproducciones de museo... ¡Si hasta están huecas! ¡Si hasta están huecas! ¡Si no tienen entrañas!

—Como las estatuas de bronce...

—¡Por eso las rechazo! ¡Bronce..., bronce..., oquedad!

—Pero es sonoro. Una estatua de bronce puede hacer de campana.

—Más dice el mármol mudo, el marmol con entrañas marmóreas.

—Y sin esqueleto. Porque la Venus de Milo no lo tenía.

—¿Que no? ¡La Venus de Milo tenía esqueleto, le tenía! Le tenía dentro de su mármol compacto. Y del esqueleto le venía su hermosura. ¿No has leído en el *Viaje a Italia* de Goethe el pasaje aquel en que éste nos cuenta cómo antes de abandonar a Roma, en abril de 1788, se fué a la Academia Luca, a ver la calavera de Rafael, el pintor egregio, que allí se conservaba, y cómo se extasió con la contemplación de aquel cráneo perfecto? «No podía separarme de su vista», dice. E hizo que el consejero palatino Reiffenstein le mandase a Alemania un vaciado en yeso de aquella calavera, cuya contemplación le siguió sugiriendo variadas reflexiones. Goethe era un hombre, como le dijo Napoleón cuando, el 2 de octubre de 1808, se encontraron cara a cara, calavera a calavera, los dos hombres. «*Vous êtes un homme!*», le dijo Napoleón, que tenía treinta y nueve años entonces, a Goethe, que andaba en los cincuenta y nueve. Y este hombre, Goethe, se preocupó de las rocas, de los huesos de la Tierra, y de los huesos, de la roca del cuerpo humano. Geología y osteología eran dos de sus estudios favoritos. Descubrió el hueso intermaxilar en el hombre y forjó la teoría del origen vertebral del cráneo humano. Y se dedicó al estudio de la escultura antigua, que es cosa de roca y de hueso. También el esqueleto es mármol. En mármol se le eterniza al cuerpo humano.

—O en bronce...

—Es más noble el mármol, cuya cal es la cal de los huesos. Y después de todo ¿qué deja el hombre en la tierra más que un esqueleto? Y por eso el triunfo del arte es la carne hecha mármol, es la carne hecha hueso. ¡Toda la Venus de Milo era esqueleto!

—¿Hasta el traje?

—¡Hasta el traje! Hasta el paño que le cubría las piernas. Era un traje marmóreo, óseo. Y era un cuerpo macizo, no hueco, no como una reproducción en yeso, no como una estatua de bronce.

—Pero el bronce es sonoro...

—Sí, si le hieren o si tiene, como la campana, un badajo, una lengua también de bronce...

—La Venus de Milo no tenía lengua...

—¡Ni la necesitaba! Porque hablaba a los ojos, hablaba con su cuerpo todo macizo, hablaba con sus huesos de mármol revestidos de carne de mármol, hablaba con sus ojos sin pupilas...

—Ojos que no miran...

—¡El divino oficio de la Venus de Milo no era mirar, sino ser mirada! Y al que la sabía mirar le miraba ella; le miraba con todo su cuerpo, con toda su carne de mármol. Y mirándole infundíale el más alto conocimiento.

Y cogiendo el pedrusco de mármol lo besó reverentemente y con lágrimas en los ojos.



Cleopatra (disolviendo su collar de perlas). — Veamos si hay alguna falsa...

De Hinojo (F. C. S.)



Los compañeros ferroviarios celebrando el 36.º aniversario de la Fraternidad y el 3.º de la Confraternidad.

EN EL VALLE DE LOS REYES

Una serie de fotografías llegadas recientemente a Nueva York demuestra que la tumba de Tutankhamón se encuentra separada de la tumba de Merneptah, a quien al principio los egiptólogos tenían por el «faraón del Exodo». El valle de los reyes es una región árida, de piedras calizas, desprovista de toda vegetación: los caminos y las sendas abiertos por los europeos son de tierra mezclada con creta. El valle fué elegido para cementerio de los reyes a causa de su ubicación, pues los monarcas de las dinastías décimoséptima y décimooctava prefirieron tener en aquel lugar su cementerio para que las tumbas no fuesen robadas.

Las investigaciones para dar con la tumba de Tutankhamón se iniciaron, hace siete años, por Mr. Soward Carter y por cuenta de lord Carnarvon. Como los trabajos se prolongaban durante meses y meses, lord Carnarvon estuvo a punto varias veces de abandonar la expedición, pero Mr. Carter lo instó a que la continuara.

CONTRASTES

Este viejecito que veis aquí es un hombre activo que estudió y trabajó toda la vida y que ha llegado a viejo casi sin darse cuenta.

El tiempo ha sido siempre para él breve, los días cortos, la vida ligera, porque supo trabajar siempre con alegría y con fe.

En cambio este joven es un perezoso incorregible que se aburre, que no sabe ni quiere hacer nada, y a quien se le antojan las horas meses, los días años y los meses siglos.

La vida sin trabajo y sin un fin no vale la pena de vivirse.

Diálogo entre insectos



***Las Abejas.*—¿Dónde están las flores que exhalan este perfume?**
***Las Mariposas.*—Es sencillamente esta joven cuyo aliento está perfumado por usar el Dentol.**

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

Un brindis original



—Pues me parece que Vd. olvida su régimen... ¿Que tal va de la gota?
—¡Se fué, gracias al "Omagil"! Brindemos por el "Omagil".

El **"OMAGIL"** (licor o píldoras), tomado a la mitad de las comidas, a la dosis de una cucharada de licor o de 2 a 3 píldoras, basta para calmar muy rápidamente los dolores reumatismales así como los más crueles y más antiguos y los más rebeldes a los demás remedios; cura las neuralgias las más dolorosas en cualquier lugar que sea: las costillas, los riñones, los miembros o la cabeza, y alivia los sufrimientos tan penosos de los ataques de gota. En venta en las principales Farmacias.

Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

Cuadro alegórico "La Patria y sus ideales" integrado por distinguidas señoritas de la localidad en la fiesta patriótica realizada en el Teatro Español el día del 107.º aniversario de nuestra independencia.

Para su
Protección.

"El Arma de la Ley y del Orden"

Su hogar es digno de la segura protección que le ofrecen una Pistola Automática COLT ó un Revólver COLT.



COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Conn., E. U. de A.

ARMAS DE FUEGO

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECTIFICACION DE CORRIENTE ALTERNA

Se vió anteriormente la forma de obtener una corriente continua perfectamente constante por medio del denominado «filtro para corriente», que si bien es cierto que tiene un papel muy importante con el uso de corriente continua, producida por dinamos, adquiere una importancia capital cuando se emplea para la obtención de una corriente constante después de haber sido rectificada.

Veamos como se obtiene esta rectificación empezando por un sistema que es quizás el más conocido: la rectificación con lámpara para cargar acumuladores como emplea el conocido *rectificador Tungar*.

La figura adjunta muestra el circuíto empleado, en el cual se hace uso de un transformador a fin de disminuir la tensión y obtener de esta manera y con el mismo consumo de energía una corriente de carga mayor, entendiendo que estos aparatos están construídos para emplear con la corriente de canalización.

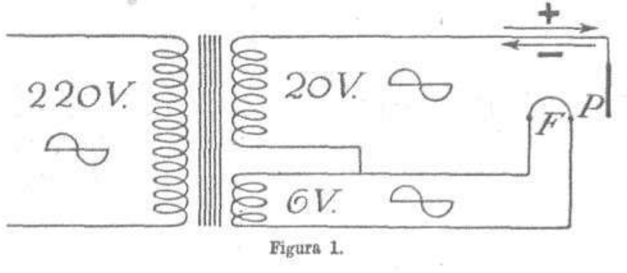


Figura 1.

El bobinado A es el primario y se conecta a la red de alumbrado de 220 volts alterna, por ejemplo, y el bobinado B y C son los dos secundarios, utilizándose el primero para la alimentación de placa, obteniéndose una tensión alternativa de 20 volts, y el segundo para la *alimentación del filamento* de la lámpara rectificadora a la tensión de 6 volts.

Se comprende fácilmente que, como se indica en el dibujo por medio de flechas, sobre la placa se aplicará sucesivamente una tensión positiva y negativa un número de veces por segundo igual al número de períodos de la corriente alterna de que se hace uso.

Estando encendido el filamento de la lámpara y habiendo sido hecho un vacío elevado, el filamento, igual como ocurre con una lámpara audión de recepción o de transmisión, emite electrones, poseyendo en general las mismas características que éstas.

Sabemos que por el circuíto de placa circula una corriente cuando entre el filamento y la placa existe una determinada corriente que varía con las características de la lámpara siempre que el potencial de la placa sea positivo.

Luego, cuando la placa sea positiva, se producirá un paso de electrones, y cuando la placa sea negativa este paso no se producirá y no circulará corriente por el circuíto de placa. Si representamos gráficamente la corriente obtenida, esta representación será semejante a la de la figura N.º 2, en la que se representa en A las diferencias de tensión aplicadas sobre la placa, considerando que la parte superior corresponde a las positivas y la inferior a las negativas.

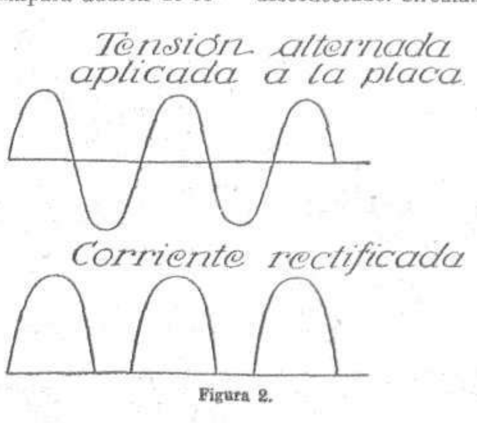


Figura 2.

En la parte inferior vemos el gráfico de la corriente rectificada, es decir ha circulado una corriente por el circuíto de placa solamente cuando se aplicaban tensiones positivas sobre la placa, habiendo desaparecido las correspondientes a la parte inferior o negativa.

Se comprende que circulando la corriente ahora en un solo sentido se ha obtenido una rectificación de la misma que puede ser empleada para distintos fines, como cargar acumuladores o producir la tensión necesaria para el circuito de placa de un transmisor. Para la carga de acumuladores se utilizan lámparas especiales que permiten pasar una considerable corriente en el circuíto de placa permitiendo la carga hasta con una corriente de 6 amperes.

Existen otros tipos de rectificadores que se irán detallando sucesibamente para que el aficionado tenga oportunidad de elegir aquel que más se adapte a su estación o medios de costrucción, pero debe indicarse que todos funcionan sobre la misma base. Un sentido de la corriente alterna se pierde y sólo se utiliza el otro, aunque, sin embargo, para la alimentación del circuíto de placa de los audiones transmisores puede emplearse un dispositivo que permite rectificar los dos sentidos de la corriente, obteniéndose una tensión muy constante que cuando se utiliza en ondas continuas es difícil distinguir si se emplea este sistema o un dínamo.

Refiriéndonos a la carga de acumuladores, que es el sistema más sencillo desde el momento que no son necesarios los filtros, los rectificadores que se emplean además del Tungar es el mecánico y el electrolítico. El mecánico consta de un electroimán que actúa sobre una palanca que gira en su parte media y dispuesta de tal manera que sus dos extremidades entran en contacto con un punto de la red, de manera que cuando se conecta un punto el otro está desconectado. Circulando la corriente alterna por el bobinado del electroimán, la palanca es atraída rápidamente y un número de veces por segundo igual al período de la corriente.

Las conexiones quedan dispuestas en forma tal que un punto del circuito de alimentación se conecta sucesivamente a una extremidad del secundario del transformador cuando esta extremidad es positiva, de manera que estando siempre el positivo en ese punto, tanto para un sentido de la corriente del secundario como para el otro, la corriente obtenida circula en un mismo sentido.

Este tipo de rectificador permite obtener muy buen rendimiento, pero en general está fuera del alcance del aficionado en lo que a su construcción se refiere, pues debe ser construído con precisión.

El rectificador electrolítico es el más sencillo para construir y permite obtener muy buenos resultados; será tratado con detalle en un próximo artículo.



Animado grupo formado por la sección juvenil, o sean los canillitas, de "Los Difundidores de la Prensa" en la celebración del 6.º aniversario de la fundación de la sociedad, en la cancha de Newell's Old Boys.



PERFUMES

DE LUJO

"CHAMINADE"
"MYSTÉRIEUSE"
"TRIOMPHE"
"NOCTURNE"
"SÉRÉNADE" y
"NUIT DE CARNAVAL"
(novedád)

Los Perfumes Morny son usados por las Cabeceras Sociales, en todos países, debído á su originalidad y á sus hermosas y persistentes fragancias.

Se venden exclusivamente por los comerciantes en perfumería de alta clase:
POR MAYOR.- SUCESION DIEGO GIBSON
DEFENSA 192 — BUENOS AIRES
REPRESENTANTE:- J. M. DENOVAN
SAN MARTIN 233 - BUENOS AIRES

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.



Los Pilares del Exito

alcanzado en todos los países del mundo por la máquina de escribir «CORONA» los constituyen principalmente sus características, que hacen de esta máquina una de las verdaderamente modernas, puesto que para serlo no le falta ninguno de los requisitos: impresión nítida, escritura siempre visible, teclado universal de teclas bien separadas, cinta de dos colores y automáticamente reversible, tecla de retroceso, y una línea de escritura que **permite escribir en una misma línea una cantidad de letras mayor que con cualquier otra máquina portátil.** Y si a esto se agrega que la Nueva «CORONA» es una máquina plegadiza, liviana y muy veloz, fácilmente se comprende como son, de día en día, siempre más numerosos aquellos que se deciden a adquirirla.

Venderemos a Vd. una Nueva «CORONA»

por sólo **$ 195** papel

(con un descuento del 10 % si comprada al contado).

Diríjase al Agente de la «CORONA» en su pueblo, solicitándole que le muestre una máquina y que le explique el sistema de **ventas en 10 mensualidades,** o si no diríjase personalmente, por carta o por teléfono, a nuestra Casa Central.

Necesitamos Agentes Activos

en las Localidades donde aun no tenemos representante.

Cía LA CAMONA

39 - MAIPU - 43

BUENOS AIRES



Nueva comisión de "pista" de metódromo clasificando los premios que se han de otorgar en la gran carrera próxima a celebrarse.

Banquete dado por el Centro Productores de Leche inaugurando su local propio.



La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la

Casa Izquierdo
CARLOS PELLEGRINI, 490

dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.



NUESTRO REGALO

«Pictorial Review»
del mes de
Agosto de 1923
GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el mode de este precioso vestido de gran moda en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Agosto de 1923.**



Ofrecemos hoy nuestro último modelo de Faja de pura goma para adelgazar.

La incomparable silueta que dibuja y el armónico conjunto de arte y perfección que impera en este modelo, revela un elevado exponente de la elegancia en su más alto grado. Se amolda al cuerpo como un guante y lo transforma en un dechado de perfección.

La confeccionamos sobre medida con el más puro cauchú (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda por....... $ ***35.-***

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 4913, Libertad



VARIAS POESIAS

SALTEÑA LINDA...

I

Acercate a mi lado,
Vení salteña;
No importa que se enoje
La cordobesa.

II

No importa, si se enoja
Peor para ella;
Con cara de enojada
Queda muy fea.

III

Arrullo de calandria
Su voz imita;
Y son rojos tus labios
Como las guindas.

Más ricos son tus besos
Que chirimoyas;
Y, cual caña de azúcar,
Dulce es tu boca.

Tu aliento es de azahares
Y son, salteña,
Tus ojos misteriosos,
Como las selvas.

Esto que a ti te digo,
Linda salteña,
Jamás de mí lo ha oído
La cordobesa.

EDUARDO R. ROSSI

NOCTURNO 5.º DE CHOPIN

Noche, campana
del infinito,
con tu badajo
áureo: la Luna
y tu plateada
soga de estrellas,
el campanero
del alma mía
te hace sonar.

Y sobre escalas
de amor y muerte:
el *do*: belleza,
el *re*: misterio,
el *mi*: ternura,
el *fa*: deseo,
el *sol*: angustia,
el *la*: tristeza,
el *si*: dolor,

cantas: Poeta
la vida es triste:
¿Para qué vives?
Amor es triste:
¿Para qué amas?
El sueño es dulce:
¿Por qué no sueñas?
La muerte es dulce:
¿Por qué no mueres?
¡Morir!: ¡Soñar!

Noche, campana
del infinito,
con tu badajo
áureo; la Luna
y tu plateada
soga de estrellas,
el campanero
del alma mía
te hace sonar...

MAYORINO FERRARIA

¡PATRIA!

Inédito y premiado en los Juegos Florales internacionales de normalistas celebrados en esta ciudad a fines del año pasado.

Todo mi amor para mi patria diera:
Sueños y afanes, líricos desvelos,
Emoción y sentir, puros anhelos...
¡Mi propia vida por su bien rindiera!

Todo mi amor para su azul bandera
Que es un trasunto de sus claros cielos;
Mientras por ella en mi alma, nobles celos,
Florezcan en perpetua primavera...

¡Oh Patria amada! Síntesis de bienes
Que glorifican tus augustas sienes
Y al mundo ofrecen su calor fraterno...

¡Oh Patria! bella, concreción de ideales
¡Oh Patria de los héroes inmortales
¡Sea tu avance esplendoroso... ¡eterno!!

Por MARIA ELENA SHEAHAN

Especialidades de la Casa América



Un rostro bien afeitado es exponente de distinción. Si usted se afeita solo, use la máquina

"GEM"

y comprobará con satisfacción, que por delicado que sea su cutis, las filosas hojas de la máquina dominan la barba más dura sin irritarlo.

OFERTA ESPECIAL

POR SOLO **$ 6.50** remitimos con porte pago a cualquier punto de la República un equipo completo **GEM**, compuesto de una maquinita, 6 hojas de acero adamascado y un elegante estuche.

Solicitamos agentes en todas las localidades de la República.

Gran catálogo N.º 28 de máquinas GEM de lujo y accesorios remitimos gratis.

Nuestras CUERDAS ARMONICAS

darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a...... **$ 2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. **$ 3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a...... **$ 4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ 10.— Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro, con mosaico	....	**$ 12.—**
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal, con cenefa	....	**» 17.—**
N.º 3002. — En nogal, con incrustaciones de nácar	.	**» 25.—**
N.º 3021. — Guitarra de concierto	....	**» 36.—**

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23 enviando $ 0.20 en **estampillas.**

APARECIO EL

NUEVO METODO "AMERICA" Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles.

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$18

El método solo, $ 1.50

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes,** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Cuerdas para toda clase de instrumentos. Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.



N.º 4100 bis.—**Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a......... **$ 38.—**

N.º 4102 bis. — Violín de salón, completo, con estuche, arco y pez, a............... **$ 45.50**

N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y **pez**, a............ **$ 53.—**

Otros **modelos** desde **$ 25.—**. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis.)

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio....................	**$ 1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata..	**» 2.60**
Encordado **"Concertola"** de gran concierto, 4.ª de plata	**» 3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez......	**» 7.50**



Av. de Mayo 979

BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales. No cerramos los Sábados



VILLA CONSTITUCION. — El R. P. Daniel Suárez rodeado por un grupo de amistades que lo hicieron objeto de una manifestación de afecto por su digna actuación al frente de la parroquia desde el año 1912 y por sus virtudes personales.

EL FRIO Y LOS ÁRBOLES FRUTALES

En la Estación Experimental de Agricultura de Utah se han llevado a cabo detallados experimentos para observar la resistencia al frío de los brotes de diferentes árboles frutales.

Para ello se han servido de nuevos aparatos y de una especie de grandes cámaras de hierro galvanizado, formadas por dos medios cilindros montados en ruedas y un techo de hierro de tamaño suficientemente grande para que un árbol frutal en completo desarrollo pueda ser encerrado en el aparato.

El aire que envuelve al árbol se enfría por medio de mezclas frigoríficas, y un ventilador eléctrico lo distribuye para que la temperatura sea uniforme alrededor de todas las partes del árbol.

Las temperaturas, tomadas por termómetros de mínima y por termógrafos, se registran constantemente para hacer más tarde la comparación.

Varios árboles con brotes fueron expuestos durante varios períodos de tiempo a diversas temperaturas de heladas más o menos fuertes, y los frutos producidos por estos árboles en ensayo se compararon en el otoño con los frutos producidos por los árboles contiguos no sometidos a las temperaturas artificiales.

La Estación Experimental de Agricultura de Utah ha editado un Boletín en el que da los curiosos resultados de estos experimentos.

La mujer es, en último resultado, el móvil de todas nuestras acciones.



Dulce
Crema de Leche
"GRANJA BLANCA"
Sano y
Nutritivo







El director de la Cárcel Penitenciaria de la Capital, señor Vicente Pinasco, rodeado por el personal de dicho establecimiento el día en que se festejó el tercer aniversario de su dirección.

EL TRABAJO OBLIGATORIO

El gobernador general francés de Madagascar, pensando que la guerra ha hecho imperiosísima la necesidad de que todos produzcan, acaba de crear un impuesto sobre la ociosidad. Antes de esto trató de convencer a los habitantes de la colonia respecto a la santidad del trabajo; pero nadie trabajaba. El trabajo sería, como opinaba el gobernador, una obligación social a la que nadie tenía derecho a substraerse. Así y todo, eran muchos, muchísimos, los que se substraían, y el gobernador bien hubiera querido imponer el trabajo obligatorio.

Como esto no estaba en sus facultades, ideó el impuesto de que venimos hablando. A cada europeo domiciliado en Madagascar se le exigen doscientos cincuenta días de trabajo por año, y a cada indígena ciento ochenta. El que no trabaje sus ciento ochenta o sus doscientos cincuenta días paga un impuesto bastante serio por cada día de falta. Como es natural, se exceptúan de este gravamen los niños, los ancianos y los enfermos.

¿Qué diría — se pregunta en vista de esto un periódico — Alfredo de Musset, que celebraba en tan bellos versos el placer de no hacer nada y llamaba a los perezosos gentes preferidas de los dioses?

Los perezosos tendrán el amor y la preferencia de los dioses; pero el fisco, por lo menos en Madagascar, ha comenzado a perseguirlos.

TOS

Vd. debe evitar y combatir las afecciones a las vías respiratorias con medicamentos realmente eficaces.

Pruebe las Pastillas y Jarabe

DASAC

En venta en todas las farmacias.



PASTILLAS, la caja, **$ 1.—**
JARABE, el frasco, **$ 1.20**



Tónicos...

Muchos serán los que pueda proporcionarle su farmacéutico, pero si Vd. desea uno eficaz, exija

DINAMOFERRIN
FLINDT

Enriquece la sangre en glóbulos rojos, nutre los nervios, da fuerza a los músculos y vigoriza las energías del cerebro.

CONSULTE A SU MEDICO

En todas las farmacias. $ 3.20 el frasco.

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. MITRE, 2176 — BUENOS AIRES



El Alimento Supremo

El QUAKER OATS es el más completo de los alimentos que produce la tierra, rico en los 16 elementos requeridos; dos veces más valioso que la carne y supera al arroz en más de tres veces en elementos que forman el organismo.

Para los niños nada puede substituirlo.

A los adultos les da sangre buena y rica, energía y gran vitalidad.

Su médico conoce el valor del QUAKER OATS como alimento para los inválidos, para crear fuerzas.

El QUAKER OATS es alimento de avena de la mejor calidad. Tómelo usted todos los días durante un mes. Observe cómo mejoran los que lo toman y el vigor y la vitalidad que proporciona a los viejos y a los jóvenes.

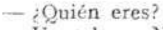
El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



JARDIN ZOOLOGICO DE CONSTANTINOPLA



POR ARCADIO AVERCHENKO

Un amigo mío, a quien encontré en la calle, me preguntó:

— ¿Quiere que visitemos el Jardín Zoológico?

— ¿Acaso hay uno en Constantinopla? — repliqué.

— Sí, y bastante variado.

— Con mucho gusto, pues adoro los animales.

— Bueno, entonces vamos. Esta es precisamente la hora en que les dan de comer.

Soy un hombre ingenuo, pero no hasta tal punto que no pueda distinguir un jardín zoológico de un restaurante. El lugar adonde me llevó mi amigo era un restaurante muy decente, pero, al menos a la vista, no contenía animales, salvo los que estuvieran servidos en los platos.

— ¿Por qué me está embromando? — pregunté a mi compañero con un tono severo. — ¿Dónde están los animales?

— Paciencia, no se enoje, amigo — me contestó sonriendo. — Le aseguro que éste es el Jardín Zoológico de Constantinopla o, por lo menos el Panóptico o lugar desde donde podemos ver a nuestro gusto. Cada tipo de los presentes es un raro ejemplar zoológico. Observemos.

— Por ejemplo: ¿qué tiene de particular aquel rubio con la corbata color violeta?

— ¡Oh! ¿El de la esquina? ¡Si es un tipo lo más interesante! Logró pasar tres años en Rusia como prisionero de guerra.

— ¿Y qué tiene de raro esó? ¿Es alemán?

— No; es ruso.

— Pero ¿luchaba como soldado del ejército alemán?

— No; como soldado de las tropas rusas.

— Entonces es verdaderamente algo raro. ¿Un ruso que ha sido prisionero de guerra en Rusia? Tal vez miente.

— No; conozco bien el caso. Siendo soldado ruso, este señor fué enviado a las primeras filas. Ya sabe usted cómo era la vida allí: el hombre tenía que soportar el frío y el hambre, y a cada momento correr muchos peligros; naturalmente, todo eso le infundía miedo. Una vez, de noche, cuando tuvo que ser centinela y quedó solo sin ningún amparo contra los austriacos, un miedo atroz se apoderó de él; tiró su fusil y echó a correr. De repente tropezó con algo que resultó ser el cadáver de un austriaco. Entonces lo desvistió, se puso todas las ropas del muerto, tomó sus armas y se dirigió con el paso firme hacia el estado mayor del regimiento ruso. Allí lo interrogaron.



— ¿Quién eres?

— Un eslavo. No tengo ganas de pelear contra los rusos porque los quiero mucho. Llévenme como prisionero.

Lo convidaron con «vodka» (aguardiente ruso) y lo transportaron a Siberia, al campo de internación, donde pasó tranquilamente tres años.

— Sí... Es un animal raro. El jardín zoológico que usted me ofrece parece ser interesante... Y ¿quién es aquel ave negra?

— ¡Oh!, a ese se le puede determinar con dos palabras. Y ni siquiera hace falta decirlas, sino sencillamente enseñar su tarjeta de visita.

Mi amigo se acercó sin preámbulos al señor morocho y vestido con mal gusto, le pidió su tarjeta de visita y volvió a nuestra mesa sonriéndose.

— Aquí tiene una característica que consiste en dos palabras: «Cristóbal Cristolidis, comisionista de diversiones».

Me quedé atónito.

— ¿Acaso existe semejante profesión?

— Evidentemente que sí.

— Pero, dígame, ¿qué placer puede procurarme este «comisionista de diversiones»? Mi mayor placer es acostarme y leer los cuentos de Andreiew o de Kuprin. Entonces, si utilizara los servicios de él, ¿se sentaría al lado mío y me los leería para mayor comodidad mía?

— No — contestó mi amigo riéndose. — Las diversiones que proporciona este comisionista no tienen carácter tan... bucólico... Le diré al oído su especialidad.

— Puesto que usted quiere decírmelo al oído, ya me doy cuenta de qué se trata: ¡Qué tipo! Tiene una cara sumamente antipática. En cambio aquel señor que está sentado en el rincón posee un aspecto muy decente.

— Ya lo creo; como que es empresario de Chaliapín.

— ¿Viaja con el famoso artista?

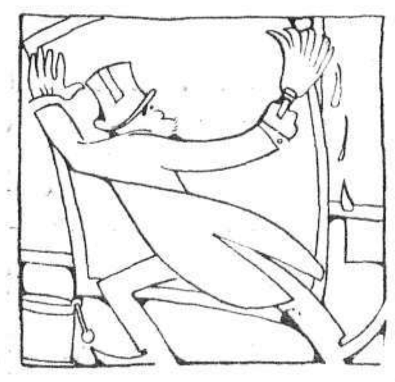
— Nunca.

— ¿Y cómo acaba usted de decir que era su empresario?

— Vea usted. Este señor en todas las ciudades organiza famosos conciertos de Chaliapín, pero le falta siempre un pequeño detalle: la presencia del artista.

— Entonces es un estafador y merece ser llevado preso.

— ¿Por qué? El sabe arreglar las cosas de un modo más legítimo. Por ejemplo, llega a una ciudad de provincia y coloca carteles: «En bre-



ve dará en esta culta ciudad un sensacional concierto F. Chaliapín». El público se apresura a comprar entradas, pero un cartel en la boletería avisa: «Se agotaron las localidades». Todo el mundo está desesperado, sintiendo en el alma perder tan artístico espectáculo. En eso aparece este mismo tipo y comienza a murmurar al oído de diversas personas: «Tengo unas entradas de 10 rublos, pero no puedo venderlas a menos de 15». «Véndamelas, por favor; le tomo las que quiera». De tan fácil manera vende todas las entradas a precios elevados. Al día siguiente aparece otro cartel avisando al público que: «A causa de la enfermedad del señor Chaliapín el concierto se suspende. El dinero se devuelve en la boletería del teatro contra presentación de las entradas».

Efectivamente, se devuelve a cada uno el valor de la localidad. Pero la mayoría ha pagado sobreprecio y, naturalmente, ha perdido su dinero.

— Confieso que sus «raros ejemplares zoológicos» me inspiran horror y al mismo tiempo curiosidad — dije a mi interlocutor. — ¿A qué clase de animales pertenece aquel gordo con la cara mal afeitada y sin expresión?

— ¡Oh!, ese es el psicológo más refinado que haya producido el mundo. Por su capacidad de penetrar hasta el fondo del alma humana se asemeja a Dostoyewsky.

— ¿Es un escritor?

— ¡Qué esperanza! Es más.

— ¿Pues qué es entonces?...

— Este señor camina por la calle de Pera (la calle principal de la parte europea de Constantinopla) y con su mirada escudriñadora examina las parejas que se pasean. Cuando ve a un joven que va murmurando en voz baja al oído de una joven compañera, se le acerca y le dice con delicada corrección:

— ¿Me permite dos palabras, caballero?

— A sus órdenes — responde con sorpresa el interrumpido. Y cuando el enamorado se aparta de su dama, nuestro «psicólogo» le dice al oído, con un acento muy expresivo, solamente cinco palabras.

— ¿Qué palabras?

— «Una lira o una bofetada».

El enamorado calcula durante un momento; contempla el gesto decidido del original pedigüeño; si no le da el dinero, el tipo sería capaz de darle la bofetada prometida y en tal caso ¡qué papelón en presencia de su amada! No le queda, pues, otro remedio que sacar la cartera y darle una lira al bribón. Después de haberse alejado el «psicólogo», saludando muy satisfecho, la señorita pregunta al joven: «¿Quién es ese caballero?» «Es un amigo mío que se halla en un momentáneo apuro. Su novia está enferma y tuve que socorrerle; el pobre me da mucha lástima». «¡Qué corazón tan generoso tiene usted!» — susurra la niña, mirando a su interlocutor con los ojos rebosantes de cariño.



Entretanto, el «psicólogo» sigue caminando y acechando a las parejas que le parecen propicias para repetir la operación.

Miré al bribón con gran curiosidad. La expresión de su cara ingenuota demostraba con elocuencia no haber dado muchas bofetadas. Más bien que las habría recibido frecuentemente.

— Ahí tiene otros dos ejemplares — prosiguió mi amigo con el tono de un guía de museo; — pero antes de explicarle sus caracteres quiero mostrarle una carta.

Acto seguido me dió a leer la siguiente esquela:

«Le escribe una mujer a la que usted no conoce, pero que está locamente enamorada de usted. ¡Oh! ¿qué es lo que ha hecho usted conmigo? Soy joven y, según dicen, muy linda; tengo muchísimos adoradores, pero no quiero ver a nadie desde el momento en que lo vi a usted, dulce y ansiada esperanza mía. Quiero hablarle a solas. Espéreme mañana en el restaurante «Elefante» con una botella de «Cordon Vert», la que beberemos juntos. Y luego...

Siempre suya, L. N.»

— Dichoso de usted — dije con envidia. — ¡Cómo lo quieren las mujeres!

— ¡Qué demonios me han de querer, hombre — me contestó malhumorado mi amigo y confidente. — Pasé más de una hora como un imbécil en uno de los reservados del restaurante, me tomé toda la botella de champagne y después de dos horas me fuí completamente decepcionado.

— Seguramente fué su marido de ella el que no la dejó ir — dije yo para consolarlo.

— ¡Buena disculpa sería! Resulta, como lo supe más tarde, que la carta fué escrita por aquellos dos tipos. Véalos.

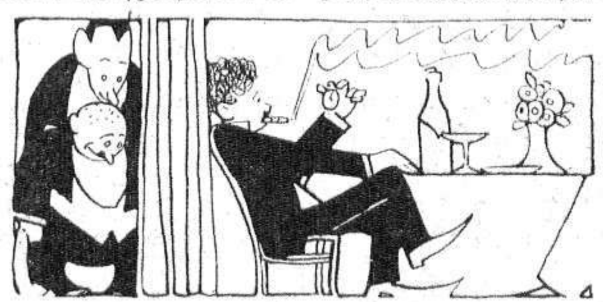
— Pero si son dos hombres — repliqué asombradísimo.

— Sí; son los propietarios del restaurante «Elefante». Ellos mandaban como veinte esquelas por el estilo diariamente a otros tantos candidatos y de este modo atraían el público a su negocio.

Al mirar a los ingeniosos propietarios del «Elefante» me fijé que uno de ellos reflejaba en su cara una dulce y suave expresión como las que suelen tener los presidiarios encerrados por falsificadores y fulleros.

— Sí — pronuncié pensativo. — Verdaderamente el Jardín Zoológico de Constantinopla es uno de los más raros que en mi vida he visto.

Salimos a la calle, me despedí de mi amigo y luego me encaminé hacia mi casa lleno de sentimientos confusos acerca de los animales y de los hombres.



TRADUCIDO DEL RUSO POR R. L. DE DORFMAN

DIBUJOS DE MACAYA.

De Córdoba



HUINCA RENANCO. — Señor Antonio Gómez, que obtuvo el premio otorgado al jinete que presentase su cabalgadura mejor enjaezada en fiestas patrióticas llevadas a cabo en esta localidad.

UNA QUEJA DEL KAISER Y UNA FRASE DE VAUGHAN

Con motivo de la muerte del más grande orador popular de nuestros tiempos, el padre Vaughan, la prensa londinense recuerda algunas anécdotas de su vida.

Durante la guerra se entregó con todo el fuego de su temperamento a la predicación patriótica. Llegó al punto de criticar abiertamente la proposición de paz del Vaticano. El káiser se quejó a Roma porque el ardoroso jesuita lo había llamado «Napoleón de galvanoplástica». Llamado al orden, el jesuita se excusó por haber ofendido a... Napoleón.

Un día tuvo la audacia de decir desde el púlpito: «Ahora lo que debemos hacer, sobre todo, es matar el mayor número de alemanes».

Eran los tiempos en que se hablaba de la guerra de aniquilamiento. Los protestantes se escandalizaron de la frase por haber sido ésta muy cruda, pero al final de cuentas la lógica por esta vez estaba de parte del jesuita.

Quiso morir en el colegio de los Jesuitas de Rochampton, donde había hecho su noviciado. «Quiero acabar donde comencé, dijo al llegar a Rochampton. Vuelvo al viento».

Creer en algo, aunque sea en un error, es preferible a no creer en nada.

¡Oh, ilusión! ¡Cuán hermosa eres y qué pronto te desvaneces!





HUINCA RENANCO. — Señorita Eloísa Riesco rodeada por un grupo de distinguidas señoritas que le ofrecieron una demostración de aprecio con motivo de su próximo enlace.

LO QUE VA DE LA SEMANA

ELIXIR DE LARGA VIDA

Filosofemos vulgarmente, ahora que están de moda los injertos del sabio Voronoff. ¿Quiere? Para prolongar nuestra juventud... Conocemos el sistema para criar gallinas, fomentar cruzas que den por resultado el desarrollo de una determinada raza, según que queramos conseguir carne fina o abundantes huevos; sabemos criar caballos y vacas; pero de la «cría» del hombre conocemos muy poco todavía, a pesar de las sensacionales experiencias de que nos habla el cable. Nos dejamos guiar por la pasión o por el deseo de enriquecernos cuando nos casamos... Los antecedentes de familia no tienen importancia.

— No es eso... Ya sé que los matrimonios se hacen sin tantas teorías... Sin embargo, me parece que hay una juventud preciosa...

— ¿Entre las mujeres?

— Y entre los mozos también...

— No olvide usted que la cifra de los inservibles para la conscripción es bastante crecida.

— Bueno, porque ellos mismos se echan a perder con los abusos... Pero eso no tiene nada que ver con los padres... Lo que quería saber yo era si es posible conservarse jóven, mantener el vigor...

— Claro que es posible. Es suficiente cuidar nuestro cuerpo por lo menos con la misma prolijidad con que cuidamos una máquina de coser o de escribir.

— Eso es lo que quiero saber... Qué medidas hay que tomar... porque cuidados los prodigamos todos a nuestro cuerpo. La higiene en Buenos Aires se ha generalizado.

— Sí, pero no es eso, mi querido amigo. No se trata de lavarse, bañarse, cepillarse los dientes y qué sé yo... Se trata de disminuir la cantidad de materias calcáreas que endurecen nuestro organismo. Un niño se calcula que tiene huesos en los que entran tres partes de materia gelatinosa y una calcárea; en el hombre viejo la proporción es inversa. De ahí que los huesos de un viejo, si se rompen, difícilmente se pueden componer como es debido, mientras un chico se arregla en pocos días y lo más bien.

— ¿Y de dónde viene esa abundancia de cal?...

— Todos los sólidos que se encuentran en el cuerpo humano provienen de la sangre que nutre todo el sistema, y como la sangre se forma con la alimentación, hay que convencerse que ese exceso de cal lo produce la alimentación...

— Hombre, pero de alguna manera hay que alimentarse...

— Sí, señor; pero resulta que la alimentación conserva el organismo y al mismo tiempo lo destruye.

— ¿Pero está probado eso o se trata de una de tus acostumbradas?...

— El análisis ha demostrado que la sangre arterial que viene fresca, pura, colorada del corazón, contiene mayor cantidad de materias calcáreas que la sangre venosa que trae consigo las impurezas de todo el sistema orgánico.

— ¿Y eso que quiere decir?

— Quiere decir que la corriente que vivifica el organismo, que lo recorre todo para llevar a donde se precisa el material de reconstrucción y conservación, es al mismo tiempo una corriente que trae la muerte, porque a cada vuelta completa alrededor del cuerpo deposita una cantidad de substancias que endurecen el sistema...

—¿Y entonces cómo hay que hacer?... ¿Comer poco?

— No podemos privarnos de la alimentación, pero debemos conducirnos de manera que nuestro cuerpo reciba la menor cantidad posible de materias que dejan excesivo depósito calcáreo... Para que el fuego funcione bien hay que eliminar la ceniza...

— Pero, en fin, ¿quieres decirme de una vez y sin tantas vueltas lo que se debe hacer?

— Una de las causas principales de nuestra calcificación es el agua...

— ¡Pero y cómo!... El agua pura, clara, filtrada...

— Podrá ser límpida, pura, filtrada, clara, lo que quieras, pero contiene siempre gran cantidad de compuestos calcáreos, de los que el menos perjudicial es la magnesia.

— ¿Pero haciéndola hervir y filtrándola?

— Ni con la ebullición ni con la filtración se eliminan esas sales. Para darse una idea de eso es suficiente examinar el depósito que deja en los recipientes en los que se la hace hervir. Ese depósito sólido es el que contenía el agua evaporada. El agua que queda en el recipiente contiene más cantidad de sales que antes de hervir.

— Hombre, si eso fuera cierto, a los pocos años de haber nacido tendríamos que estar calcificados...

— Y realmente sería así si los riñones no se ocuparan de mantenernos en cierto equilibrio con el enorme poder de eliminación de que disponen...

— Me parece que estás exagerando un poco... Como de costumbre, porque cuando se te pone una idea en la cabeza...

— ¿Y entonces a qué vienes a molestarme con preguntas si soy un exagerado... un maniático?...

— No digo tanto, pero... Che, no te enojes, viejo, che decime... ¿Entonces tampoco habría que beber agua? ¡Qué linda vida!... ¡Cómo se divertiría uno!

— Yo no digo que no se deba tomar agua; digo que el agua es uno de los poderosos factores de nuestro endurecimiento.

— ¿Y no hay modo de quitar las incrustaciones de nuestra caldera?

— ¡Cómo no!... El cuajo de leche es muy indicado y el jugo de uva también. Si es posible emplear las dos cosas, mejor. Eso abre los vasos capilares obstruidos y estimula la sangre. Hasta una persona de edad avanzada y piel arrugada puede recuperar pronto su aspecto juvenil siguiendo el tratamiento, siempre que procure mantenerse de buen humor, porque no hay remedio que valga cuando un temperamento es pesimista y carece de confianza en la vida...

— Che... Me parece que tu sistema...

— Si el sistema no es mío...

— Lo mismo da... El sistema que has terminado de confiarme me parece demasiado a la mano... Si hubiera algo de verdad en eso, qué tiempo estaría en uso y cuantos viejos rejuvenecidos veríamos por acá... Fijate vos... Un poco de suero de leche y jugo de uva...

— Esto es otra cosa... Millones son los que conocen las consecuencias terribles del alcohol y, sin embargo, siguen tomándolo que es un contento... Hasta médicos hay que se dan al alcohol... Y si sabrán ellos lo que pasa...

— ¿Y qué tiene que ver un temperamento optimista?

— ¿Qué tiene que ver? La peor de las enfermedades es la tristeza... No la de las ovejas... Un genio alegre, sereno, cuenta siempre con grandes probabilidades de salir airoso de todos los males físicos y morales. Buen humor y masticación perfecta. ¿Cómo quieres que puedan estar bien los que corren apurados del negocio a la casa, de la casa al negocio, comen un bocado en un bar y a los cinco minutos vuelven a trabajar otra vez? Esa es gente que siente una pesadez, una incomodidad, un malestar indefinible y terminan poniéndose agrios, nerviosos, imposibles... Muy a menudo acuden a los alcoholes como estimulantes, se acostumbran y se echan a perder... En fin: la cosa no es comer: es asimilar lo que se come...

— Se ha dicho tantas veces...

— Se ha dicho muchas veces, pero se ha hecho pocas... Por la misma razón no hay que extrañar, si a pesar de que el jugo de uva y el suero de leche pueden rejuvenecer los tejidos, muy pocos los emplean.

La eterna desidia. Quizá por lo simple y relativamente barato de ambos alimentos y también por esa general incredulidad en la eficacia de lo que no constituye una medicina costosa. La gente acepta de mejor gana lo «maravilloso» que lo natural.

En fin... No hay nada que moleste más las buenas digestiones que el desgano y le malhumor. Todo esto es muy comprobable aparte de lo que, por su lado, nos vayan demostrando los experimentos «voronoffistas».

DE MI DIARIO

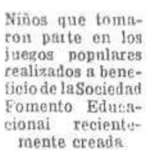
POR EL

DOCTOR A. VACCARI


Los tiempos fríos y húmedos
son muy perjudiciales para los bronquios, originando
Tos, Resfríos, Ronqueras y Constipados.
Las señoras y los niños de paladar delicado, cuando sufren estas dolencias, deben recurrir exclusivamente a las pastillas pectorales
"GOTAS DE ORO"
por ser las únicas que perfuman deliciosamente el aliento al mismo tiempo que desinfectan el aparato respiratorio.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215,
sus secciones y en todas las buenas farmacias.
SERRANO.


PARANA. — Tipo del "coche de seguridad" del tranvía eléctrico. — En un entrefilete publicado en el N.º 1295 dábamos cuenta del funcionamiento en el extranjero de un tipo de coches eléctricos llamados de seguridad. La culta capital de Entre Ríos reivindica muy justamente el honor de haber sido una de las primeras ciudades donde se implantó tan progresista sistema.




Niños que tomaron parte en los juegos populares realizados a beneficio de la Sociedad Fomento Educacional recientemente creada.





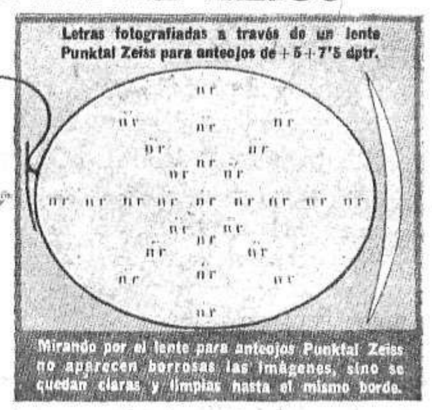
ANTEOJOS Y LENTES

EXACTAMENTE LOS QUE SU MEDICO RECETA

Vd. tendrá una visión perfecta con los

CRISTALES PUNKTAL ZEISS





Comparación de los campos de la mirada.

Estas fotografías han sido hechas a través de los cristales de lentes, valiéndose de un dispositivo que permite imitar los movimientos naturales de los ojos con el aparato fotográfico.

APARATOS Y ARTICULOS PARA FOTOGRAFIA

Revelación - Impresión - Ampliaciones

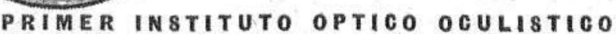
FOTOMETRO *Ica* "DIAPHOT"



No pierda más placas o películas por mala exposición.

Con el Fotómetro Ica "Diaphot" determinará el tiempo exacto de exposición, y todas las fotografías le saldrán buenas.

Es muy útil, perfecto y de manejo sencillísimo.


PRIMER INSTITUTO OPTICO OCULISTICO

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA, 240. Buenos Aires — CABILDO, 1916. Belgrano

Sucursales: Rosario. Córdoba. Tucumán. La Plata. Mar del Plata.



Necrología



Señora Carolina C. de Mazzutti. — Capital.

Señora Maria V. de Copello. — Rosario.





Señor Luis Rauch. — Ciudad.

Señor Hugo S. Alesina. — Capital.





Señor Juan Lombardo. — General Belgrano.

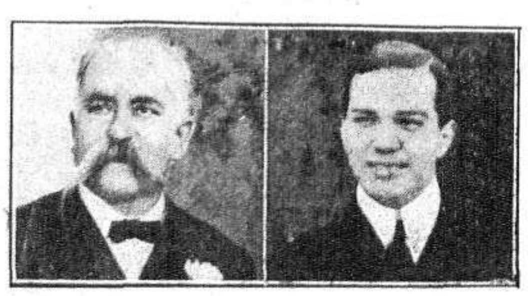
Señor Ramón M. Fernández. — Capital.





Señor Dionisio Brihuega. — Rosario.

Señor Francisco Pucci. — Laprida.

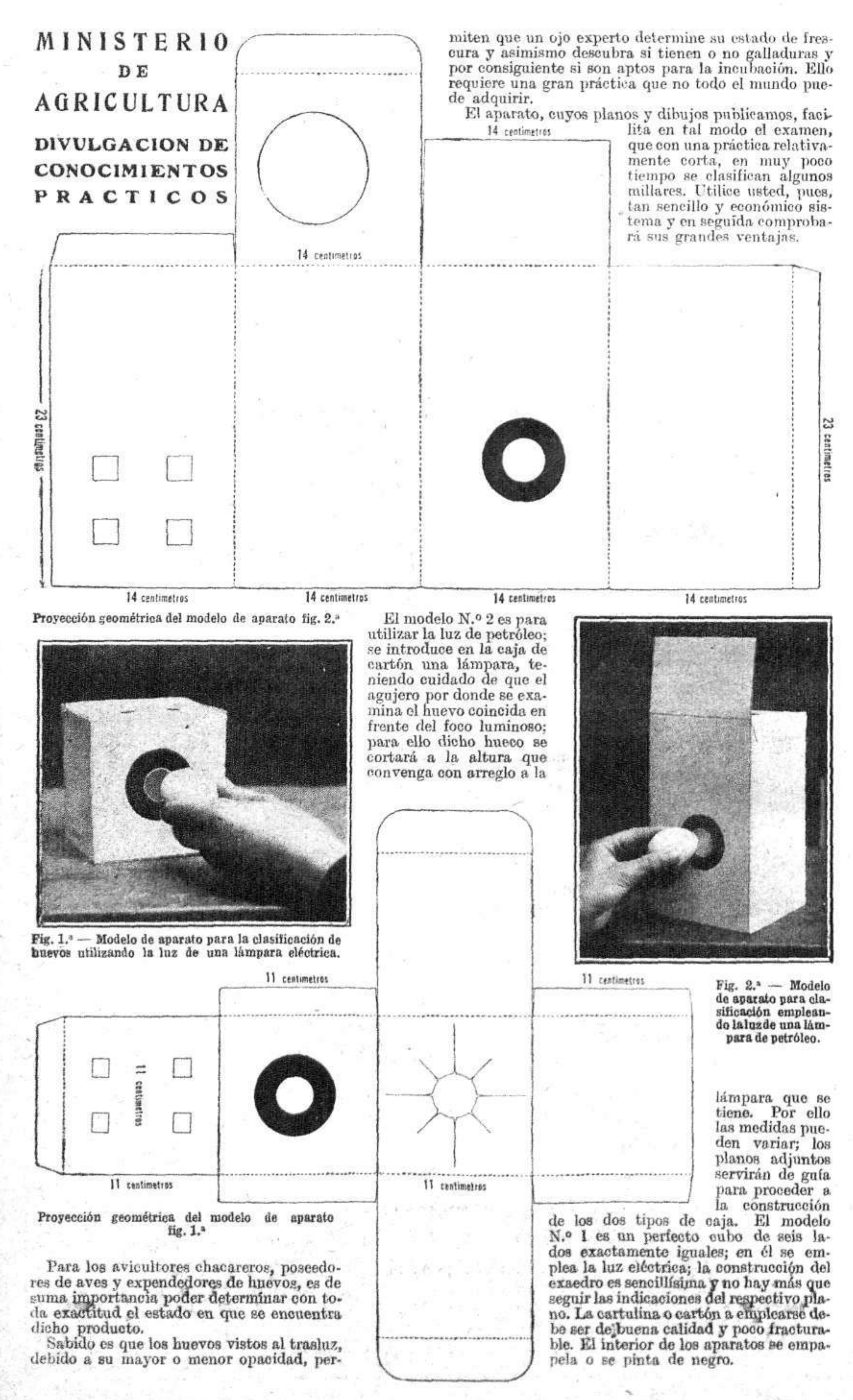


Señor Félix Pire. — Rosario.

Señor Leonidas H. Villanueva. — Capital.

MINISTERIO DE AGRICULTURA

DIVULGACION DE CONOCIMIENTOS PRACTICOS



Proyección geométrica del modelo de aparato fig. 2.ª

Fig. 1.ª — Modelo de aparato para la clasificación de huevos utilizando la luz de una lámpara eléctrica.

Fig. 2.ª — Modelo de aparato para clasificación empleando la luz de una lámpara de petróleo.

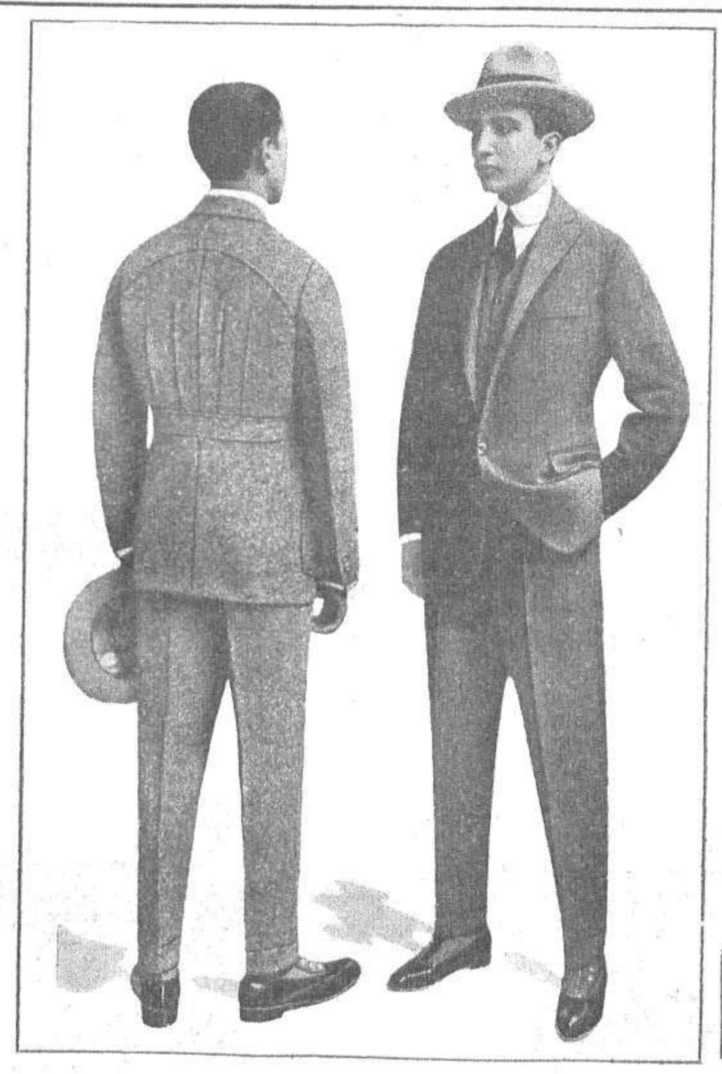
Proyección geométrica del modelo de aparato fig. 1.ª

Para los avicultores chacareros, poseedores de aves y expendedores de huevos, es de suma importancia poder determinar con toda exactitud el estado en que se encuentra dicho producto.

Sabido es que los huevos vistos al trasluz, debido a su mayor o menor opacidad, permiten que un ojo experto determine su estado de frescura y asimismo descubra si tienen o no galladuras y por consiguiente si son aptos para la incubación. Ello requiere una gran práctica que no todo el mundo puede adquirir.

El aparato, cuyos planos y dibujos publicamos, facilita en tal modo el examen, que con una práctica relativamente corta, en muy poco tiempo se clasifican algunos millares. Utilice usted, pues, tan sencillo y económico sistema y en seguida comprobará sus grandes ventajas.

El modelo N.º 2 es para utilizar la luz de petróleo; se introduce en la caja de cartón una lámpara, teniendo cuidado de que el agujero por donde se examina el huevo coincida en frente del foco luminoso; para ello dicho hueco se cortará a la altura que convenga con arreglo a la lámpara que se tiene. Por ello las medidas pueden variar; los planos adjuntos servirán de guía para proceder a la construcción de los dos tipos de caja. El modelo N.º 1 es un perfecto cubo de seis lados exactamente iguales; en él se emplea la luz eléctrica; la construcción del exaedro es sencillísima y no hay más que seguir las indicaciones del respectivo plano. La cartulina o cartón a emplearse debe ser de buena calidad y poco fracturable. El interior de los aparatos se empapela o se pinta de negro.



En la Capital enviamos muestras a domicilio.

Elegantes sin afectación

resultan siempre los trajes y sobretodos de la casa M. ALVAREZ por su corte perfecto y esmeradísima hechura.

La sobriedad es una de las principales características de todas las producciones de la casa M. ALVAREZ, y por eso las prefieren las personas que, sin exagerar la nota, desean vestir con irreprochable elegancia.

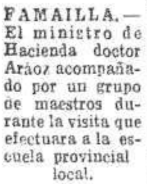
TRAJES DE MEDIDA en regios casimires, **$ 110.-**

Enviamos al interior catálogos y muestras. Al pedir estas últimas sírvase indicar color y precio del traje o sobretodo que piensa encargarse.

SASTRERIA DE LUJO
(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)



NO TENEMOS SUCURSAL



FAMAILLA. — El ministro de Hacienda doctor Aráoz acompañado por un grupo de maestros durante la visita que efectuara a la escuela provincial local.



Miembros de la comitiva oficial y destacados vecinos que asistieron a los festejos organizados en homenaje a la Virgen del Carmen.



Realce Vd. su propio rostro.

Embellezca su tez y será admirada. En los matinales paseos toda dama usa el

POLVO GRASOSO

Brissac.

Es el más indicado para llenar estos fines por su insuperable calidad.

L. AUBERT y Cía.

JORGE NEWBERY, 3443/55.
Unión Telef. 2045, Belgrano.

REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO
Rondeau, 1440/42

En toda la República

Puerta para cocina N° 22

de cedro

hállanse diseminadas nuestras sólidas PUERTAS y VENTANAS DE CEDRO, en razón directa de que por su calidad y óptima fabricación dan resultados espléndidos y son más económicas que las de madera inferior.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

Solicite catálogo

Puerta N.° 22	Ventana N.° 17
De 2.00 x 0.70, cada una....... $ 47.—	De 1.00 x 0.60, cada una....... $ 26.—
De 1.80 x 0.70, cada una....... $ 45.—	De 0.80 x 0.55, cada una....... $ 24.—
	De 0.60 x 0.40, cada una....... $ 19.—



Acordamos 5 % de descuento.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires


Socios del Tucumán Law Tennis Club que intervinieron en el torneo realizado últimamente a beneficio del Taller de la Sala Cuna.

CONSEJOS A LAS MADRES

RÉGIMEN ALIMENTICIO DE LA MADRE NODRIZA. — Ella misma lo debe establecer según sus gustos y necesidades evitando todo aquello que perturbe la digestión y que afecte al niño. El régimen ha de ser agradable, nutritivo y laxante.

Si la madre no tiene bastante leche, debe usar una alimentación rica y apropiada para la producción láctea, como son huevos, leche fresca abundante, legumbres, frutas maduras, alimentos líquidos eficientes, y beber agua a todo pasto, evitando en absoluto las bebidas alcohólicas y los *específicos medicinales* que no sean recetados por un facultativo, y en lo posible el uso del café o te. La madre que cría debe precaverse contra el estreñimiento. Las frutas frescas naturales son laxantes. Asimismo lo es el pan de trigo completo y alimenta más. Un vaso de agua caliente al levantarse ejerce una acción provechosa sobre los intestinos.

El siguiente régimen es recomendable para la generalidad de las madres:

Todo género de sopas.

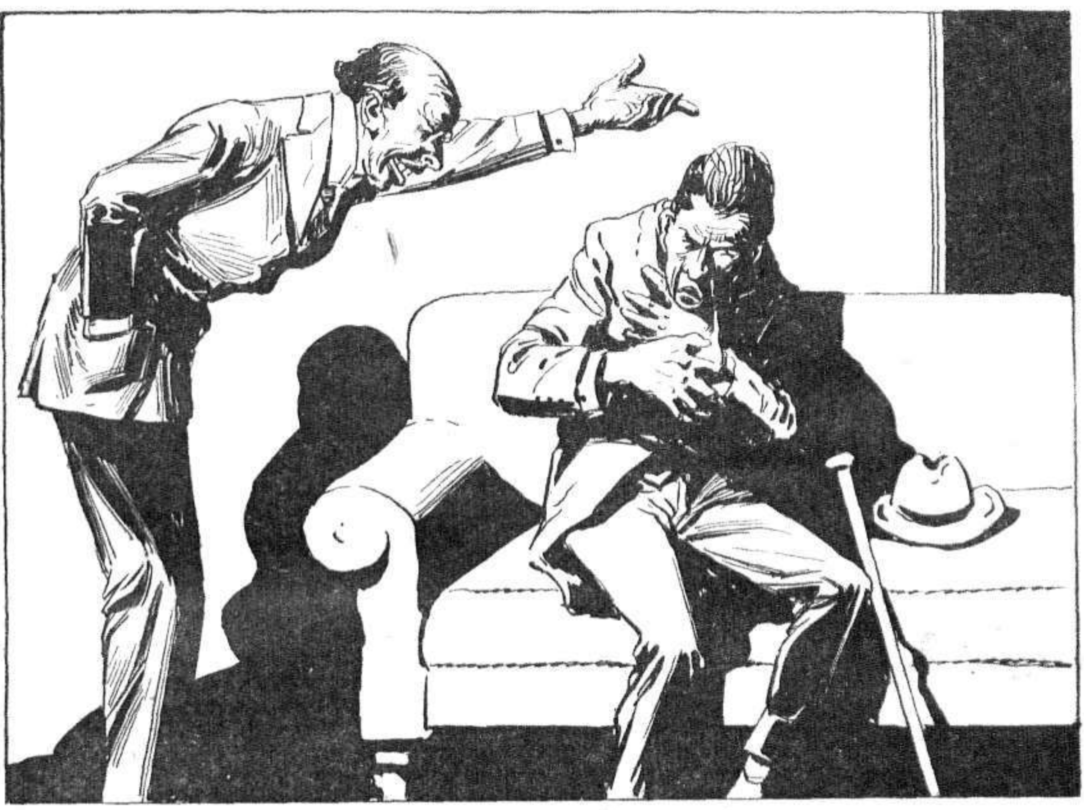
Todo género de pescado fresco, que no sea de los llamados *azules*, hervidos o asados.

Carne una vez al día: vaca, cordero, ternera, jamón, pollo o pavo.

Huevos, de uno a dos por lo menos diariamente. Cereales cocidos en leche, con crema y azúcar. Pan del día anterior, nunca fresco, galletas y tortas dulces. Legumbres verdes: guisantes, espárragos, coliflor, espinacas, patatas, batatas, lechugas, apio y otras ensaladas aliñadas con aceite y limón en substitución al vinagre. Los postres de cocina sencillos; nada de pasteles, buenas natillas, flan etc. Pueden tomarse con precaución los helados. La fruta en abundancia, tanto al natural como cocida o en compota.

Bebidas: leche, agua, uno o dos litros por día, jugo de uvas, y poco te o café.

Ninguna bebida alcohólica.



— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Su último deseo

por

BERNARDO ESCLIAR

LLÍ no podía hablar. Se lo impedían. Se le acusaba de decir palabras inoportunas, a destiempo, ridículas.

La hija estaba bien relacionada. Recibía visitas de consideración. Tuteaba, entre otras, a la esposa de un importador de anchoas que tenía un hijo ennoviado con la nieta de un ex prosecretario del Ministerio de Hacienda; y no podía, pues, escuchar cuentos que le recordaban el banquillo del zapatero del pueblo natal. El yerno estaba habilitado en una conocida sastrería y su roce con abogados y altos empleados le habían afinado de tal modo que no podía sentirse sino molestamente condescendiente cuando tenía que atenderla. Un nieto era escribiente en la Intendencia Municipal y había adoptado para con ella una conducta de absoluto desdén. El menor cursaba estudios secundarios y le había negado todo derecho de familia. Entre ambos había una mujer; pero esta mujer no tenía tiempo sino para leer novelas de Delpit, para ir a los conciertos de los conservatorios y para hablar con un mozo muy simpático, amigo del hermano.

Y la pobre vieja tenía que ahogar sus palabras.

En el pueblo natal, allá en España, había podido ella ser locuaz. Su cómoda posición económica, su inobjetable honradez y el respeto de su esposo se lo permitían. Y los cuatro y un incidentes vecinos de la semana, los tergiversados ecos de la política de la ciudad, los comentarios hilvanados al margen de la conducta del maestro de la escuela para con la esposa del proveedor de harina y la desidia de tal o cual recién casada para con su marido, le proporcionaban glosas que nadie se atrevía a desatender.

Pero muerto el esposo, sin capacidad para administrar los bienes que de él heredara y vieja ya, tuvo que aceptar la hospitalidad que le ofrecía su única hija instalada en la capital argentina. Hablar para esa mujer era la satisfacción máxima. La palabra era para ella la síntesis de la vida feliz. Ningún castigado de la naturaleza le merecía tanta conmiseración como el privado del don de expresarse sonoramente. Le parecía tolerable cualquier contratiempo menos el no poder hablar.

Y en aquella casa tenía ese contratiempo; y sufría.

Había en su imaginación tantas cosas; tenía acumuladas tantas ideas, tantos sentimientos que no podía expresar...

Para peor que en aquella casa se hablaba mucho. Allí venían vendedores ambulantes que regateaban obstinadamente sus mercaderías. Allí venían empleados de las oficinas de electricidad y peones de agencias de limpieza. Allí venía a tomar te una vecina de barrio y a hablar de las dificultades para el pago del alquiler la madrina de su nieta. Allí, siempre que se encontraban, discutían los hermanos y los esposos. Allí, a la hora de la comida, se cambiaban impresiones de distinto carácter. Allí la hija solía hablar mal de otras hijas y el yerno bien de otros hijos. ¡Y ella no podía intervenir!

Para conseguirlo había procurado muchas veces ingeniarse. Celebraba los chistes de su nieto, se dolía del percance de tal o cual amigo de la casa, demostraba interés afectivo en los menores sucesos de la vida de su hija. Pero no conseguía sino fastidiar. Bastaba que levantara la voz para que el nieto escribiente se incomodara. Bastaba que hiciera una observación para que el yerno le respondiera con un gesto de inaccesible superioridad. Bastaba que se refiriera a hecho sucedido para que la hija la acallara con una palabra brusca, para que se pusiera de mal humor.

Algunas veces asomaba en ella un conato de protesta, de rebelión. No creía que le faltara tanto sentido común como se quería. Era gente. Había merecido atenciones. Su casa había servido de modelo a muchas casas. Esa hija que tanto la menospreciaba había nacido de ella y estaba educada por ella. No tenían porque quitarle, pues, el derecho de expresar lo que sentía y pensaba. Era una injusticia.

Pero se le respondía crudamente y optaba por no protestar.

Cuando se quejaba se la obligaba, con frecuencia, a resignarse con esta respuesta:

— Es usted vieja y no sabe lo que dice. Aquí se le da de comer y dormir y no tiene por qué lamentarse.

Si insistía, se agregaban a la respuesta comparaciones:

— Fíjese en la madre de Fulano; se está muriendo de hambre. No se le deja dormir en la cama para que no tenga necesidad de hacerla.

Y la vieja callaba. Durante horas y horas permanecía muda. Miraba, escuchaba. Y cuando se cansaba de estar en pie o sentada, se iba a dormir.

Había buscado con quién hablar fuera de la casa. Se había ganado la simpatía de una excelente mujer del barrio y pudo conseguir su atención durante algunos minutos del día; pero la hija dedujo que su madre en esa conversación no podía decir sino estupideces y le prohibió toda entrevista. ¡Al fin de cuentas era su madre!

Como temiera ser escuchada, optó una vez por hablar en voz baja. Pero la nieta la descubrió charlando así con una vecina y resolvió que se estaba hablando mal de ellas. Tampoco pudo, pues, la vieja ya hablar en voz baja.

Quiso defenderse. Ella no había hablado mal de nadie. No había hecho otra cosa que hablar. Pero era inútil. La hija seguía en sus trece; y tenía que darse por vencida. Quería también convencer que no decía estupideces; que había hablado lógicamente. Pero era inútil.

— Usted se refirió a Mengano — indicaba la hija.

— Es cierto.

— Pues no tiene por qué hablar nada de él.

— Pero si yo lo alababa.

— Usted no tiene por qué alabarlo.

— Pero si tú también hablaste bien de él.

— Yo, no.

— Sí.

— No.

— Sí.

— No, le digo.

— Bueno. — Y la anciana bajaba la cabeza.

¿Qué sacaba con discutir? Sabía en lo que iba a concluir; en las palabras de siempre. En que hacía el ridículo.

¡El ridículo!

¡Quién se hubiera atrevido a decírselo en su aldea; a ella, a Dolores Aizcobe!

— Esto es Buenos Aires; no es el pueblo de T... Aquí hay que saber lo que se dice. Allí estaba Pablo y Andrés, y Carmen... y se vivía en casucas, y las calles no tenían empedrado, y los hijos no sabían de universidades; y todo se reducía a una cáscara de nuez; aquí en cambio es distinto. Hay que mirar mucho dónde se está y qué es lo que se hace. Y usted no lo sabe. Está demasiado vieja, chochea... — explicaba la hija.

Y la anciana escuchaba...

Con el tiempo se la aisló, perdió la posibilidad de que se la oyera. La falta de relación iba operando en su inteligencia cambios extraordinarios.

Llegó a no saber responder atinadamente. Parecía afectada por una serie de perturbaciones que se extendían desde el cerebro hasta el organismo vocal. Temblaba su voz, vacilaba su fraseo. Cuando se le dirigía la palabra, quedaba aturdida, miraba al interlocutor con extrañeza, los sonidos salían de su boca con dificultad. Se había posesionado sobre todo de ella una idea: temía hacer el ridículo. Tanto se la había hablado de ello que lo veía en todos sus hechos, en todos sus palabras.

— Está completamente tonta — explicaba a quien quería oirla la nieta, convencida.

Y tan convencida llegó a estar de ello, que no vacilaba en recomendar a todo el mundo:

— No le hagan caso. No sabe lo que dice.

Intimamente, la anciana elaboraba un proyecto: poder hablar algún día. Hablar mucho, sin trabas, libremente. Y esa posibilidad llegó a ser su consuelo. Cuando los pensamientos pugnaban por adquirir expresión por medio de sonidos, cuando el corazón y la sangre querían gritar sus inquietudes ella los calmaba.

— Algún día, algún día podrán ustedes decir lo que se les antoje y como quieran. Ya verán.

El deseo de hablar pareció no serle ya tan imperioso. Tenía su esperanza.

— Lo que podría decir ahora, lo diré algún día.

Por fin ese día llegó.

Una mañana no pudo levantarse de su cama. Acudió el médico y no dió con la receta específica. La anciana estaba enferma con la enfermedad propia de quien tiene el organismo gastado después de setenta años de actividad.

No se levantó más. Guardaba su lecho sin quejarse ni molestar a nadie. No hablaba. Pero preveía que el día que iba a poder hacerlo estaba cercano.

Una noche se sintió peor. Debía ser la última. Lo comprendió el médico y lo comprendió ella. Toda la familia se quedó a su lado. Vinieron algunos amigos y también la acompañaron. La vieja se sentía feliz. Miraba a todos con expresión de cariño. ¡Tantos rostros cerca de su rostro! ¡Tantas manos estrechaban su mano! ¡Cómo se la despedía!

Había llegado la hora.

— Tengo que pedirte un favor — indicó la moribunda a su hija.

Esta asintió.

— Lo que quiera.

— Quiero hablar. Es mi último deseo. ¿Me lo permites?

Los circunstantes cambiaron una mirada de común comprensión. Parecían mancomunados como para decir:

— Es la agonía.

— Déjame hablar — insistió la anciana en un extremo esfuerzo.

— Hable — consintió la hija.

La anciana sonrió entonces como no había sonreído en muchos años, con una sonrisa que recordaba las mejores de sus años de esposa y de madre afortunada; se alargó bien en su lecho y comenzó a hablar.

Sus palabras eran al principio ininteligibles. Los sonidos parecían llegar muy de adentro. Era un rumoreo confuso y opaco. Pero después todo cambió. Palabras y sonidos parecieron estar animados por otra vida. Se hicieron más perceptibles, más claros. La emisión se hizo distinta. Crearon una atmósfera particular. Tenían algo de profético, de trascendental, de sagrado. Se dijera que anunciaban grandes castigos y hablaban de inolvidables culpas; que eran advertencias de un más allá. Parecían estar sostenidos por una fiebre ocultamente celestial. Dentro de esa incoherencia, de esa confusión de conceptos y de impfesiones, de esa mezcla de cosas comunes y particulares, aquellas frases dignificaban evangélicamente a la anciana. Se oyeron los estertores de la agonía ya; y doña Dolores seguía aún hablando. La dificultad de la respiración trababa sus palabras. No quería, empero, ceder. Parecía estar dispuesta a gozar de su privilegiada concesión hasta el último momento. Llevárselo a la tumba si era posible. La vida empezó a alejarse de ella y seguía hablando. Articulaba las palabras después de largos intervalos, con espasmódicos esfuerzos, aunando en un arranque todas sus energías. Llegó a no poder emitir más que sonidos. Después fueron simplemente jadeos.

Y así murió; con su último deseo plenamente satisfecho.

FIN.



Aspecto pintoresco que presentaba el camino que va a las Chacras durante la gran nevada caída últimamente.



CHORRILLOS. — Un ranchito cuyos moradores nada tienen que envidiar a los rusos.



Vista general del camino que va a la vecina localidad de Durazno, cubierto literalmente por la nieve.

De Catamarca






Señor Carlos A. de la Vega Señor Augusto Madueño.
Candidatos sostenidos por la U. C. R. opositora para vice y gobernador respectivamente.

Señor Adolfo Walter. Señor Segundo Guzmán Rodríguez.
Candidatos de la U. C. R. oficialista para gobernador y vice.

LA MUERTE DE ANA BOLENA

Cuando Enrique VIII, joven de apenas 18 años, se ciñó la corona real inglesa, escribe la revista «Noi e il Mondo», nadie se imaginó que su reinado iba a quedar marcado en la historia por una apostasía clamorosa y por tragedias que ensangrentaron el trono. El soberano, que había casado con la virtuosa Catalina de Aragón, viuda de su hermano, demostró que era probo y justo. Pero 18 años más tarde una dama de la corte, Ana Bolena, dio origen a una serie de luchas furibundas, así como de sombrías tragedias, y provocó la separación de Inglaterra de la Iglesia Católica. Enrique confió su secreto al cardenal Wolsey, y éste, que sabía que no era persona grata a la reina, impulsó al rey al divorcio. Al papa Clemente VII la petición de divorcio le pareció mostruosa y envió al cardenal Campeggi con el encargo de arreglar las cosas. Toda tentativa fué en vano. Entonces Enrique provocó un sínodo nacional delante del cual sus abogados defendieron el pedido divorcio por vicio de forma y ganaron la causa. Al separarse de Catalina, el rey le dijo: «Podéis retiraros a cualquiera de mis estados, donde seréis tratada con honor». «Donde seré tratada como reina porque soy vuestra esposa», le contestó la digna mujer. Fué coronada Ana Bolena. Triunfó y fué madre de una niña declarada heredera del trono, pues la princesa María, hija de Catalina, ¡fué ilegítima! Mientras tanto se produjo el cisma. En 1536 murió Catalina. Ana Bolena, ebria de júbilo, exclamó: «¡Ahora sí ya soy reina verdadera; ya no tengo rival!» Y el cínico Enrique vistió de amarillo para indicar que estaba lleno de satisfacción por la muerte de su primera esposa. Sin embargo, ya estaba cansado de Ana Bolena. Algo más todavía: estaba enamorado de otra dama de la corte, Juana Seymour. Buscó un pretexto para procesar a Ana e hizo que la condenaran a morir decapitada. La infeliz dirigió algunas palabras al pueblo. Después acomodó la bella cabeza sobre el tajo y fijó los ojos en el verdugo. Este levantó dos veces el hacha y dos veces la descendió sin herir. «Oh, milord, le dijo a Tomás Cromwell, que asistía a la ejecución, si continúa mirándome así, no podré cumplir con mi deber». Entonces Ana bajó los ojos y el hacha cayó sobre su cuello.

GANADERIA

Actuales ventas y perspectivas que ofrece la crianza de la raza Shorthorn

Escasa demanda y bajos precios. — Resumen de los últimos remates

Durante los meses de junio y julio se ha notado particular interés por sementales de pedrigree Shorthorn en este país. Durante los últimos sesenta días fueron puestos a remate público, siguiendo la anual tradición, varios ejemplares hembras procedentes de las principales cabañas de toda la república. Este año, lo mismo que en otros anteriores, se ofrecieron algunos toros de dos años, pero los resultados no han sido muy satisfactorios para los criadores.

La venta de novillas, la cual fué iniciada por la periódica oferta de la cabaña «El Retiro», resultó, con una o dos excepciones, pobremente atendida y no todo lo conveniente que fuera de desear para aquellos criadores que, en algunos casos, no obtienen la debida compensación en acarrear a Buenos Aires su ganado por los gastos de preparación, alimentos y fletes que han de pagar. Algunas excelentes compras se realizaron, y yo personalmente tuve ocasión de comprobarlo. Por otra parte, conozco bastantes criadores que necesitan ejemplares femeninos y que todavía no han logrado adquirirlos en razonables condiciones; y si ellos esperan ofertas mejores que las presentadas en las exposiciones de Palermo y de Rosario, es seguro que sufrirán una decepción porque las entradas de hembras en ambas plazas han sido escasas este año.

Analizando las ventas efectuadas sobre la última semana de julio pasado, solamente dos ejemplares de «El Retiro» encontraron comprador al precio de seiscientos y de mil quinientos pesos cada uno. Diez novillas de la cabaña «Chacabuco» alcanzaron de trescientos a dos mil doscientos cincuenta, con un promedio de setecientos veinticinco pesos. La venta de las crías de «Mitilike» ha sido la más importante de la temporada, vendiendo cuarenta y nueve animales con un promedio de novecientos seis pesos cada uno, oscilando los precios de los ejemplares entre cuatrocientos cincuenta pesos y tres mil pesos.

Recordemos que el año pasado las ventas de las novillas procedentes de la cabaña «El Inca» resultaron verdaderamente sensacionales, tanto por el alto promedio del conjunto como por el precio por unidad. Este año, el cuatro de julio, en el remate correspondiente a 1923, cuarenta cabezas fueron vendidas desde 350 a 4.350 pesos, con 3.000, 2.500 (este precio repetido) y 2.100 así, como otras más altas apreciaciones, siendo el promedio alrededor de 800 pesos.

Quince novillas de la cabaña «Ayacucho» y de la «Dehesa» se vendieron a 300 pesos cabeza, en tanto que seis toros de la cabaña «San Juan», de Malbrán, se promediaron a 525 pesos. Solamente una de las novillas logró el precio de 550.

Como indicaba antes, ya se anuncian varias ventas que tendrán lugar próximamente, entre ellas las de los productos de las cabañas tales como «Sittyton» y «La Carlota», y también se realizará una subasta pública de una partida de novillas de pedigree importadas.

Juzgando en general, es indudable que el mercado se presenta claro, bien que las perspectivas inmediatas para la venta no aparezcan muy animadas por parte de los vendedores.

Concediendo, empero, que las existencia que se guardan en todos los criaderos de esta industria se hallan, por el momento, más o menos envueltas por nubarrones poco agradables, sería un iluso y un equivocado quien se agarrara a la esperanza de que toda la batahola y gritería que provocan sindicatos y asociaciones al respecto, y todos los precipitados proyectos que se conviertan en leyes estrictas por toda una caterva de legisladores, lograrán mejorar las condiciones y calidades de la industria nacional por excelencia. No. Durante los dos pasados meses el ministro de Agricultura, doctor Le Breton, ha puesto de manifiesto sus actividades para dar con una solución que acallara las lamentaciones y protestas acerca del particular que formularon ciertos diputados y senadores y una fracción de electores que han venido trabajando y haciendo atmósfera candente a determinada facción que, en realidad, tiene sus propios intereses más en el corazón que los criadores de ganado. Mas estos últimos, o gran número de ellos, han permitido que se les vendaran los ojos por esos llamados protectores o benefectores, muchos de los cuales han cambiado el color de sus casacas media docena de veces y que ahora mantienen la creencia de que, una vez que el Gobierno se encargue de controlar el mercado de carne, disponiendo, entre otras disposiciones, la de fijar un precio mínimo por cabeza, incluso para la exportación, los resultados que se obtendrían llegarían a ser análogos a los que prevalecieron durante la guerra y el armisticio, tiempos aquellos en que realizaron ellos tan rápidas como grandes ganancias.

Quiero hacer constar, subrayándolo bien, que nada sería más sofístico y engañoso, lo mismo para los productores argentinos que para el Gobierno, como la idea de que ellos puedan dictar sus propios términos a los mercados extranjeros; es una idea disparatada hasta el extremo. El más sano método en esta debatida cuestión hubiera sido, y ya lo es, establecer el acuerdo cooperativo preconizado por el doctor Le Breton como una razonable prueba, además de que los gobiernos nacional y provincial compraran el frigorífico Anglo Sudamericano, instalando un local a propósito para los matarifes y para las ventas de ganado en pie para el consumo inmediato, asimismo como para ser vendido al peso en bruto.

Hacer leyes que resulten embarazosas para los derechos de los particulares o de las compañías significaría crear obstáculos y fricciones entre compradores y vendedores, entre productores y detallistas, y ello de modo alguno sería conveniente a los intereses del país y de la industria.

Al presente, en los Estados Unidos nosotros tenemos un brillante ejemplo de las consecuencias producidas por una precipitada «sobre-legislación» acerca de lo que pudiéramos llamar «nuestro pueblo por encima de todo». La industria frigorífica en Norte América ha venido siendo tan hostigadamente «legislada» y en tan variadas y extensas formas, que el Gobierno, al fin, vióse obligado a reconocer que el comercio exportador de este ramo mermaba considerablemente en una alarmante proporción.

Había, como suele decirse, cortado la nariz en su propio rostro. Así es que, recientemente, aquellas esferas oficiales hubieron de sencionar una ley, la cual es llamada «Acta de Exportación de Webb» con el objeto de permitir a criadores y empacadores marchar de acuerdo en orden de cultivar la exportación; acta que favoreció a todos los frigoríficos del país con perfecto conocimiento y consentimiento del Gobierno. Es interesante que conozcan nuestros lectores que la mencionada Acta permite a buen número de manufactureros empacadores combinarse y hacer toda clase de arreglos satisfactorios entre ellos para, así en conjunto, activar sus negocios con el extranjero; y bien claramente se comprende que tal disposición gubernamental se aprobó en aquel Congreso para dulcificar y contrarrestar en cierto sentido las anteriores y absurdas leyes que estaban perjudicando en gran escala su preponderancia exportadora en todo el mundo.

Y es tan seguro como que la noche sigue al día que si los criadores y exportadores argentinos continúan perdiendo el tiempo en divergencias, como ocurre desde hace un década, unos y otros están abocados a que el Gobierno legisle precipitadamente, creando ruinosas complicaciones generales.

Y ya hemos dicho bastante por el momento. El Gobierno argentino se halla bien enterado de todo ello. Si por cualquier contigencia unos y otros industriales caen en el pozo que se les abre ante sus ojos, no merecerán siquiera el consuelo por parte de «El hombre de la calle», o sea

GMO. ST. J. PETERS.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Direccíón, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De La Rioja



Exposición de trabajos manuales efectuada en la Escuela Popular Nocturna "Sarmiento" bajo la dirección del señor Eduardo Marasso Roca, y que ha llamado justamente la atención por la calidad y fineza de los trabajos expuestos.

El director de la Escuela "Sarmiento", señor E. Marasso Roca, con el personal docente de dicho establecimiento, bajo cuyos auspicios realizóse la exposición.



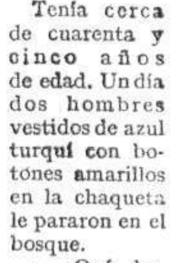
LAS DOS JUSTICIAS

En una aldeúcha sarda, el más pobre de sus habitantes se llamaba Quírico Oroveru, Barrabás de apodo porque una vez representó este personaje en una función sacra.

El tío *Quircu Barrabás* era más pobre que los mismos mendigos: tenía una sola camisa, un solo par de calzoncillos, unos pantalones de *orbace* y un gorro que él mismo se había hecho con una piel de liebre; no llevaba botones en la camisa, no tenía chaqueta ni capote ni polainas; ni siquiera tenía zapatos, lo cual constituía la miseria más grande para un hombre de aquel lugar.

Y sin embargo estaba sano y fuerte, era un buen mozo, casi céltico, alto, colorado, con ojos siempre sonrientes. Pero, que queréis: así había sido educado; sólo sabía recoger leña en los bosques y venderla; no sabía trabajar de otra manera; por lo de más era inofensivo como una lagartija, y tan inocente como un chiquillo de siete años. Todo su patrimonio, además del vestuario ya dicho, consistía en una medalla de plata que llevaba al cuello desde pequeño, un hacha, una cuerda de pelo de caballo — tejida por él mismo — y una navaja.

A pesar de todo, casi siempre estaba contento y más tranquilo que el señor Saturnino Solitta, el más rico del lugar, cuya casa grande y nueva parecía hecha con nieve y adornada con tiras de cielo. El tío Quircu pasaba casi todos los días en el bosque, en el bosque bello y silencioso, en cualquier hora y en todas las estaciones, lo mismo cuando las encinas se cubrían de flores color de oro pálido, cuando gravitaban sobre él las azules siestas estivales, cuando bajo el argentino cielo otoñal todas las cosas, de un verde húmedo, callaban, y cuando las grandes ramas se doblaban por el peso de la nieve convertida en hielo cristalino. El leñador trabajaba siempre. *Toc, toc, toc,* decía sin descanso, en el silencio del bosque, el árbol golpeado por el hacha. *Quiú, quiú, quiuuú...* contestaba a lo lejos, cerca de la verde fuente, un pájaro silvestre. Y nada más se oía. El tío Quircu rezaba, pensaba en llevar la leña a donde mejor le pagaban, o tal vez proyectaba comprarse un par de zapatos.



Tenía cerca de cuarenta y cinco años de edad. Un día dos hombres vestidos de azul turquí con botones amarillos en la chaqueta le pararon en el bosque.

— ¿Qué hacéis? — le preguntaron.

— ¿Pues no lo veis? — contestó, parándose, inclinado el cuerpo bajo la carga de leña pero con la cara levantada.

— ¿Tenéis algún pedazo de tierra en el bosque?

Al oír esto se echó a reir, sacando, y mirándose, uno de sus pies descalzos.

— Ni siquiera tengo zapatos.

— Entonces estáis faltando a la ley. ¿Quién os ha dado permiso para cortar leña en el bosque?

— Nadie. Me lo tomo yo, porque de otro modo me moriría de hambre.

— Entonces estáis faltando a la ley.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Que debéis pagar una multa o descontarla en la cárcel.

El tío Quircu ya no tuvo más ganas de reírse, y por el contrario se le nubló el rostro.

— Pero si hace treinta años que corto leña y nadie me ha dicho nunca una palabra; y si no la corto me muero de hambre.

Los dos guardabosques parecieron conmoverse.

— Qué queréis que le hagamos, amigo; ahora la ley lo dispone así, y no hay más remedio que respetarla. Por esta vez id con Dios, pero procurad que no os volvamos a encontrar en falta.

Y, en efecto, le volvieron a encontrar muchas veces, hasta que por fin, un día, le quitaron la carga y le acusaron de faltar a la ley. Y no es que ellos fuesen malas personas; antes bien tenían lástima de aquel pobre hombre, ¿Pero qué remedio había? Tenían la obligación de hacer respetar la ley.

El tío Quircu todavía siguió con su oficio, pero teniendo mucho cuidado; se internaba en los sitios más intrincados donde ni siquiera se oía el *quiú, quiú* del pájaro silvestre. El *toc, toc* del árbol golpeado por el hacha también resonaba tímido, a intervalos; parecía que a cada estremecimiento del árbol se parase a escuchar lleno de miedo. El tío Quircu compareció ante el juez del pueblo y fué condenado a una fuerte multa, porque todos los

testigos, propietarios del bosque, declararon que era uno de los mayores y más asiduos leñadores furtivos.

Debía pagar la multa en días de cárcel. Le parecía una horrible pesadilla y sufría como no había sufrido nunca en su vida; en pocos días envejeció diez años, iba más sucio y desastrado que nunca, y sus ojos tomaron un aspecto sombrío. ¡Ah, no, no quería que le metiesen en la cárcel, por lo menos mientras durase el buen tiempo! Ni tampoco cuando viniese el frío, porque en invierno la leña se vendía mejor. De modo que se arregló con un hombre del lugar y se fué al monte; estaba acostumbrado a ello y no le importaba nada no poder bajar al pueblo. El cortaba la leña y el otro la vendía, pero robándole por lo menos la mitad, y tenía que callar y resignarse.

Sentía una profunda pena; tenía que ir a bosques muy lejanos, y casi siempre cortaba la leña de noche, cuando la luna iluminaba los bosques solitarios, y al *toc, toc* del hacha, vibrando en aquel misterioso silencio lunar, respondía el *cu cu* del cuclillo, que a veces parecía elevarse de lo más profundo del bosque y otras descender de la clara transparencia del cielo.

Y así pasó el otoño, pasó el invierno y llegó la primavera. El tío Quircu estaba en la miseria más extrema, casi desnudo, con el pelo y las barbas en estado salvaje, y a menudo padecía hambre; pero no quería rendirse. No, no, no se había rendido durante los grandes fríos invernales, y mucho menos iba a rendirse ahora que el sol templaba de un modo inefable los claros del bosque, perfumados por los pamporcinos y violetas. Se rendiría al volver el invierno; aún faltaba mucho tiempo.

Un día, atravesando un llano para pasar de un bosque a otro, la fortuna pareció favorecerle. Sobre el césped encontró una gruesa cartera roja, dos portamonedas, una bolsa y unas cartas que el rocío había humedecido algo. Lo registró todo; no había dinero, pero las cartas debían ser de interés, y seguramente su dueño le daría alguna propina al entregárselas. Lo recogió todo y siguió su camino, y al ver al amigo que le vendía la leña y que sabía leer, se lo contó.

—¡Diablo! ¡Todas estas cosas eran del señor Saturnino Solitta! — gritó su compañero, mirándole con desconfianza.

El tío Quircu se estremeció de miedo, de espanto. El señor Saturnino Solitta había sido asesinado, no hacía mucho tiempo, al regresar de Cagliari, en donde embarcó y vendió una buena partida de cerdos cebados. Sin duda el asesino, después de haber cogido el dinero, arrojó la cartera y las cartas.

— Esto son letras de cambio y este papel es como si fuera dinero — le dijo el amigo que sabía leer y escribir y que había estado sirviendo en una casa de señores ricos. — Si vas a una tienda te lo cambian en seguida. Se llama un *checo*. (Era un cheque.)

— No quiero ir a cambiarlo. Creerían que soy yo el asesino.

— Pues eres un estúpido si no vas. ¿Dentro de unos cuantos meses quién se acuerda en Nuoro del asesinato? Te vas allí como si fueses un criado, haces tus compras, te guardas el resto y te vuelves tranquilamente.

— Pero... ¿esto no es un hurto?

— ¡Qué estúpido eres! ¡Que el diablo te lleve! ¿Cómo va a ser un hurto si no tiene amo? El hurto lo hizo quien le dió un balazo. A menos que no seas tú...

— ¡Vete al cuerno! — dijo el tío Quircu riendo de un modo tan ingenuo que hacía imposible del todo la sospecha de su compañero.

— Entonces ¿por qué no cambiarlo? En último caso puedes decir que lo has encontrado... Yo diré que lo he visto. ¿Por qué eres tan bestia? ¿Pero no ves que no llevas un pedazo de ropa que no esté hecho trizas?

— ¡Oh! ¡Esto sí que es verdad! Pues precisamente por esto, ¿no desconfiarán de mí al verme tan desastrado? Por lo demás, después de lo que me has dicho, creo que me atrevería.

— Pues entonces te prestaré mis zapatos, mi capote y mis polainas.

— ¿Y la chaqueta y el gorro?

— ¡Di que quieres todo el traje!

— Si tú quieres...

— Entonces... ya ves... deberías darme algo...

— ¡Bueno, te compraré algo. ¿Qué quieres que te compre?

— Lo que tú quieras.

Durante cierto tiempo el tío Quircu *Barrabás* sintióse menos desgraciado que antes.

Pensaba en las cosas bonitas que se compraría: unos zapatos, un traje, un hacha. También compraría algo de comida: pan, tocino, vino. Muy en lo hondo sentía algo de escrúpulo y miedo; pero después de todo, él lo había encontrado, y en caso de apuro creía ingenuamente que bastaría decir la verdad para librarse de toda molestia. Cada vez que su compañero iba a recoger la leña le animaba, y hasta una vez llegó a decirle que si no se atrevía iría él.

Pero el tío Quircu, escarmentado por los embrollos que le hacía con la leña, no se fiaba, y prefirió ir él mismo a Nuoro.

Marchó derecho a una tienda a comprarse un par de zapatos de cuero amarillo con grandes clavos que parecían de plata y largas correas negras. Se los probó, acortando y alargando las correas, y se calzó de nuevo los zapatos del amigo que le apretaban bastante sus enormes pies negros. Y no sin cierta emoción sacó del cinto el cheque del muerto. El tendero lo cogió, lo examinó; no se movió ningún músculo de su rostro, y sin embargo en aquel momento se decidió el destino del tío Barrabás.

— No tengo cambio — dijo — pero si quiere esperarse un momento, mandaré a casa de un vecino a cambiarlo.

El tío Quircu sintió una ligera inquietud, pero no se apuró.

Entretanto pensó que sería mejor quitarse los zapatos de su amigo, y ponerse los nuevos, más cómodos aunque un poco pesados.

— Son duros como la piel del diablo — pensaba inclinándose hasta el suelo para tocarlos — pero con un poco de grasa se volverán blandos; ¡son hermosos, pero muy hermosos!

El hombre que el tendero había mandado con el cheque tardaba en volver; el tendero estaba inquieto y nervioso, y a cada momento se asomaba a la puerta y miraba a lo lejos. Por fin regresó el hombre; inmediatamente detrás entró un señor muy bien vestido, de labios gruesos y rojos, y detrás de este señor entraron dos policías. El tío Quircu sintió helársele el corazón; comprendió lo que iba a suceder y por un instante tuvo miedo. Pero en seguida pensó:

— Diré la verdad, y bastará.

Todo esto pasó rápidamente.

— ¿Quién le ha entregado este papel? — le preguntó el señor de los labios gruesos.

— Lo he encontrado — contestó respetuosamente el tío Quircu, levantándose, teniendo en la mano los zapatos de su amigo

— ¿Dónde lo ha encontrado?

— Pues lo he encontrado... — y empezó su relato.

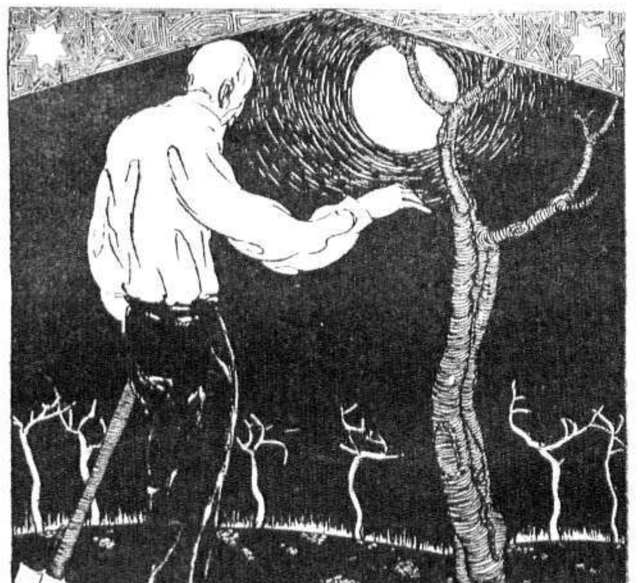
— Buen hombre — dijo el señor con muy buenos modos, tal vez temiendo que aquel hombre alto y salvaje se rebelase — haga el favor de venir con nosotros para contar lo sucedido al señor inspector.

Y el tío Quircu les siguió dócilmente, haciéndose la ilusión que bastaría decir la verdad para ser creído. Sin embargo, en el fondo del alma sentía una misteriosa opresión, el oculto presentimiento de cosas espantosas.

En la inspección, aquel señor y los policías cambiaron de modos. El tío Quircu fué de nuevo rudamente interrogado por otro señor pálido y calvo; después le desnudaron y registraron. Le encontraron la cartera y demas objetos del muerto, y en seguida le tomaron por el asesino del señor Saturnino Solitta.

Le metieron en la cárcel, sometiéndole a largos, crueles y atroces interrogatorios. Cada día se presentaban dos señores, uno con lentes y otro con la barba rubia, y le preguntaban mil cosas extrañas, y querían que por fuerza dijese cómo y cuándo había asesinado al señor Saturnino Solitta.

— Yo no he asesinado a nadie — decía; — he encontrado todas esas cosas y ni siquiera sabía lo que eran. Un amigo mío me aconsejó que cambiase aquel papel, y como yo tenía muchas ganas de un par de zapatos, seguí sus consejos. Preguntádselo a él si no me creéis a mí.



Mandaron comparecer al amigo y lo interrogaron; el hombre dijo que sí, que había prestado su traje, y quería que se lo devolviesen; que también había prestado sus zápatos al Oroveru, pero que no sabía nada más ni había aconsejado nada.

— ¡Bribón, sin vergüenza! — decía entre sí el tío Quircu — ¡Ya podía sospecharlo después de lo que me hacía con la leña!

— Pues mire — dijo al juez, para vengarse; — si no me ha aconsejado nada, tampoco es verdad que me haya prestado su traje. — De este modo por lo menos no se lo devolverán — pensaba. — Pero después se arrepintió y se desdijo. No, no quería ofender la bondad divina, pues estaba seguro de que la presente desgracia le sucedía por haber pecado, apropiándose cosas ajenas.

En las largas horas de calabozo, mientras instintivamente sentía la nostalgia de los grandes bosques solitarios y del aire libre, se daba cuenta de su desdicha, de su gran desdicha; recordaba los días en que andaba huido y cuánto sufrió, y le parecía que entonces había pecado quejándose, puesto que aquellos sufrimientos eran una felicidad grande en comparación con la tristeza presente. Y sin embargo aun no se daba cuenta exacta de las cosas terribles que le esperaban. Esperaba siempre que de un momento a otro le pusieran en libertad, y cada noche al dormirse oía el *toc toc* del hacha vibrando en el silencio del bosque, acompañado del grito lento y melancólico del cuclillo.

Pasó mucho tiempo. Ya nadie se acordaba del tío Barrabás; nadie iba a echar un párrafo con él, ni le mandaban cigarros o un litro de vino o un pan o una camisa limpia como sucedía hasta con el más miserable de los presos. Hasta aquellos señores con lentes brillantes, que sólo el mirarlos daba miedo, el uno con la barba rubia, el otro calvo y pálido, se habían olvidado de él.

Un día le trajeron un papel en parte impreso y en parte manuscrito; temblando hizo que se lo explicaran. Era una providencia de la Sala ordenando que su causa se viese ante el Jurado. Después le mandaron un abogado, un jovencito de rostro verdoso, unas veces bilioso y otras indiferente. También pretendía que el tío Quircu le dijese que había asesinado al señor Saturnino Solitta.

— Dime la verdad — le decía: — a los abogados se les debe confesar toda la verdad; después se arreglan las cosas.

Hubo un momento en que el tío Barrabás tuvo tentaciones de decir que había matado al señor Saturnino, pues le parecía más fácil librarse confesando el supuesto delito que afirmando la verdad. Pero cuando no tenía delante la cara verdosa de su abogado volvía a confiar en el triunfo de su inocencia; además los compañeros de cárcel le decían que los jurados eran hombres bondadosos, con el corazón de carne y no de piedra como los magistrados.

Llegó el día de la vista; el tío Quircu se despertó casi alegre, había soñado encontrarse en el bosque cortando leña, cerca de un río; un pájaro palustre, negro, de patas largas y verdes como juncos, modulaba un extraño canto sobre las ramas de un sauce silvestre.

Entre los testigos compareció el de la leña, y tanto él como los demás declararon que el acusado era un hombre salvaje, huraño e insociable.

El Ministerio público lo pintó como «una fiera de los bosques, que había largamente meditado el delito, esperando el paso de su víctima, como una fiera en acecho de su presa». Ni más ni menos.

El tío Barrabás miraba con cara de espanto a aquel señor de los lentes brillantes, a quien nunca había hecho daño, y sentía un extraño terror.

Para animarse dirigía la vista a los jurados, hombres del pueblo, pacíficos, gordos, de aspecto compasivo, y esperaba. Habló el abogado. Esta-

ba más verde que nunca; si tenía algún arranque se reducía a un rechinar de dientes de pésimo efecto.

En una palabra: el pobre hombre fué condenado a trabajos forzados a perpetuidad. Lloró amargamente; miró una vez más a los jurados, a aquellos hombres gordos, pacíficos, de aspecto bondadoso; recordó su sueño, su confianza ciega en el triunfo de la verdad, y pensó que todas las cosas que parecen bellas son falsas.

Para animarle su abogado le dijo que se podía acudir al recurso de casación; pero él ya no tenía confianza en nada, no creía en nada, ni esperaba nada. Su corazón se encogió, se puso más seco y amargo que una ciruela silvestre; ya no suplicó ni lloró más.

Se lo llevaron lejos, muy lejos, a unas salinas; le afeitaron el pelo, la barba y los bigotes; le vistieron de rojo y le soldaron una cadena al pie. Durante los primeros tiempos vivía desesperado; la vista del mar inmenso aumentaba su nostalgia, acostumbrado como estaba a los bosques cerrados y húmedos.

Pero con los años se acostumbró a todo, se resignó y sus recuerdos se fueron borrando; y a veces pensando que en el pueblo hubiese pasado su vejez en la más negra miseria, se consolaba viéndola asegurada.

Había perdido la inocencia conservada hasta el día de su condena; juraba, y si tenía ocasión robaba y se emborrachaba como el peor de los presidiarios. Nunca pensaba en Dios, y si pensaba en El era con rabia, como en algo monstruoso que había permitido se cumpliese sobre una de sus criaturas la más infame de las injusticias.

El tío Barrabás trabó amistad, entre sus compañeros de desventuras, con otro sardo, un viejecito que apenas le llegaba a la cintura, con una cara pequeña, regordeta y roja, en donde estaban hundidos dos ojillos de un azul muy vivo.

Era natural de un pueblo vecino al del tío Quircu, y se llamaba el tío Pretu (Pedro).

Era un vejete alegre, despreocupado y embustero; después de haber hecho creer a sus compañeros las cosas más maravillosas, se reía a carcajadas diciendo que todas sus historias eran patrañas. Al llegar el tío Quircu al presidio al tío Pretu ya no le creía nadie. Sin embargo, cuando decía alguna verdad su acento era tal que se imponía; pero la verdad el tío Pretu la decía raras veces y sólo a unos pocos. Con unas cuantas palabras y su acento verídico, contó su historia al tío Quircu después de haber ganado toda su confianza.

— Oye. Yo soy de tal país. Estaba bien, sabes, tenía vacas, colmenas, tierras sembradas de trigo y habas. Pero quería estar mejor. Conocía un cura muy rico que hasta tenía cubiertos de oro, y con unos cuantos compañeros fuimos a robarle. Empezó a gritar, le pusimos la mano al cuello y se quedó muerto. Estábamos en lo mejor cuando se presentó la justicia; *pum, pum,* tiro de aquí, tiro de allá. Tuvimos que huir, pero uno de los nuestros quedó en poder de los soldados, y el muy cobarde reveló nuestros nombres. Así es que tuve que echarme al campo, y para que la justicia no se comiera mi hacienda lo vendí todo, y el dinero lo puse en un cántaro y lo enterré. Después me cogieron.

— ¿Y lo que robasteis?

— Me sirvió para comer durante el tiempo que anduve huído. ¡Pero te aseguro que fueron bocados muy amargos aquéllos! — dijo el vejete, escupiendo a lo lejos; después preguntó. — ¿Y tu historia?

— ¡Oh! — dijo el otro amargamente. — Yo, como tú, también he robado a un hombre y le he asesinado. Con la única diferencia que todo esto me lo atribuyeron *ellos*, sin haberlo hecho.

— ¡Eso es una injusticia! Yo he matado de veras, no puedo negarlo. Ya me he arrepentido de ello, porque de este modo lo he perdido todo.

— ¿Pero tú no tienes parientes? — preguntó el tío Quircu pensando en el cántaro.

— ¿Parientes? ¡Que se vayan al cuerno! Me abandonaron como a un perro; que se queden ellos como si fuesen perros.

El tío Quircu y el tío Pretus estrecharon una amistad que duró larguísimo tiempo, confortando de algun modo a aquellos dos desgraciados. Eran compañeros de cadena, eran paisanos, hablaban a menudo de su tierra lejana y les unía también la convicción de que ambos morirían allí; *números* perdidos en la blanca soledad de las salinas batidas por el mar y por el sol.

El tío Quircu se había vuelto gruñón y provocativo, y su carácter había cambiado por completo. En ciertos momentos de negro malhumor insultaba a su viejo compañero y casi llegaba a pegerle. Entonces el vejete se echaba a reir y le decía:

— Número tal, si sigues teniendo mal genio no te diré donde tengo escondido el cántaro.

El otro aun se enfadaba más.

— ¡Que te lleve el diablo! ¿Y aunque me lo digas, me servirá de algo?

— Por lo menos lo sabrás.

— ¡Que el diablo te arrastre y te meta en agua de sal! No me hagas enfadar, número tal.

El llamarse por el número en vez del nombre era el mayor insulto que podían dirigirse.

Un día que estaba de buen humor el tío Qircu dijo a su compañero mientras trabajaban:

— ¿Por qué no escribes a alguien que desentierre el cántaro y te mande el dinero? Podrías darte mejor vida y comprar tal o cual cosa.

— ¡Un cuerno! Se lo quedarían todo; conozco el mundo mejor que tú.

— ¿Entonces?...

— ¿Entonces? Ya sé lo que quieres decir. Pues antes de morir se lo diré a un pobre. Sí, a un pobre para que rece por mi alma.

Y así pasaron los días, los meses y los años.

El pelo del tío Quircu se puso gris, su pecho se fué hundiendo y su cuerpo encorvándose. El tío Pretu era decrépito, pero no parecía mucho más viejo que su compañero, y seguía deciendo mentiras y riéndose de ellas. Se podía asegurar que contaba sus inagotables embustes para su diversión más que para la de los demás.

Por fin llegó un día en que sucedió un hecho extraordinario. El tío Quircu fué llamado por el Director del establecimiento penal. Se presentó algo asustado, pues nunca le había sucedido cosa parecida. El Director le dijo.

— Ahora que han pasado tantos años y ya es usted viejo puede decir la verdad. ¿Ha cometido el delito, sí o no? Diga la verdad, toda la verdad. Será un bien para usted; pediremos su indulto y tal vez consiga ir a morir a su pueblo.

El tío Quircu siguió negando con salvaje energía.

— No, aunque tuviese que vivir tantos años como granos de arena hay en el mar y pasarlos siempre aquí, no, yo no he matado a nadie, no, no y no.

Se le mandó salir. Al volver junto al tío Pretu

que le esperaba con ansia, le contó encolerizado todo lo sucedido.

—¡Diablo! — díjole el vejete — ¡cuánta injusticia! Yo, verdaderamente, maté al cura, no puedo negarlo, y si me llaman lo volveré a confesar, y si me quieren indultar que me indulten. ¡Pero no es justo que atormenten a un pobre diablo como tú!

El tío Quircu al día siguiente fué de nuevo llamado por el Director y de nuevo interrogado.

Estaba viendo que la sangre se le subía a la cabeza; un poco más y se echa sobre el Director; ¡le importaba tan poco cuanto pudiesen hacer con él!

—Entonces, siendo así — dijo el Director cambiando de tono — sepa que se ha descubierto al verdadero culpable. Verdaderamente no es que lo hayan descubierto: ha sido él, que, vencido por los remordimientos, ha confesado; pero para el caso es lo mismo. De modo que puede usted prepararse con ánimo tranquilo a recibir dentro de poco la libertad.

Y de nuevo le mandaron salir. Se fué temblando y al llegar junto al tío Pretu se echó a llorar como éste nunca le había visto.

—Bueno, bueno ¿qué te ha pasado?

—Se ha descubierto al verdadero culpable — respondió el tío Quircu, sollozando y repitiendo las palabras del Director. — Verdaderamente ha sido él, que, vencido por los remordimientos, ha confesado; pero da lo mismo. Es preciso que me vaya preparando para recobrar la libertad.

El tío Pretu también se echó a llorar. Ambos lloraban de dolor y de alegría al propio tiempo.

—¿Y yo qué haré sin ti? — preguntó el tío Pretu.

—¿Y yo? — dijo el tío Quircu. — La libertad es una gran cosa y, además, recobraré la fama; pero ahora ya soy muy viejo y no podré trabajar; no podré vivir, no tengo ningun pariente.

—Te darán algo.

—Yo no quiero limosna. ¿Por qué no me dices dónde está tu cántaro? — dijo con triste sonrisa algo irónica.

El rostro del tío Pretu resplandeció.

—¿Y por qué no he de decírtelo? Tú eres un pobre. Pues sí que te lo diré; ya había pensado en ello. Pero quiero que te acuerdes de mí en tus oraciones.

—¡Yo no recuerdo ninguna oración! — exclamó el tío Quircu apesadumbrado. — Yo me he olvidado de Dios, pero Dios no se ha olvidado de mí. Me ha sometido a una prueba tan sólo, pero yo he vivido como un judío.

El día mismo de la marcha, el tío Pretu le dijo donde estaba escondido el cántaro. Se separaron tristemente; aquella era la última pena del tío Pretu, pero sentía algo de consuelo al pensar que antes de morir había hecho el bien a un pobre hombre, sobre el cual Dios había dejado caer su mano.

También el tío Quircu marchó tranquilo pensando en su fama recobrada y en su porvenir asegurado.

Al llegar a su pueblo le hicieron muchas limosnas, de las cuales vivió algún tiempo. Pensaba siempre en el cántaro del viejo presidiario, pero no podía ir a desenterrarlo porque se encontraba débil, incapaz de emprender una larga caminata, y antes tenía necesidad de reforzarse. Las limosnas y demostraciones de afecto fueron disminuyendo y acabaron por cesar; poco a poco los del pueblo se acostumbraron a verle y llegaron a no hacerle caso y a olvidarse de él.

Entonces se puso en marcha en busca del cántaro; el corazón le palpitaba con fuerza al reconocer los lugares donde vivió antes de su desgracia. Muchos de los bosques habían sido aclarados, otros talados del todo; pero de entre los saúcos de la orilla del río salía trémulo el *quiú, quiú* de los pájaros palustres, de entre los lentiscos se elevaba la nota lenta e igual del cuclillo y aquellas voces recordaban al viejo Barrabás muchas cosas, muchas cosas lejanas.

Se apoderó de él una misteriosa melancolía; pensaba en el mal carácter adquirido en presidio y en que había desconfiado de la misericordia divina. Pensaba en el tío Pretu, preguntándose instintivamente si no era mucho mejor que él aquel hombre que había cometido un delito y lo expiaba con resignación y actos de bondad.

¡Ah, no! ¡No era posible que encontrase el cántaro, porque no era merecedor de ello! ¡Porque nunca había confiado en Dios! En seguida se arrepentía de seguir desesperando, y rezaba y volvía a emprender el camino con mayor aliento.

Al anochecer llegó al punto indicado por el viejo presidiario; era un bosquecillo de álamos, en un sitio bastante desierto y lejos de todo lugar habitado. Caía una noche límpida, centelleaban las estrellas; los álamos erguían sus altos troncos claros, coronados por enormes flores de plata; del suelo lleno de hojas subía una fragancia húmeda.

El tío Barrabás había traído un pequeño azadón; lo sacó de debajo de su capote y estuvo buscando durante mucho tiempo un mango cualquiera para adaptárselo; al fin lo encontró y armó el azadón. Después esperó a que saliese la luna. Entre tanto el corazón le palpitaba con fuerza; se trataba de todo su provenir, de pasar en la más negra miseria el resto de sus días si Dios no venía en su ayuda. Sentóse en el suelo y escondió la cara entre las manos.

¡Ah! ¡Cuánto había pecado! Pero se arrepentía amargamente de ello, y estaba seguro de que, aun cuando no encontrase el cántaro, no se quejaría, reconociendo en ello el justo castigo de Dios.

Salió la luna; las hojas de los álamos relucían cual si fuesen de plata; el olor húmedo se iba haciendo más fuerte.

El tío Barrabás se arrodilló y empezó a cavar, infundiéndole miedo, en aquel infinito silencio solitario, el ruido producido por el azadón. La tierra húmeda, negra, olorosa, iba saliendo, vertiéndose sobre las rodillas del viejo que se inclinaba cada vez más. Por fin el azadón produjo un sonido metálico al chocar con un cuerpo duro. El tío Barrabás metió el brazo, y tocó el asa del cántaro; en seguida siguió cavando con ardor salvaje y poco después el cántaro estaba fuera del hoyo. Lo sacudió y, *drin, drin, drin*, hicieron dentro de él las monedas.

Entonces se persignó, y con el rostro hacia el cielo dió gracias a la Misericordia divina.

Parecía un viejo salvaje adorando a la luna.

G R A C I A D E L E D D A

D I B U J O S D E B O N O M I

Comentarios



Un político ducho,
que mucho ignora, pero sabe mucho,
observa lo que ocurre
y, discreto, discurre
sobre la actualidad de esta manera:
—¿Cuál será mi bandera? Mi bandera
debe ser la bandera triunfadora
del que triunfe a su hora.
Yo soy hombre sincero
y, sin embanderarme, me embandero.

—Aunque en la democracia
quien se quiere imponer no es muy simpático,
don Marcelo es un hombre aristocrático.
¡Viva la aristocracia!

—Hay cierta adulación inoportuna
que al adulado mismo le revienta.
El sol que más calienta
no debe confundirse con la luna.
Elpidio no es la luna. Honradamente
lo declaro como hombre independiente.

—Yo a Alvear criticaría
porque le juzgo demasiado blando.
Pero debo callarme recordando
que le quedan cinco años todavía.



—Unos llaman a Alvear buena persona
y a otros todo lo que hace les molesta.
Quien no consigue empleo le detesta,
quien cobra del Estado le ovaciona.
¡Cuánto desinterés! ¡Cuánto egoísmo!
Todo es uno y lo mismo.

—Alvear va a los estrenos.
Yo no quiero ser menos
y voy al comité, por si se estrena
«La Escisión», una obrita muy amena,
según los entendidos.
Afirman que habrá aplausos y silbidos.

—¿Quieren que discutamos? Les prevengo
que a escuchar solamente me limito.
Que griten los que quieran. Yo no tengo
ni poncho ni revólver, ¡y no grito!

—Como dijo un filósofo profundo,
uno debe estar bien con todo el mundo.
Si Marcó me parece inatacable,
Salinas me parece insuperable.
El uno es un ministro laborioso
y el otro un jubilado portentoso.
Entre las eminencias
no hay que hacer diferencias.

—¿No quiere verse usted sacrificado,
de pronto, sin comerlo ni beberlo?
Sea usted gubernista moderado
y sea opositor sin parecerlo.



—Según dice un acólito
de la flamante escuela,
es el radicalismo una zarzuela,
letra de Alvear y música de Hipólito.
Eso debe admitirse, sin disputa.
La cosa es quien maneja la batuta.

—Porque ciertos señores
dicen que no les gusta la manteca,
Le Breton, fastidiado, hace una mueca
y les llama con rabia:
—¡Opositores!
Yo miento con aplomo,
y la celebro, aun cuando no la como.
El ministro me mira
ya calmada su ira,
y murmura:
—No todos son iguales.
Así deben de ser los radicales.



—¿Se divide el partido? ¡Es el comienzo
de algo que hay que arreglar a toda prisa!
Bien. Yo dedico mi mejor sonrisa
a Elpidio y a Matienzo.

—Se trata de cuestiones peliagudas,
y, si evitarte quieres un fracaso,
no hables mal de Marcelo, ¡por las dudas!
ni hables mal de Irigoyen, ¡por si acaso!

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Los Tartarines de las Potencias, por **Francisco Grandmontagne.** Cansancio, por **Fernández Moreno.** Díptico, por **Carlos B. Sanguinetti.** Un proyecto terrible, por **Jorge Farías Gómez.** Fábulas morales para niños: El químico y la mosca; El caballo caído, por **Enrique Méndez Calzada.** El Promesante, por **César Carrizo.** Resignación, por **Luis Cané.** Los campeonatos, por **Leonardo A. Bazzano.** El hombre que no se podía emborrachar, por **"Sapper".** Otoño, por **Juan Ramón Jiménez.** La cobardía de los dioses, por **Manuel Linares Rivas.** La madre del asesino, por **Marino Moretti.** El viaje a Bruselas, por **Louis Delattre.** Punto de vista, por **Maurice Level.** Pequeña gran tragedia, por **Colette Willy.** El legado, por **W. W. Jacobs.** Nuestras minas de carbón, por **E. Gilliatt.** Las clientas de doña Loló, por **Humberto de Campos.** Hombres célebres: Edison, por **Eduardo del Saz.**